

BYZANTINUS

sp

LA

FRATERNIDAD URUGUAYA

3.^a Edición

Adhesiones, observaciones y un poco
de polémica impersonal



1898

IMPRESA DE «EL SIGLO», 25 DE MAYO NÚM. 58

Montevideo

Name of

UT AUSTIN

B PREP

Library

Dept.

New ☒ Repeat ☐	Color No. AAB-565	Letter Spine Exactly As Shown Below Indicating Title, Vol. No., Year, Date, Part No., Call No., and Imprints if Desired.
Rub: Enclosed ☐ Make New ☐		
Bind Title Page: Separate ☐ Not pub. ☐ Stub for ☐		
Contents: Front ☐		
Index: Front ☐ Back ☐ Stub for ☐ Not Pub. ☐		LA FRATERNIDAD URUGUAYA
Covers: Remove ☐ Bind in all ☒ Bind in Front covers only ☐ Bind in First Cover Only ☐		
Ads: Remove ☐ Leave in ☐ Remove though paged in if without text ☐		
Imprint: Yes ☐ No ☐		
Stamp in White ☐ Stamp in Black ☒ Stamp in Gold ☐		F 2726 A 726 1898 LAC
		Special Instructions:

nidad, de union,
es de la bandera
de los Treinta

on Tricolor, el
na tiranía san-

dependencia en
también, lo he-
el pasado,—lo
ueno. - El blan-
nalistas, el rojo
los.—Y enlaza-
te que tomamos



Digitized by Google



Digitized by Google



AL PUEBLO

Este folleto no es obra de partido sino obra de fraternidad, de union, de concordia cívica. Por eso se envuelve en los tres colores de la bandera de Artigas, el precursor de la nacionalidad, en la bandera de los Treinta y Tres, los fundadores de la Independencia Nacional.

Esos colores son también los mismos de la Revolucion Tricolor, el primer esfuerzo comun del patriotismo oriental contra una tiranía sangrienta que humilló á todos los uruguayos.

Esos tres colores unidos son un símbolo: amor á la Independencia en el pasado y amor á la libertad en el presente. Simbolizan también, lo hemos dicho y lo repetimos, que lejos de condenar en globo el pasado,—lo que sería insensato é inútil,—tomamos de él lo santo, lo bueno. — El blanco simboliza la alta probidad de las administraciones nacionalistas, el rojo el amor á la libertad de los verdaderos prohombres colorados.—Y enlazamos, unimos la libertad y la virtud con el lazo azul ó celeste que tomamos al cielo y significa la fraternidad uruguaya!

EL PARTIDO

DE LA

FRATERNIDAD URUGUAYA

Es cosa sabida por todos los que conocen algo los movimientos de la opinion nacional en el pasado, que «La Sociedad de Amigos del Pais,» «La Union Liberal,» el Partido Radical, el Partido Constitucional, son las etapas sucesivas de una grande y fecunda evolucion: la de formar un partido de principios con ciudadanos de cualquier filiacion politica, dejando á la historia el fallo de nuestras antiguas disidencias. Y es cosa sabida también, que son las más altas y nobles personalidades de los partidos tradicionales, las que, en actos privados y oficiales, como propagandistas, en folletos y en la prensa, y como estadistas en la direccion de la opinion y en actos de gobierno, han formulado ese propósito como un gran postulado nacional.—La comprobacion, extensamente documentada é irrefutable de ese hecho, brilla en el erudito y elocuente folleto del Dr. Luis Melian Lafinur «Exégesis de banderías.»

A esa misma aspiracion, aunque no en formas tan definidas y concretas, respondia la lucha parlamentaria, comicial y por la prensa, que de 1872 á 1875 dividia al pais,—no por razón de las viejas divisas, sino de conducta cívica, en principistas y candomberos,—y los movimientos verdaderamente populares y patrióticos conocidos con los nombres de Revolucion Tricolor y Revolucion del Quebracho.

Esas manifestaciones sucesivas, reiteradas, y que abrazan muchos años de nuestra vida nacional, en que figuran estadistas y políticos de la talla de Joaquín Suarez, Bernardo P. Berro, Manuel Herrera, y Obes, Eduardo Acevedo, que proclaman «la extincion absoluta y completa de los antiguos partidos»; — en que actúan, con esas mismas ideas, la Asamblea Legislativa formada á raíz de la Guerra Grande, el gobierno de Giró, el provisorio de don Luis Lamas y hasta los generales Flores y Oribe en su celebre Pacto de Unión—aceptado y firmado por casi todos los prohombres de los viejos bandos,—evidencian que no se trata de un simple rapto de lirismo, de un triunfo efimero de la elocuencia politica, sino de una verdadera y legitima aspiración á la paz, á la concordia cívica. Todos han pensado patrióticamente en la necesidad de fortificar el sentimiento de la fraternidad, debilitado, quebrantado por largas y crueles luchas, y que es uno de los basamentos del dogma republicano: libertad, igualdad, fraternidad.

Todos han pensado como pensaba ha dos mil años el gran orador latino, que sintiendo los desgarramientos de la guerra civil exclamaba: *omnes omnium Caritates patria una complexa est*: el amor de todos para toda forma la unidad de la patria!

Y no desautoriza como utópica esa patriótica aspiración, el hecho de que los mismos que abandonaron generosamente la divisa de guerra civil, volvieron á ceñírselas otra vez renovando la triste y tradicional querrela. En la evolución de la conducta política hay fuerzas que impulsan para adelante, progresivas, altruistas, y hay fuerzas que empujan para atrás, regresivas, atávicas. La masa humana, generalmente retardataria, obedeciendo más fácilmente á la pasión que grita, que á la idea que hace meditar, está expuesta á esos sensibles retrocesos. Y los guías ó conductores de multitudes, contagiados por la pasión ó arrastrados por la atracción de la masa, desandan á veces el camino recorrido. En las emulaciones de la ambición política, y la ambición es una de las mayores fuerzas que actúan en la dinámica social,—la exhibición más ó menos sincera de radicalismo, de intransigencias partidarias, es uno de los más vulgares y menos estimables medios de popularidad.—El partidarismo crudo, exaltado, aunque sea simplemente *in verba*, suele ser más oído,—tal vez porque clama más alto,—que el partidarismo sereno y tolerante. Son los hombres políticos,—hablamos en general,—los que parecen más convencidos de que hay mucho de verdad en la frase demasiado escéptica de Larrochefocauld, de que «las pasiones son los únicos oradores que persuaden siempre».

La aspiración nacional de formar partidos de principios sin divisa tradicional, formulada después de la Guerra Grande por los próceres de los antiguos partidos,—lo que prueba su ilustre abolengo, que tiene también su gloriosa tradición, ha sido frustrada hasta ahora por sucesos que no debemos traer á discusión pública. Pero la idea está latente en muchos espíritus, y ha de encarnarse en los hechos en cuanto se presente la ocasión oportuna.

No somos los constitucionalistas una fuerza decisiva, ni cosa parecida en la solución de los problemas del presente; pero si somos una influencia conciliadora, y creemos necesario no solo mantener sino aumentar esta fuerza de moderación. Ella puede servir, al menos, como esos aparatos que se colocan en la borda de los buques, para evitar la violencia del choque entre los partidos tradicionales. Quiera Dios, lo decimos de todo corazón, que los que aconsejaban su disolución, no tengan algún día que arrepentirse de haber dado este paso atrás en el camino del progreso político; que no lamenten, ante los conflictos tal vez sangrientos que oculta el porvenir, el haber debilitado esa influencia fraternal, que ha actuado para dar á la última guerra una solución patriótica y humanitaria.

Cualesquiera que sean los progresos realizados en el seno de los partidos viejos,—que sería injusticia desconocer,—como su organización más democrática y autónoma, la humanización de la guerra civil,—la política de co-participación en el gobierno por acuerdos cívicos á la Argentina,—el hecho es que subsiste en el fondo el tradicional antagonismo, no de principios sino de divisas, y que una masa considerable de ambos lados, aspira siempre á la dominación exclusiva, ó cuando menos á una especie de «patronato político» sobre los adversarios llamados á participar del gobierno. La amenaza de renovar las viejas luchas,—hay que cerrar los ojos para no verla,—está aún pendiente, por desgracia.

II

Es notorio que lo que se llama partidos progresistas, avanzados, radicales,—son en todas partes del mundo menos numerosos que los partidos tradicionates,—la vanguardia es siempre menor que el grueso del ejército, pero no por eso tiene misión inferior á éste. Al contrario, le corresponde casi siempre el honor y el peligro de los avances audaces, de las iniciativas peligrosas.

Los republicanos, en los países regidos por el sistema monárquico, empiezan siempre por ser insignificante minoría, por carecer de toda representación oficial, por ser apenas una lejana nebulosa en el cielo de la política. Cuantos eran los republicanos españoles cuando empezaron á formar núcleo Figueras, Salmerón, Castelar, Pi y Margall, etc., y que

representación tenían en las Cortes Españolas? Cuántos los franceses, cuando solo podían llevar al Parlamento los *cinco irreconciliables*, bajo el imperio de Napoleón III? Cuántos y quiénes eran los republicanos brasileños bajo el imperio ilustrado y liberal de don Pedro II, amigo y admirador de Víctor Hugo?

Pocos, muy pocos en todas partes; eran, como se ha dicho de los constitucionalistas, los soñadores, los líricos, las vestales estériles de su tiempo y de su país! Pero eso no ha impedido que en pocos años el partido republicano español,—después de su fugaz aparición en el gobierno derrocando una monarquía secular, y apesar de la anarquía que lo devora,—sea entidad que ya pesa en la política española;—que en Francia, luchando con los prestigios de la reyección legítima, que tiene santos en el calendario como San Luis, y héroes en la historia como Enrique IV; con los de la reyección popular un tiempo de los Orleans, y con los deslumbrantes de la leyenda napoleónica, haya consolidado definitivamente el gobierno de la República;—que la monarquía brasileira, al golpe de sable de un soldado audaz, haya sido enterrada sin tener siquiera los honores militares de una batalla más ó menos cruenta.

Entre el «legitimismo» blanco y el orleanismo «liberal» riverista, que algunos han tomado como término de comparación más ó menos feliz, correspondería á los constitucionalistas el rol de republicanos históricos.—Y pocos ó muchos tenemos que seguir y alzar en alto nuestra bandera, porque el ser ó no de un partido político no es, no debe ser el resultado de un cálculo de probabilidades de actuación eficiente, inmediata, ni aun de éxito seguro en la política del momento, sino un acto de conciencia cívica ajustado á los principios que se profesen en materia de libertades públicas, de administración honesta y progresista, en una palabra, de gobierno institucional.

Y los hombres independientes, que no creen que la adoración de los caudillos ilustres del pasado es lo que debe vincular principalmente á los ciudadanos en la vida del presente, sino la comunidad de principios, aspiraciones, ideales cívicos á realizar, no pueden poner sobre su frente ninguna divisa que importe excluir de la tarea común, á los que profesando esos mismos principios, solo difieren en criterio histórico.

Pero el partido constitucional no es, repitámoslo una vez más, una condenación, un anatema del pasado, sino un grito de concordia cívica, un lazo de unión entre los hombres de principios, sean cuáles sean sus opiniones respecto á las viejas luchas.

Los hombres políticos no pueden ser como aquellos condenados del Dante, con las caras eternamente vueltas hacia atrás.—El pasado es lección, enseñanza, pero no ideal realizado. El ideal estará siempre, alcanzado el perseguido, en una fórmula nueva que condense las necesidades del presente y que conduzca á otra mejor. El progreso político es eterno y ascendente como la escala luminosa de la leyenda bíblica.

Tampoco mira como réprobos á los que siguen los viejos ritos de buena fé,—pues sabe que el respeto es debido á todas las regiones políticas profesadas con entusiasmo y abnegación. Lo respetable no es siempre la religión misma, que puede ser errónea, falsa, sino las virtudes con que se profesa esa religión. Acaso todos los partidos, como todas las religiones, no tienen sus apóstoles, confesores y mártires, sus falsos sacerdotes y sus héroes de mera convención?

Los que somos ante todo y sobre todo hombres de principios, los que ponemos estos sobre el formulismo de cualquier credo político determinado, no vemos tampoco en el constitucionalismo la forma suprema y definitiva de la religión política, sino la fórmula más avanzada, fraternal, en que, dadas las circunstancias del país, puede el civismo hacer sus oblationes en el altar de la patria. Surja otra más amplia y la seguiremos todos.

Profesándolo pueden sus adeptos tener en sus hogares, y como Dioses penates, esos héroes y mártires de nuestras viejas luchas,—pues los hay en todos los partidos,—que han santificado cruentes y gloriosos sacrificios por la patria.

Cuenta un historiador eclesiástico que los primeros paganos conversos al cristianismo no abandonaban del todo el culto de sus lares, y que habiendo un celoso apóstol querido fulminarlos y excluirlos de la nueva religión, consultado un padre de la iglesia los amparó con la grande autoridad de su palabra y de su evangélica tolerancia para con el error inocente en los detalles

Como aquellos cristianos nuevos nosotros hemos creído y dicho siempre que el constitucionalismo no es excluyente del culto, de la veneración de los héroes, de los mártires, cuyas virtudes han ennoblecido nuestras luchas tradicionales. Acaso por ser constitucionalistas hemos abdicado de nuestros juicios, de nuestras admiraciones históricas, de las glorias que hemos venerado en los juveniles años?

De ninguna manera, y consecuentes en ello hemos mantenido en nuestro estudio, mas alta que la de nuestro poeta favorito, el sublime Víctor Hugo, la imagen de Leandro Gomez! Sobre todos los títulos, talento, genio mismo, bondad angelica, virtud austera, ciencia superior, colocamos el de los héroes santificados por su cruento sacrificio de la vida en aras de un ideal generoso; porque, como ha dicho un poeta y pensador:

*La gloire en ses trésors augustes
N'a rien que soit plus beau qu'un laurier foudroyé*

Admitimos pues que todo ciudadano, cualquiera sea la vieja divisa del pasado que haya puesto sobre su frente la sombra de antiguos antagonismos y preocupaciones, tenga por los héroes y mártires de la lucha, por lo que na brillado con los resplandores de la popularidad, del valor, del talento ó la virtud, una admiración mas ó menos justificada.

Artigas y Lavalleja, Rivera, Flores y Oribe, Eugenio Garzon y Melchor Pacheco y Obes, Francisco Tajés y Angel Muniz, Eduardo Acevedo y Santiago Vazquez, Joaquin Suarez y Bernardo P. Berro, Florentino Castellanos y Cándido Joanicó, Leandro Gomez y César Diaz. Elbio Fernandez y Francisco Lavandeira, Teófilo Gil y Prudencio Vazquez y Vega, Octavio Ramirez y Carlos Gurmendez, Diego Lamas y Carlos M. Ramirez, tendrán siempre en la medida de sus méritos, adeptos fervientes. entusiastas y apasionados, así como censores severos de sus errores y faltas.

Dejémoslos como dioses lares ó penates, y no discutamos eternamente en el foro político si son ó no Dioses Mayores, con derecho á asiento en el Olimpo de la gloria y culto en los templos nacionales. Eso es de jurisdicción de la Historia!

III

Pero se nos dice: sois pocos, la masa no os sigue, y vais contra el poder de la costumbre tradicional. Lo sabemos, pero sabemos que la opinión cambia, que la minoría llega, si tiene razón, fé y constancia, á convertirse en mayoría; —que la utopía de hoy, como se ha dicho tantas veces y se repetirá más, es la realidad de mañana.

Si, sabemos que la política de las multitudes fanatizadas aplasta la de los espíritus clarividentes, tenga ó no razón, y por el solo peso de la masa.—Pero sabemos también, y ya lo dijo el Cardenal Esfondrato—habiendo del argumento de la autoridad del número,—que las opiniones son como las monedas, cuyo valor no depende del número sino del metal y su peso; que, como los obispos, hay tribunos con jurisdicción propia en la opinión ilustrada, consciente, y escritores prestigiosos *in partibus in fidelium* ó sea en tierra de ignorantes.

Sabemos igualmente, que es tal, en ciertos espíritus, el supersticioso respeto al poder, ó á las influencias reinantes, que son capaces de hallar natural que los antiguos mandarines chinos representen á la, su primer emperador, desheredando á su hijo «porque gustaba de discutir».

Perderemos nuestra hijuela política, como sucesores de Artigas, porque desconozcamos que la única causa en la sucesión del poder nazca unicamente del testamento político de Rivera ú Oribe, ó de algun codicilo

de Flores ó el primer Aparicio interpretados conforme á la hermenéutica, tanto tiempo en boga, de la influencia directriz? No lo creemos, porque el derecho político es imprescriptible por razon del tiempo,—como todo bien de uso público,—y porque estamos resueltos á la defensa perpétua de un derecho perpétuo también.

Además de eso la razón pública va madurando, y los espíritus más independientes, cuando levantan su vuelo á las altas regiones de la política institucional, por en cima de la atmósfera viciada de las preocupaciones partidarias, confinan en sus ideas con el constitucionalismo, hacen constitucionalismo sin quererlo. Así lo hemos constatado muchas veces, con satisfacción, en escritos de Agustín de Vedia, Eduardo Acevedo Díaz, Ángel Floro Costa, Alberto Palomeque, Eduardo Flores, Carlos Roxlo, en cuya musa siempre inspirada no se vé la cucarda de un partido, Mariano Pereira Nuñez y otros. Tampoco es oro todo lo que reluce, y sin negar el fondo de sinceridad, de pasión, que mantiene la cohesión de los partidos tradicionalistas en muchos de sus hombres dirigentes y en la masa, no puede negarse tampoco que, si hay muchas convicciones respetables, cuántos convencionalismos que no lo son tanto! Como en las viejas religiones caducas, cuantos sacerdotes políticos que perdida la fé solo conservan por *decoro* la liturgia, el culto exterior! Cuántos entusiasmos ardientes en la superficie y helados en el fondo! Cuánto sonoro discurso que oído bien suena á hueco, esto es, á falso! Cuántos *protestantes* en el fuero interno que no llegan jamás á formular públicamente su «Confesión de Augsbourg», por mantener la unidad de partidos siempre divididos en facciones ó fracciones que no tienen en realidad otro común denominador que un hombre histórico!

Se nos observará, que también nosotros hemos sufrido la invasión del excepticismo, del desaliento; que algunos de nuestros apóstoles entusiastas, de los mismos que otrora alzaran el constitucionalismo en salmos elocuentes, inspirados, han cantádole melancólicos *de profundis*. Es cierto; además han olvidado,—olvido lamentable,—que cuando más árido es el terreno, más hay que labrarlo, más hondo hay que arar, pues no se sabe bien si la semilla que germina no debe más en su fecundidad al sudor del hombre, á su esfuerzo inteligente, que á las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Y grande debe ser la fuerza vital de la idea constitucionalista, cuando ha resistido y resiste al esfuerzo de los adversarios encastillados en los torreones del pasado, y á la separación, jamás demasiado lamentada,—de ilustres jefes en momentos de iniciar nuevas campañas. Pero de ella se ha de decir como del arca santa,—fluctúa, pero no se sumerge.

IV

Nos condenamos por eso á la esterilidad, al ascetismo político? De ninguna manera. El asceta aspira á desprenderse de todo lazo terrestre, á que su espíritu, como una hostia consagrada, se llene de la idea de Dios. El constitucionalismo no pretende tal perfección, tal desprendimiento de sí mismo: solo aspira á que todos llenemos nuestro corazón de esa diosa humana, democrática, que se llama con el hermoso nombre de Fraternidad, y á que repartamos equitativamente la tarea y la recompensa cívica. Que no haya perpétuamente una casta gubernamental exclusivista, á título de que hasta la Providencia es colorada, como se dijo un buen día en el Parlamento, pues entonces parecería natural que los Sansones netos, ya que no exterminen á los filisteos principistas con quijadas como las que exhibía el popular Sanquircio en su «Anticuario», se sirvan de ellas para devorar el patrimonio comun.

Si,—según una teología política ultra-roja,—ya en decadencia felizmente,—eran ellos, solo ellos, los ultra-rejos, los elegidos, los predestinados por la gracia gratuita de Dios para el gobierno del país. Todos los demás, colorados independientes, blancos ó constitucionalistas estaban condenados á no ver el cielo.. del Parlamento, si no recibían la gracia de algún pontífice rojo.

Igualar á todos los espíritus luminosos, creer, como creía un filósofo, que en el cielo deben encontrarse por derecho propio, Sócrates y Platón junto á Moisés y Samuel, vale decir Martín C. Martínez y Pablo de María, ó Acevedo Díaz y Carlos Roxlo junto á Juan Carlos Blanco y Angel Floro Costa en la Asamblea Nacional, era, hasta ha poco, sublevar la ortodoxia de ciertos escritores que declaraban que fuera de su iglesia no había salvación posible; —que los que escaparan al fuego de una eterna condenación de sus derechos cívicos, apenas si conseguirían vegetar en el limbo de una estéril y humillante abstención.

Incurriremos sino en excomunión, en censura canónica de una nueva ortodoxia á formarse, si decimos que aspiramos para mañana y como un nuevo progreso, aun á más amplia conciliación, á un acuerdo cívico más patriótico, completo é impersonal que el 19 de Abril, á fin de que entren en el elementos políticos de valía que han quedado fuera por escrúpulos cívicos más ó menos justificados pero respetables, y á fin de que tengan también representación en proporción á sus verdaderas fuerzas políticas? No lo creemos, pero eso tampoco nos detendría.

Si el parlamento debe ser, como se ha dicho y repetido, «a miniatura» del país, la representación de todas las opiniones, aun de aquellas que reputamos extraviadas y que deben respetarse por respeto á la libertad,—no hay duda que también debieran tener asiento en él Julio Herrera y Obes y Eugenio Garzón, ú otros hombres representativos de esa fracción política.

La solución del problema actual no está en el aplastamiento del colectivismo por medio de un poder militar enorme, ó en una especie de paz armada, como la europea, que concluiría por arruinar á todo el mundo, sino en la pacificación de los espíritus por una política de conciliación, de coparticipación en el gobierno del país.

Cuando todos los partidos ó círculos tengan representación en la Asamblea, cesarán todas las alarmas y entraremos á la vida de la paz y la libertad; y la paz y la libertad son honor cívico al mismo tiempo que progreso, riqueza y bienestar del pueblo.

Quien no vería también, con placer ascender las gradas de la Asamblea, como representantes de la juventud, y en vez de ilustres desconocidos ó notoriedades adquiridas en los besamanos palatinos, ó andando en huestes... electorales por cuenta de los sumos imperantes á inteligencias tan brillantes como Samuel Blixen, Alfredo E. Castellanos, Julio Magariños Rocca, Daniel Martínez Vigil, José G. del Busto ú otros de sus pares?

Volviendo ahora,—aunque sea de un poco lejos,—al cargo de abstencionismo infecundo con que se nos há tachado, diremos: que jamás ha sido voluntario y sistemático, sino forzado y accidental, impuesto por circunstancias en que la coparticipación política importaba aceptar el rol de cómplices ó cuando menos de encubridores del delito contra la verdad del sufragio popular.

Además, quien ha fallado que sean mejores ciudadanos, los que colaboran de cualquier modo en la obra política,—no nos referimos á la administrativo ó judicial,—de todos los gobiernos, aún los más detestables, que los que obligados por su conciencia cívica se mantienen á veces en forzada abstención? A quien ha discernido la opinion el lauro de la popularidad, á los simples tribunos populares, consecuentes con sus principios, ó á los que, como decía don Vicente F. Lopez del Dean Funes, son una biblioteca, un *armamentum juris*, una lección constante de la política histórica adaptada al cómodo servicio del presente?

* *

Nos hacemos ilusiones? Talvez; pero queremos vivir y morir con ellas. La esperanza, la ilusión, son fuerzas morales que empujan la ascensión de la vida y el acicate de muchas acciones generosas: si empezáramos aquella con el helado escepticismo que es casi siempre su lote final, nos detendríamos quizá al empezar la jornada.

Felizmente sentimos aun el calor de la fé en la ley providencial del progreso; creemos que ninguna fuerza moral se pierde en la mecánica social, como no se pierde ninguna fuerza física en la dinámica universal.

Y que apesar de los funestos augurios de este fin de siglo, que decían anunciar la quiebra de la moral, como se ha anunciado ya, calumniosamente, en nuestro concepto, la quiebra de la ciencia, la victoria suprema, definitiva, será la del derecho, la justicia, la equidad fraternal.

..

En cuanto á aquellos á quienes desagrada el cambio de religión política, solo porque es cambiar la que profesaron nuestros padres, les diremos con un orador cristiano de los tiempos primitivos, que defendía la nueva religión contra el tradicionalismo pagano.—«Dican los paganos que es necesario conservar la fé de nuestros antepasados. Pero no vá mejorándose todo? El caos ha precedido al mundo, las tinieblas han precedido á la luz; la tierra nueva despojándose de sus húmedas sombras se sorprendió de la novedad del sol. El año comienza por ser estéril, (en el otro emisferio), después vienen las frutas y las flores ... Así pues, el mundo cambia como todas las cosas. Aquellos á quienes disgustan estos cambios deben acusar á la oliva porque es el último de los frutos?» Políticamente, el constitucionalismo es el fruto de los trabajos altruistas de los hombres eminentes de todos los partidos, la mies de una cosecha en que todos han trabajado, la oliva de la paz, después de tantas guerras cruentas y terribles!

V

Se nos dice también, vosotros queréis mutilar la historia, que es la vida en el pasado, y queréis prescindir del pasado que ha engendrado el presente. De qué historia nos habláis? De la que César Cantú llamaba «la voz de la conciencia moral de los pueblos?» De la que Carlos XII dijo «era un testigo y no un adulador», ó de la «historia partidaria», de la historia con divisa que es la única que mal conocemos hasta ahora? De la primera, de la historia imparcial, no escrita aún, dijo un día un constituyente, don A. Chucarro, —según lo refiere el doctor Melian Lafinur en su ya citada «Exégesis de banderías» «vale más que no se escribal»

Nosotros no lo creemos así, porque estamos seguros de que es exacta la observacion conscladora de un pensador de que «en los tiempos más viciosos de la historia la mayoría es concienzuda y busca la verdad y la honestidad». Y si es así, que importa que la justicia histórica caiga sobre personalidades eminentes, culpables de ambicion desmesurada? Cuanto más alto cae el rayo de la justicia más se siente que viene del cielo y más ejemplar es su sanción!

—Sí, la historia partidaria, digámoslo claramente, en vez de ser como decía Ciceron, la luz de la verdad, la maestra de la vida, es la sombra del error y el error del pasado se une á los errores inevitables del presente. El historiador, sin alta, elevada imparcialidad, es solo un litigante; sus libros son alegatos, no fallos históricos, pues estos solo puede pronunciarlos el juez, y nadie puede ser juez en causa propia. Los sometidos á semejante jurisdicción, si pudiesen sacudir sus sudarios y comparecer ante semejante jueces, podrían repetir aquel célebre apóstrofe: «buscamos jueces y solo vemos acusadores!»

Las narraciones del pasado toman el color de la divisa, y á las blancas leyendas se oponen leyendas rojas. Descontando los espíritus superiores, y que pueden sobreponerse á esas ofuscaciones de criterio, la masa piensa que la vida política del partido opuesto es una serie casi secular de atentados contra la independencia nacional, la libertad, la riqueza y el honor de los ciudadanos.

Sus grandes caudillos no son, con todas sus sombras, el uno el vencedor del Rincón, el conquistador osado de Misiones, sino el Teniente del Barón de la Laguna; y el otro no es el segundo de los Treinta y Tres, el bravo de Ituzaingó, sino el Teniente del tirano Rosas!

El mismo Lavalleja, el héroe de la inmortal Cruzada á cuyo final surgiera en el cielo americano el listado pabellón azul y blanco,—es, para ciertos espíritus, inferior á los caudillos de otras cruzadas que aspiraban al triunfo de una divisa y no al del pabellón nacional.

Así, en vez de historia imparcial tejida con el hilo de luz de la verdad, no tendríamos jamás sino leyendas hilvanadas con el hilo punzón ó blanco de las viejas pasiones partidarias. — Así, pensando como los indios viejos del Perú, — que las *llamas* deben ser gobernadas con «hilos colorados», hay muchos ciudadanos que piensan y seguirán pensando siempre que las riendas del gobierno no podrán tejerse con hilo de otro color. Y así la historia, en vez de ser juicio imparcial, lección del pasado al presente, enseñanza cívica de tolerancia, no sería sino la continuación interminable, del litigio trabado entre Rivera y Oribe!

No y no; que venga la luz, — que brille la verdad. — El pueblo ha de distinguir algún día, la mano firme, molesta sin duda, que le haga la operación de las cataratas partidarias, permitiéndole ver en su verdadera luz hombres y sucesos que alucinaron sus esperanzas patrióticas, de la mano diestra, llena de suavidades, que pone una venda blanca ó rosada sobre sus ojos, perpetuando así el engañoso ilusionismo y cubriendo con un manto tejido de luz y de gloria todas las ambiciones ocultas y todos los horrores de la guerra civil.

Que surjan los espíritus superiores capaces de ejercer esa suprema magistratura, esa alta justicia distributiva de la gloria y del vituperio ó del premio ó el castigo.

Pero dejemos esas controversias que remueven todo el pasado, que sublevan pasiones é intereses, al libro pensado, meditado, profunda y reflexivamente en el silencio del gabinete.

Dejemos que ese libro sea contestado, rectificado ó confirmado por otro ú otros libros, pues la historia entera completa, imparcial, justa, de un país, presenta aspectos diversos y da lugar á hermosas contiendas histórico-filosófico-literarias, pero no puede dictarse en la plaza pública, ó escribirse al vuelo y en las hojas volantes de la prensa diaria.

Muchas y diversas enseñanzas surgirán de sus páginas serenas y serenas como una lección de moral política; pero en lo que estamos seguros han de armonizar todas las conclusiones históricas, es en condenar el personalismo de sus partidos, su intrasigente intolerancia, y sobre todo, en proclamar, — como el más elocuente é inspirado de los historiadores de la Revolución Francesa al final de su obra, la necesidad imperiosa de la reconciliación fraternal, sincera, de la familia uruguaya! De toda la familia uruguaya, de suerte que no quede fuera de sus fronteras un solo oriental á quien sean vedados sus aires puros, su cielo azul y sonriente!

• •

Como el más grande, como el más poderoso obstáculo al triunfo del constitucionalismo se nos dice también: emprendéis una tarea insensata, la ley de herencia política es invencible, fatal: habrá perpetuamente blancos y colorados.

Un publicista cuyo gran talento hemos admirado siempre, — aunque no tal vez no tanto como lo admira él mismo, sin duda, porque lo conoce mejor que nadie, — decía en uno de esos folletos con que enriquece nuestra literatura política:

«Quereis saber por qué los hijos de los blancos son blancos á su pesar, y los hijos de los colorados, colorados, y por qué lo serán todavía por espacio de algunas generaciones? Pues estudiad á Darwin y Hécquel y ellos os dirán como se elaboran los sentimientos y como se trasmiten en forma de modalidades orgánicas á nuestra descendencia etc., etc.

La *sangre tira*, la sangre habla, repetimos todos los días, y en nombre de esta profunda verdad empírica que encuentra su confirmación cabal en la ciencia, nos hemos lanzado gallardamente más de una vez á la matanza, con el mismo despejo filosófico que empuja á los chacales contra los lobos.

Hacemos cuestión de ser *consecuentes con nuestras opiniones*, (es el insigne escritor quien subraya), tildando de *tránsfuga político*, al que se permite separarse del criterio *disciplinado* de la comunión militante, y qué es eso sino alimentar la pasión política con la *tradición del error*, (somos nosotros los que subrayamos ahora), que perpetúa el modo de sentir y de opi-

nar de padres á hijos, *contrariando las fecundas selecciones de la inteligencia y la ley benéfica de adaptación á nuevos sentimientos y nuevas creencias?*

He ahí por qué es y ha sido tan lento *nuestro progreso político intelectual*.

Los constitucionistas nos hemos separado de «la tradición del error», y en vez de contrariar las fecundas selecciones de la inteligencia, y la ley benéfica de adaptación á nuevos sentimientos y nuevas creencias, hemos pugnado y pugnamos por el triunfo de esas fecundas selecciones, por la difusión en la masa nacional de sentimientos más fraternales. No queremos, siguiendo la imágen del renombrado escritor, continuar aullando como lobos ó chacales. Cumplimos así la divina ley de Cristo,—ama á tu prójimo como á ti mismo,—la ley democrática de fraternidad, y la ley natural, sociológica, de selección y adaptación progresiva y ascendente ó sea la ley de progreso.

Y para eso basta tener lo que Spencer llama el *self control*, el juicio propio, independiente, razonado, que no se somete á preconceptos ó preocupaciones dominantes, ni en el mundo político, ni en el mundo intelectual, sino al mandato de la razón y la justicia.

El eminente pedagogo doctor F. A. Berra, hablando del desenvolviendo de la autonomía individual, prescribe en su última y notable obra «El Código de Enseñanza Primaria»: que ésta «habituará á los alumnos á dirigir por sí propios su conducta, desenvolviendo su autonomía gradualmente en cuanto lo consientan el orden necesario de los estudios y las exigencias de la disciplina.» Y comentando esa sabia prescripción dice: «Otro de los defectos del carácter popular es el proceder en la mayoría de las ocasiones, según la opinión, el criterio y voluntad de terceros, más que según los propios. *Se nota esto claramente en la vida pública*».

Es necesario, pues, por la educación política, elevar el nivel del carácter ciudadano, y nada se opone á que esa educación se extienda á la masa popular. Hablando de los actos de altruismo, dice también el gran filósofo que ya hemos citado, Spencer, en su obra «Fundamentos de la moral»:

«Ciertos hechos que solo se presentan ahora, aún en esos mismos hombres incidental y debilmente, llegarán á ser con el progreso de la evolución, habituales y enérgicos; y los signos que constituyen hoy el distintivo de los caracteres excepcionalmente elevados, se convertirán en la nota común de todos los caracteres. En efecto, aquello que está al alcance de la naturaleza humana perfeccionada, puede estar al alcance de la naturaleza humana general.»

VI

Desarrollando esa fuerza del «control propio», y con cierta flexibilidad que se adquiere en la vida pública, no es necesario el transcurso de varias generaciones para salir de edad de hierro y entrar en la de oro de la fraternidad oriental.—La demostración, el ejemplo elocuente y sugestivo lo tenemos ahí en frente, en la Patria grande, de la cual,—como dijimos alguna vez,—nos desgajara algo inconsultos el temblor de la revolución argentina en sus luchas por la independencia americana.

Somos la misma raza, la misma familia, la misma sangre, ardiente, generosa y viril, y nos dividieron parecidos antagonismos, caracterizados por la misma divisa de guerra: blanco es sinónimo de federal y colorado de unitario! Lavalle y Paz son aquí colorados con Rivera y Flores; Oribe y Garzón son allá federales con Rosas y Urquiza!

Pues bien, ha ya más de treinta años que los antiguos antagonismos desaparecieron de la política argentina; que la calificación de federales y unitarios pertenece á la nomenclatura histórica de pasadas luchas, y que los hombres de pensamiento y de acción se dividen en política por aspiraciones de presente y de futuro, y no por las divisas, hoy anacrónicas del pasado.

Después de largas y cruentas luchas, y para libertarse de una tiranía que pesa sobre todos, es del esfuerzo común de viejos unitarios y antiguos federales que surge Caseros, la aurora de la libertad argentina.—Y corres-

ponde el lote mayor de esa gloria imperecedera al gran caudillo federal, Urquiza, que venciera en las cruentas batallas de Vences, India Muerta y Pago Largo!

Dividense nuevamente los argentinos; álzase Buenos Aires contra el vencedor de Caseros acusado de querer ser un nuevo Rosas; pero la contienda sobre la organización definitiva del país, sobre la dirección superior de la política nacional, ha dejado de ser ya la lucha histórica, legendaria, de federales y unitarios. Si al lado de Mitre están Sarmiento, Alsina, Mármol, Obligado, Juan C. Gómez, etc. etc., figuran al lado de Urquiza, Alberdi, S. M. del Carril, Derqui, del Campillo, Zapata, Juan M. Gutiérrez, todos antiguos, ilustres unitarios.

Y todos, todos están convencidos de que la forma federativa de gobierno, la autonomía provincial, de que fueron representación viviente y turbulenta los caudillos locales, está en la idiosincracia de la democracia argentina.—Si todavía se lucha en Cepeda y Pavón, ya no es por el triunfo del sistema unitario sobre el federal, sino porque Buenos Aires pretende entrar al pacto federativo con libertad de acción y dirigir y modelar ella, la cabeza de la República, su organización definitiva federal!

Y á Mitre,—la ecuanimidad de espíritu hecha hombre político,—que transige con Urquiza á quien llama «el ciudadano más respectable de la República», y gobierna con Eliza'de, de extracción rosista, admirador de Manuelita, sigue Sarmiento, proclamado el primero candidato á la presidencia por un sobrino del mismo Rosas,—por el espiritual general Lucio V. Mansilla, entonces coronel—y vencedor en comicios libres contra la candidatura oficial del habilísimo Elizalde. Y al gobierno *yankee* de Sarmiento, del gran Sarmiento que empuja al país con rapideces de tren expreso en todos los progresos políticos y económicos, sucede el gobierno griego de Avellaneda, griego á lo Pericles, de quien tiene la alta cultura intelectual, la incomparable elocuencia y un cierto perfumado sibaritismo,—casi decimos feminismo,—como si la fortuna hubiese querido contrastar y compensar el destino trágico de su ilustre padre con el suyo tan feliz!

Al gran orador, al hombre de la palabra, sucede el hombre de acción eficiente, el silencioso, aunque no tanto como Grant, el que sabe que en política el silencio es muchas veces condición de éxito. Y el joven oficial de Cepeda y Pavón, al servicio de Urquiza, el que resolvió después como ministro de la Guerra el problema que parecía insoluble de la conquista de la Pampa argentina, agrandando aún más la patria grande, se sienta en el sillón de Rivadavia. Y al mismo tiempo, y durante esas épocas, en los Ministerios, en el Parlamento, en la gobernación de las provincias, en todos los puestos de la administración pública, figuran poco á poco é indistintamente los antiguos federales y unitarios, los herederos de sus nombres y sus títulos en las luchas civiles.

Y cuando el poder cae en un desequilibrado, en un neurótico que prestando unificar en sus manos febriles toda la influencia, todo el poder político de la nación, viene la Unión Cívica, el Acuerdo de los Partidos, que por medio de nobles sacrificios de sangre, de abnegación cívica, salvan la República. Y á Juárez Celman siguen Saenz Peña y Uriburu, y al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires asciende el patriotismo con el Dr. Udaondo y en seguida con el ilustre estadista doctor don B. de Irigoyen. Entre errores y faltas,—que no han escaseado asimismo,—qué fecundas selecciones de la inteligencia argentina, qué adaptación patriótica á nuevos sentimientos y fórmulas políticas, realizando así la evolución ascendente del progreso político!

Y eso rápidamente, actuando bajo una misma bandera los antagonistas de una lucha histórica ó sus sucesores inmediatos, pues la evolución de la conducta política, no necesita, repitámoslo, el transcurso de varias generaciones para cambiar la tradición del odio que lleva al delito, por la del amor que conduce al sacrificio cívico voluntario. Un mismo apellido,—el ejemplo es también argentino,—que simbolizó en el padre el crimen político castigado con la muerte, redimido, sublimado por la virtud cívica del hijo, tiene por premio la inmortalidad!

Y esa enseñanza de la evolución política ascendente no nos viene de allí solo, nos viene de todas partes.

El Brasil, madurado para la democracia bajo el gobierno de un soberano ejemplar por su ilustración y virtudes, pasa sin sentir casi los desgarramientos dolorosos de una larga y ruinosa guerra dinástica, de la monarquía á la república; y los nuevos organismos políticos se forman para actuar en la sucesión regular del gobierno conforme á las instituciones recientemente establecidas. Chile, la sabia Chile, dirigida siempre por esa aristocracia gubernamental de los talentos y virtudes, — única admisible en el régimen republicano, — escapa á los horrores de las luchas civiles provocadas por partidos personales, y despues de una gran revolución en que triunfa la influencia parlamentaria sobre la directriz presidencial, dá el noble ejemplo de elecciones tan libres como las de la democracia norte-americana, formando así una asamblea nacional, en que tienen representación proporcional todos los partidos.

La lección, el ejemplo, nos viene de todas partes. Solo nosotros nos hemos detenido mirando siempre para atrás. Qué extraño, pues, que como la mujer de Loth, nos hayamos petrificado en el camino del progreso político!

Pero será fatal que las aguas vivas de la política corran eternamente por los viejos cauces? No podrán jamás abrirse nuevos canales á las ideas nuevas, fecundizando los elementos sociales que permanecen en forzada esterilidad ha tantos años? Rechazaremos perpétuamente toda solución política que no empiece por cubrirse con la cándida ó la roja escarapela?

Imposible: el progreso por el trabajo que perfecciona, la redención por el sacrificio cívico, nos elevarán, nos salvarán al fin; y despues de atravesado el infierno de las guerras de odio y de ambición y de las tiranías sangrientas y el purgatorio de los gobiernos rapaces de corrupción comanditaria, debemos encontrar, como el Dante, brillando en el cielo institucional, nuestra Batriz cívica, — la Constitución de la República, que, ya lo dijimos una vez, cristaliza las libertades, las virtudes, toda la belleza de la democracia en acción.

Qué necesitamos para eso? La persistencia, la firmeza inquebrantable la tenacidad férrea en el propósito patriótico, que inspira al partido constitucional. Esas son condiciones necesarias para el éxito, por lo mismo que hay que luchar con la delibilidad de unos, la versatilidad y el cálculo egoísta de otros y la ciega pasión de los más.

Y ahora, para terminar, permitasenos una reminiscencia de viajero y una comparación que nos sugiere naturalmente, lo que hemos llamado la petrificación de nuestros viejos partidos.

Viejando hace años por las montañas de la Auvernia, descendimos á un profundo barranco, — aunque no tanto como el que estamos cavando al país, — arrastrados por el atractivo de *La Fontaine petrifiant*, llamada así, porque en poco tiempo, arbustos, flores, nidos, etc., en todo lo que tocaban sus aguas se operaba el fenómeno de la petrificación. Su poder era tan rápido y visible que una tosca y no vieja escalera de pino que asentaba en el curso de agua, — tenía su parte inferior completamente petrificada. Pero lo mas curioso no era eso, sino que esa misteriosa fuerza de transformación petrea habia sido puesta á contribucion por el arte del grabador. Moldeado el cuadro, la escena que debia de tomar relieve por el sedimento petreo sucesivo, continuo, quedaban las aguas al pasar, no habia sino colocar el molde en la corriente de aquellas aguas. Al cabo de cierto tiempo la imagen se habia formado, sedesprendia del molde y el arte y la naturaleza combinados, daban una imagen de piedra, artística, perfecta, tal como habria podido reproducirlo el metal en fusion vertido en el molde.

No pareciera sino que, — la comparación se presenta al espíritu, — las corrientes de ideas antagónicas, de sentimientos hostiles que han pasado por los cerebros y corazones orientales durante más de medio, han grabado en ellos, con sus sedimentos de antipatía, aversion ú odio — más duros que la piedra, y según algunos, algo ingénitos á la raza hispano-charrúa, la imagen horrible y perdurable de la guerra civil activa ó latente. — Pero no! Ese cuadro con tintas de fuego y sangre, si puede pintar el extravío de un pueblo nuevo, ardiente y valeroso en el albor de su vida, no es representación de su actitud definitiva en las luchas democráticas. — A ese cua-

dro de nuestra edad de acero del pasado, debe sustituir como una aspiración nacional para el porvenir, el de la Concordia cívica que han burilado los artífices de nuestro progreso, los apóstoles del altruismo político, los Joaquín Suárez, Eugenio Garzón, M. Herrera y Obes, Bernardo Berro, Eduardo Acevedo, etc., que amparaban á todos los orientales bajo la fraternal leyenda de «no hay vencidos ni vencedores», después de una guerra de nueve años,—y los Carlos M. Ramírez, Francisco Lavandeira, Prudencio Vazquez y Vega, Teófilo Gil y tantos otros en la época contemporánea.

La hermosa imagen está ya modelada y puede reflejarse en todos los cerebros. Si en vez de las corrientes de aversión, de odio entre hermanos en que hemos vivido,—si eso es vivir,—la hoja diaria del periódico, la palabra vibrante del orador, la estrofa ardiente del poeta, el consejo severo del estadista, el folleto del publicista, el libro del pensador hacen circular tenaz, constantemente, las ideas de simpatía, altruismo, fraternidad,—que armonizan con el derecho y el interés de todos,—esa imagen se grabará con durezas imperecederas de granito en la mente popular y después de habernos perdido por el odio nos habremos salvado por el amor, realizando así el voto profético del poeta que dijo para un caso semejante:

*C'est en fraternité que tout doit se dissoudre.
Et Dieu fera servir le calcul, la raison,
L'étude et la science, à cette guérison;*

Byzantinus.

De Carlos Guido Spano á "Byzantinus"

Con verdadero placer publicamos la siguiente carta:

Buenos Aires, 12 de Noviembre de 1898.

Muy estimado amigo:

Magnífico su artículo «El partido de la Fraternidad Uruguaya».

Está elocuente. Lo he saboreado á mi gusto. Para llegar hasta las regiones serenas á que se remontara su espíritu, se necesitan fuerzas muy superiores á las de aquellos que ejercitan las suyas solo en debates políticos ardientes, sin tregua ni descanso. De las alturas del pensamiento vendrá un día la luz que alumbre á todos los patriotas orientales el camino que lleva á reconciliaciones fecundas para la felicidad de la República, en el terreno de la justicia y del derecho.

Reciba usted mis congratulaciones, especialmente por la forma literaria elegantísima de su brioso arranque periodístico.

Para lectura en los ratos perdidos, sin que sea en compensación de su artículo, le mando con ésta los números de «El Nacional», en cuyo folletín se reproduce una carta mía al caballero amigo Julio Migoya García, quien la diera á la estampa: humoradas de enfermo que en medio de sus rabietas no ha perdido la jovialidad característica.

Me dará usted mucha satisfacción enviándome cuanto produzca su brillante pluma.

Siempre suyo afectísimo.

CÁRLOS GUIDO Y SPANO.

De Byzantinus á Carlos Guido Spano

Montevideo, Noviembre 16 de 1898.

Mi distinguido amigo:

Es posible sea crónica la malvada dolencia que lo ata al lecho del dolor con sus férreos anillos como las serpientes á Laocoonte, que era como usted sacerdote de Apolo; pero es más crónica, sin duda, la bene-

volencia simpática, la caritativa indulgencia con que mira las producciones ajenas, y la prodigalidad de magnate opulento y generoso con que deja caer de sus manos, siempre colmadas de flores y piedras preciosas, el elogio artístico, literariamente cincelado. — A aquellas generosas cualidades atribuyo, — y no á méritos propios, — el bello marco con que usted ha orlado mi modesto cuadro cívico «El partido de la Fraternidad Uruguaya», que he querido ver siquiera pintado, ya que tenga poco menos que perdida la esperanza de alcanzar á ver el original! Así va nuestro mundo político, ilustre amigo mío.

Pero si usted sufre como el hijo de Príamo, como es que en su fisonomía literaria no trasuntan los rasgos de dolor que brillan en esa estupenda obra maestra que contemplé en el Museo Vaticano? Cómo es que conserva tan admirable serenidad y hasta desmiente, — en circunstancias que podrían explicarlo, — el *genus irritabile vatum* del clásico latino?

Es que, en su generosa idiosincracia, las hieles destiladas para usted producen miel para los extraños? ¿Es que como el rosal se queda con sus crueles espinas regalándonos el perfume de sus flores? ¿O es que, como Job, después de haber lapidado los cielos con sus sublimes imprecaciones y protestas contra el mal, — esa sombra, ese *quid oscurum* de la creación — ha oído la palabra divina, se ha postrado en tierra y exclamado: «me retracto y hago penitencia sobre el polvo y la ceniza», recobrando una celeste serenidad?

Recibí su bella epístola al señor Migoya García, que he leído con fruición, encontrando en ella los rasgos de su fisonomía moral y literaria: la belleza de la forma, el culto de los grandes recuerdos de la independencia argentina y de su ilustre padre el general Guido, y esa amable jovialidad que solo conservan en el ocaso de la vida los temperamentos felizmente equilibrados y que oscilan del lado de un optimismo generoso.

Gracias, noble amigo y favorezca siempre con los frutos de su inspirado númen á su admirador y amigo.

Resonancias de un Folleto

«EL PARTIDO DE LA FRATERNIDAD URUGUAYA»

De las numerosas adhesiones y palabras de aliento que en cartas y tarjetas ha recibido «Byzantinus», tomamos las que siguen, dejando otras muchas y de las más inestimables, «para el archivo de sus satisfacciones personales».

Ellas prestigian la idea y á ese título es útil su publicidad.

De monseñor Soler

Mariano Soler, arzobispo de Montevideo, saluda atentamente al distinguido publicista doctor Domingo Aramburú (Byzantinus) y lo felicita calurosamente por su sensato, brillante y patriótico estudio «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», haciendo votos porque el hermoso ideal que desarrolla se convierta en programa sincero del apostolado de la fraternidad uruguaya, única salvación del porvenir.

De don Tomás Gomensoro

Tomás Gomensoro tiene el placer de saludar á su respetable amigo, el talentoso Byzantinus, y de agradecerle efusivamente su honroso obsequio — opúsculo que demuestra, una vez más, las cualidades brillantes de su autor y que contiene consejos y enseñanzas dignos de ser oídos y realizados.

Noviembre 26 de 1898.

Del doctor Joaquín Requena

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Mi distinguido compañero y amigo:

Mejorado ya de mis enfermedades he tenido el placer de leer su oportuno, interesante y benéfico folleto *Byzantinus* y deseo ir á su estudio á darle un abrazo de felicitación, lo que haré luego que mi médico me retire su prescripción de no salir á la calle. Mucho le agradezco que me haya obsequiado con su folleto, pero le reclamo de que haya empleado respecto de mí la palabra eminente, la palabra eminente que ha sido motivo de mis contrariedades con mi generoso amigo el doctor Pena.

Saluda á Vd. con íntima amistad y B. S. M.

JOAQUÍN REQUENA.

De don Enrique de Vedia

Buenos Aires, Noviembre 22 de 1898.

Mi querido amigo:

De seguro que no se imaginará usted la impresión de simpatía y de agradecimiento que sentí al recibir su folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya». Deseo decírselo para corresponder siquiera así á su amistoso recuerdo. Lo leí inmediatamente y todo de un tirón: esto sí que escusaba decírselo. Es excelente como literatura; estilo sóbrio y elegante al mismo tiempo. *Je vous en fais mon compliment*. En cuanto al fondo es una obra de pura bondad y de hábil política conjuntamente. Solo usted puede escribir eso en nuestro país, solo usted tiene tanta buena intención y quién sabe si otro pudiera hacerlo con tanto derecho y tanta autoridad.

Me adhiero en absoluto á sus opiniones; á sus tendencias, aún cuando mi adhesión personalmente valga bien poca cosa y políticamente menos todavía, si cabe. En fin, es un voto, ahí lo tiene usted. ¡Qué dolor, que ideas tan sanas, tan justas como las suyas hagan un contraste tan perfecto con la situación, con la realidad! Eso es precisamente lo que lo explica; la ley del contraste de la reacción.

Ay, amigo mío, no crea usted; no es por que seamos blancos ó colorados que nos vemos así, que estamos como estamos. Esto es solamente la forma; la esencia es otra. Amarillos ó Verdes, sería la misma cosa. Es que no constituimos un estado, sino una fracción de estado; faltan los elementos necesarios, el número. Nada más fácil y corriente que el choque entre pecos, el duelo singular. La batalla campal es infinitamente más rara. Agregue usted la raza, la educación,—que hace también primores en la Argentina,—y algo también peculiar del suelo, duro, áspero que se refleja en el carácter. Por mi parte, yo estoy convencido de que aquello no tiene ni tendrá compostura posible, dentro de sus elementos constitutivos.

Quiera disimular, mi querido amigo, el desparpajo con que me produzco y que no es petulancia sino espontaneidad, usted lo sabe bien.

Otra vez, muchas gracias por haberme recordado. La estrecha las manos muy afectuosamente.

ENRIQUE DE VEDIA.

Del señor Antonio D. Lussich

Antonio D. Lussich saluda atentamente á su distinguido amigo el señor doctor Domingo Aramburú y le agradece el envío de su importante trabajo «La Fraternidad Uruguaya», que ha recibido muy justos elogios de eminencias literarias, como ha merecido siempre todo lo que usted ha producido, fruto de su talento erudición y competencia.

Uno mi humilde voto al de tantos, por la felicidad del patriota ciudadano, que de cuando en cuando sabe deleitar á sus amigos y admiradores con sus brillantes producciones.

S/c., Noviembre 23 de 1898.

Del doctor Juan Testaseca

El doctor Juan Testaseca se permite saludar al doctor Aramburú como verdadero literato-historiador del pensamiento, humano. La luz calorica que se desprende de su palabra, si no ilumina la pupila atrofiada de los partidarios hoy, valdrá para crear mejores organismos mañana.

Del señor Juan A. Palma

Juan A. Palma agradece á su estimado amigo doctor Domingo Aramburú el envío de su reciente folleto «Fraternidad Uruguaya», nuevo esfuerzo del pensador que siente hondamente las desgracias de la patria.

Del doctor Ezequiel Garzon

Ezequiel Garzon saluda afectuosamente á su distinguido colega y amigo doctor Aramburú y le agradece su recuerdo al mandarle el precioso opúsculo titulado «El Partido de la Fraternidad Uruguaya»

Ojalá, mi estimado amigo, se inspiráran en sus anhelos y en los oportunos recuerdos históricos que usted cita, los políticos de esta desgraciada tierra.

S/c, Noviembre 22 de 1898.

Del doctor Carlos Martínez Vigil

Carlos Martínez Vigil saluda atentamente al aplaudido autor de «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», y al agradecerle el envío de su última producción, que había leído gustosísimo en la prensa, aprovecha la oportunidad que se le ofrece para felicitarlo muy sinceramente por ese hermoso trabajo, rebotante de elocuencia, de civismo y de verdadera cor-dura política.

Montevideo, Noviembre 22 de 1898.

Del señor Alfonso Seré

Alfonso Seré tiene el gusto de saludar á su apreciable correligionario y amigo doctor Aramburú y de agradecerle la atención que ha tenido de enviarle su patriótico folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya».

Del señor Augusto Morales

Augusto Morales agradece el recuerdo á su buen amigo el doctor Aramburú y le pide quiera felicitar en su nombre al inteligente Byzantinus por las sanas ideas que propaga en su ilustrado folleto.

Del señor Carlos Pelxoto de Abreu Lima

Saluda á su distinguido y buen amigo doctor Aramburú, y mucho le agradece el envío del libro donde están reunidos los artículos de actualidad que la siempre inspirada pluma del ilustre maestro doctor Byzantinus ha sabido impresionar á todo hombre de sanas ideas y elevado criterio.

Del doctor Elías Regules

Saluda con todo aprecio á su distinguido correligionario y amigo Byzantinus, anhelando que caigan en terreno fecundo las patrióticas enseñanzas magistralmente desarrolladas en el folleto que lleva por título «El Partido de la Fraternidad Uruguaya». Quedo reconocido por el ejemplar con que se me ha honrado.

Del señor Francisco A. Lanza

Mi estimado y distinguido amigo.—Le agradezco que me halla obsequiado con un ejemplar de su folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya» y excusado manifestarle que, si bien conocía este trabajo de usted por haberlo visto publicado en «La Razón», ha vuelto á leerlo con el interés que invenciblemente despierta todo cuanto sale de su pluma.

Deseo vivamente que estas páginas que hacen sentir y meditar, hayan causado á todos sus lectores la impresion favorable que á mi,—lo que es de esperarse por la elevación de sentimientos, la serenidad de juicio y el tacto exquisito con que están escritas.

Quiera agregar mis sinceras felicitaciones á las muchas que con justicia habrá recibido por su notable trabajo.

Lo saluda con el mayor aprecio su affmo. amigo.

F. A. LANZA.

Del señor Carlos Anselmi

Saluda al buen amigo y correligionario doctor don Domingo Aramburú y agradece efusivamente el obsequio de su brillante folleto titulado «El Partido de la Fraternidad Uruguaya.»

Del doctor Félix Illa

Saluda atentamente al ilustrado doctor Domingo Aramburú y le agradece el envío del folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», notable bajo todos conceptos y que dá más brillo aún al ya celebrado pseudónimo Byzantinus.

Del doctor Emilio Payssé

Saluda atentamente al doctor Aramburú y le agradece su amable obsequio, y como correligionario se permite felicitarlo por el concurso inapreciable que ofrece al Partido con su patriótica propaganda.

Byzantinus agradece profunda y sinceramente todas esas manifestaciones y los conceptos, en extremo benevolentes, con que en la persona del abanderado se ha querido honrar la insignia de union fraternal que enarbola. Especialmente la de Monseñor Soler, impregnadas de evangélica, cristiana fraternidad; las del ilustre anciano don Tomás Gomensoro por cuya boca habla con autoridad una experiencia casi secular y el espíritu altruista del pacificador de 1872; las de nuestro antiguo maestro y amigo el ilustre jurisconsulto doctor Joaquín Requena, cuya modestia iguala su ciencia, pues nos promueve, lo mismo que al doctor Pena, una casi demanda porque llamamos eminente!... á nuestra mayor eminencia jurídica; y como representación de los sentimientos afectuosos, las de mi querido y antiguo amigo Enrique de Vedia, espíritu cultísimo, elevado y sincero, caballeresco, pero que, mucho lo sentimos,—mirándonos desde el gran foco de luz de Buenos Aires, nos ve con más sombras de las que realmente tenemos y en el momento álgido de una gran crisis política.

Esta pasará como han pasado otras peores, y lo que el pesimismo mira como un ocaso puede resultar mañana la aurora de una nueva época.—Esforzarse por aproximarla es obra de patriotismo.—El *nilhil sperare* podrá ser la leyenda simbólica de un pueblo viejo, caduco, de una raza en decadencia, vencida en las batallas de la vida por otra raza superior, pero jamás la de un pueblo joven, vigoroso, valiente, y creciendo aún más,—lo que apresura su edad viril,—por aluvion humano que por desarrollo vegetativo.—Un pueblo así,—y así es el pueblo oriental—no puede adoptar otra divisa que la yankee, *Go ahead! Go ahead!*

Adelante, siempre adelante!

BYZANTINUS.

Resonancias de un folleto

ENTRE AGUSTIN DE VEDIA Y BYZANTINUS

Señor don Domingo Aramburú.

Mi distinguido amigo:

Tuve hace algunos días el placer de recibir y leer su interesante publicación con el lema de «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», en que abundan los bellos conceptos y trascienden los nobilísimos sentimientos del autor. Veo que en su obra me hace aparecer usted haciendo prosa, es decir *constitucionalismo*, sin saberlo. Algo más que constitucionalismo abstracto, en efecto, hemos hecho y haremos los ciudadanos bien inspirados de todos los partidos, cada vez que los acontecimientos lo demanden. Y de aquí nace mi crítica. Ustedes se empeñan en hacer teoría y en crear un partido nuevo, cuando lo necesario es crear ó producir sucesos determinados. Con su bandera de unión ustedes nos han dividido. Pero no: ese criterio me parece injusto.... Si yo sé, á la vez, hace muchas veces *nacionalismo* sin saberlo!

Créame siempre su consecuente amigo.

AGUSTIN DE VEDIA.

Señor don Agustín de Vedia.

Mi distinguido amigo:

Quedo muy grato al juicio que usted expresa respecto á la forma literaria y sentimientos que inspiran mi folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya». Hay en sus palabras suma benevolencia.

Lástima que el alto propósito del folleto, hacer política «á la argentina», política de principios y no de divisas anacrónicas, no merezca, ya que no las decididas simpatías de un espíritu superior como el suyo, mayor equidad en el juicio.—Qué crea que el constitucionalismo es una mera abstracción política, sin rol en los sucesos, siendo así que la ha tenido, y de primera fila, en su oposición á todos los gobiernos surgidos del motín de 1875.

En efecto, sin desconocer en otros, méritos notorios, quienes y con más brillo y constancia que sus escritores y tribunos han mantenido vivo el fuego sagrado del civismo? Quiénes han sido «los descontentos de siempre» en todas las situaciones oprobiosas? A qué cita del honor y del patriotismo,—cuando á la propaganda ha seguido la acción, han faltado muchos de sus abnegados adeptos?—La víctima más ilustre del sacrificio del Quebracho, Teófilo Gil,—no dejó su pluma luminosa de redactor de «La Razón» para ir á morir gloriosamente por sus ideas constitucionalistas? No estaban allí, al lado de colorados y nacionalistas, formando todos abnegado y glorioso pelotón José Pedro, Gonzalo, Carlos y Octavio Ramírez, Luis Melián Lafinur y tantos otros?

Constitucionalismo abstracto! Y quienes más que los constitucionalistas contribuyeron, desarmando las pasiones, é invocando el patriotismo de todos, á hacer la paz de Septiembre? Quién les niega su participación importante en la caída del colectivismo y en el Acuerdo de los Partidos que asegura la coparticipación de todos en la futura Asamblea?

Qué con nuestra bandera de unión los hemos dividido! Sin duda—como el elevado programa nacionalista de 1872,—que es uno de sus mejores timbres cívicos—dividía los hombres de principios de su partido, de los que no reconocen otro principio supremo sino una divisa, un nombre histórico.—Todavía, cinco lustros después, hay quién considera cismáticos del neoblanquillage á los que como usted, Palomeque, y tantos otros se llaman siempre nacionalistas y no blancos!

Pero esas evoluciones ascendentes son el progreso político, y los hombres de pensamiento, de reflexión serena, no pueden renunciar á ellas.

Esos tradicionalistas apegados á nuestra edad de piedra, ó de chuzas, que es lo mismo, rehacios á la ley del progreso político en cuanto á fraternidad,—que es la magna educación de los sentimientos,—pretendiendo formar de los ciudadanos dos razas eternamente antagónicas, son realmente políticos anthropolitos.

Esos hombres petrificados en sus viejas ideas, son, según se ha dicho muy bien—de los fósiles,—las medallas de tiempos pasados.

Pero la política no es la paleontología, sino la lucha cívica por la vida actual, por la selección de las ideas y los sentimientos, por el progreso humano en el cual debe triunfar el altruismo generoso sobre el personalismo egoísta de la política primitiva.

El constitucionalismo,—si usted estudia bien la proyección patriótica, la tendencia altruista de los más eminentes pensadores del antiguo partido blanco,—no es sino el nacionalismo perfeccionado.

Pero no es mi ánimo entablar polémica, aquilantando títulos y discerniendo glorias y responsabilidades á los partidos, según su actuación en los últimos tiempos, sino levantar el cargo de inutilidad práctica, de tendencia semi-anárquica que usted hace al constitucionalismo.

Y tanto menos debo insistir, cuanto que usted, después de rectificado el cargo de hacer constitucionalismo sin quererlo, lo *compensa* afirmando que usted sabe que muchas veces hacemos *nacionalismo* sin saberlo!

Reconocemos humildemente que, en efecto, hacemos *nacionalismo*; no muchas sino siempre: nacionalismo como el que hacía el ilustre doctor don Eduardo Acevedo cuando decía: «Sostendremos, pues, la necesidad de la *extinción absoluta y completa* de los antiguos partidos » Como don Bernardo Berro cuando escribía en 1855: «*Los orientales no están divididos por principios políticos; están solamente por los hechos, por la aplicación de aquellos ó algunos de estos que ya sucedieron tiempos atrás. Respecto á las ideas especulativas, todos están conformes y se puede decir que todos pertenecen á la misma escuela*».—¡¡Como el mismo General don Manuel Oribe cuando unido al General don Venancio Flores en su famoso Pacto de Unión, decían que: «invitan á todos sus compatriotas á unirse en el supremo interés de la «patria, para formar un solo partido de la familia oriental!!!»

Ese *nacionalismo* es el bueno, el amplio el grande, bajo el cual caben todos los orizontales, todos los nacionales, y el único que realmente tendría derecho á ese hermoso nombre.—En cuanto á nuestro principismo tampoco es,—lo hemos demostrado brevemente,—una mera abstracción.—Demasiado sabemos que la política debe ser principista y experimental á la vez á imitación de Thales de Mileto, de quien se cuenta calculó al mismo tiempo que un eclipse de sol, que ese año habría una cosecha espléndida de aceitunas. La luz de los principios debe iluminar el cielo de las utopías y la tierra de las realidades.

Siempre su amigo.

BYZANTINUS.

Resonancias del folleto

“La Fraternidad Uruguaya”

Publicamos, por el prestigio de la idea, porque son escritas para tener efecto en la opinión, no por mera satisfacción personal,—por más que ella sea grande y agradezcamos profundamente tantas deferencias al modesto escritor,—algunas de las nuevas adhesiones y voces de estímulo que hemos recibido, permitiéndonos llamar la atención sobre la del señor don Isidoro De Maria, padre, quien afirma, con la autoridad que le dan su antigua actuación en la prensa del país y sus estudios histórico-políticos, que nuestros ideales «armonizan con los que acariciaron pensadores tan ilustrados como Villalba, Acevedo, Herrera y Obes,—Manuel—los Magariños, Carlos Maria Ramirez y otros».

Bien se está, pues, estimado amigo Laguna, San Pedro en Romay «Byzantinus» en la capillita modesta del constitucionalismo, rogando fervorosamente como los primeros cristianos porque Dios abra los ojos de estos judíos blancos y rojos que han crucificado á Cristo, esto es el pueblo.

Y si la metáfora le parece fuerte, —supóngase que no es sino metáfora, bórrela haciéndole una cruz tan grande como la que Byzantinus ha hecho á las supersticiones del pasado. Él tiene fé y espera que el oratorio principista ó constitucionalista se convertirá, en no lejano día, en el gran templo de la Concordia Cívica!

BYZANTINUS.

Del señor Floriano Zapata

Distinguido escritor argentino, ex-Senador y Diputado de la provincia de Santa-Fé y antiguo amigo del Colegio del Uruguay.—Lo que explica su exagerada benevolencia para con «Byzantinus».

Santa-Fé, Noviembre 25 de 1898.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Querido Domingo:

Cuando estaba para escribirte diciéndote que reunieras en un folleto los brillantísimos artículos que has publicado en «La Razon» y en «El Siglo», llegan á mis manos esos artículos en la forma que yo deseaba verlos reproducidos para mejor conservarlos.

Bien, Domingo, por tu hermoso folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguay», igualmente notable como trabajo político y como trabajo literario.

No soy yo, sin embargo, el más abonado para resolver de plano si aciertas ó no en tus conclusiones, inspiradas en un verdadero y legítimo patriotismo; pero en cambio sí puedo decirte, que este folleto, como el anterior «Bosquejos políticos», trata la cuestión de los partidos orientales, con tanta seguridad, tanta buena fé y tanta abundancia de datos y sanas ideas, que indudablemente merece subida alabanza y meditación seria y detenida.

Es posible que muchos estén en desacuerdo con las ideas que tú profesas y que sostienes con franqueza y sinceridad dignos del castellano viejo de Larra: es posible también que algunos crean que es un pensamiento romanesco en esa tierra caldeada por las pasiones en delirio, eso de pretender borrar los colores de las viejas divisas de las parcialidades militantes, aproximando lo históricamente dividido, amalgamando lo históricamente fraccionado, soldando lo históricamente roto, para refundir todos estos elementos discordes y antagónicos, mosaico de intereses encontrados y de aspiraciones opuestas, en un solo y apretado haz en un gran partido esencialmente nacional que campee en la arena política como el vencedor de los juegos olímpicos, con condiciones precisas para el simultáneo afianzamiento de la libertad y del orden; pero discrepando unos y otros de tus ideas y honradas convicciones, tendrán empero que reconocer siempre, como yo te reconozco, singulares dotes de escritor brillante, erudito y disertor, circunstancias que avaloran y realzan el folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguay» y todas tus galanas producciones que enriquecen la literatura política de tu patria.

Recibe entre tanto mis parabienes y un fuerte apretón de manos.

Tu amigo *ex tota cord*

FLORIANO ZAPATA.

Del señor José G. Busto

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Mi querido y respetable amigo:

Tengo un pésame que agradecerle y una felicitación que dirigirle. Las palabras cariñosas del primero han dejado honda huella en mi alma y me

dan más ánimos para tributarle la segunda como homenaje de mi admiración y de mis simpatías.

Estoy por creer que «El Partido de la Fraternidad Uruguaya» es lo mejor, política y literariamente hablando, que ha salido de su pluma. Abí está Vd. de cuerpo entero, consu patriotismo inmaculado, con su honradez intachable, con su manera de sentir hondo y de decir brillante y claro, con esa sinceridad de alma que se atropella por subir á los lábios y que dá color y verdad hasta al más insignificante de sus actos.

Hacía rato que no oíamos su palabra austera y á la verdad que bien la necesitamos. En estos tiempos en que cada vez pesan menos los principios y pesan más los intereses personales, en que casi no se lucha sino por la posición fácil y lucrativa, en que el incondicionalismo político va abriendo brecha hasta en muros que se creían inexpugnables, conforta el ánimo ver á un ciudadano de su talla levantarse sobre las pasiones mezquinas del momento, y predicar una vez más, con acento profético, la unión de todos los ciudadanos como único recurso para salvar á esta pobre patria, víctima de la obsecación y el espíritu anárquico de sus hijos.

Leyendo su inspirado folleto, se siente ganas de luchar por el bien, se olvida el cansancio de la pugna estéril y la amargura de la decepción. Y se guardan esas páginas junto con otras, desgraciadamente muy pocas todavía, para formar con ellas un brevario cívico que fortifique con sus oraciones la fé del creyente y le haga esperar con serenidad de ánimo el advenimiento de una era de oro para la patria, en que no tengamos otra guerra civil que la lucha pacífica de las ideas, y en que todos aunemos nuestros esfuerzos para hacer de este pedazo de tierra tan enriquecido por la naturaleza y tan despilarrado por los hombres, la Bélgica ó la Suiza de la América del Sur.

Dios, guarde muchos años al maestro y apóstol para bien de sus conciudadanos.

JOSÉ G. BUSTO.

C./de Vd. Noviembre 30/98.

Del señor Isidoro De María (padre)

Noviembre 1898.

Doctor Aramburú:

Isidoro De María saluda afectuosamente al ilustrado autor del interesante, simpático y patriótico folleto de «Byzantinus» sobre la «Fraternidad Uruguaya», con cuyo obsequio he sido favorecido, y al significarle su agradecimiento y el placer con que lo ha leído, le estima, como debe, la benévola dedicación con que obliga más su reconocimiento. Simpatizando con sus nobles y patrióticos ideales,—que se armonizan con los que acariciaron pensadores tan ilustres como Villalba, Acevedo, Herrera y Obes (Manuel), los Magariños y Carlos María Ramirez y otros,—lo felicito por su trabajo, rico en civismo y sensatez

Del doctor Juan Carlos Blanco

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Distinguido amigo:

Su estudio «El Partido de la Fraternidad Uruguaya» es una buena acción aparte de todo elogio por el mérito literario.

Se explica así las felicitaciones calurosas que ha recibido y á las cuales uno las mías con gran placer.

Por contraposición á la indiferencia de la moral en el arte, que siempre que la producción artística y literaria, llenadas las demás exigencias, comprenda también la de propender al mayor bien social y humano, realizará más completamente sus fines y más estensa será su eficacia.

Ha escrito usted doctor «Byzantinus», como escritor eximio y ha sentido y pensado como verdadero ciudadano. No es esto raro en usted, pero

por lo mismo suscita vivas simpatías más merecidas aún si se considera el rigor de los tiempos y los ejemplares dominantes en nuestro país.

Con mis plácemes por su éxito le saluda cordialmente, su afectísimo amigo.

S/c. Diciembre 1.º de 1898.

JUAN CARLOS BLANCO.

De la señorita Adela Castell

Adela Castell, agradece al notable publicista doctor Domingo Aramburú el precioso obsequio de su luminoso folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», cuyos artículos ya había leído con el vivo interés del que busca en el civismo un lenitivo para las heridas sangrantes de la patria.

Si todos los hijos de esta tierra sintieran de tal modo, aunque no escribiesen con la brillantez de «Byzantinus», la esperanza de una mañana feliz para la nación uruguaya se fortalecería en los espíritus que por tantas razones hoy la sienten desfallecer.

Reciba el valiente escritor el modesto aplauso de quién tanto ama las sanas doctrinas como admira la benéfica enseñanza.

Montevideo, Noviembre de 1898.

Del señor José Enrique Rodó

José Enrique Rodó agradece su amable obsequio al reputado escritor que suscribe sus producciones con el transparente seudónimo de «Byzantinus», cuya palabra tiene la doble autoridad de la alta probidad política y del reconocido talento.

Los que consideramos que, para la acción eficiente del ciudadano, es de necesidad actual su permanencia dentro de los bandos tradicionales, no podemos desconocer, á pesar de eso, que los que dirigen en otro sentido su propaganda preparan la inevitable solución del porvenir.

Montevideo, 29 de Noviembre de 1898.

Del señor J. G. Ingouville

J. G. Ingouville saluda cordialmente á su distinguido amigo el doctor Aramburú y al agradecer el folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya» hace sinceros votos para que se realicen las aspiraciones patrióticas de su ilustrado autor.

S/c. 30 de Noviembre de 1898.

Del doctor Alfredo J. Pernin

Alfredo J. Pernin saluda atentamente al doctor Aramburú y le agradece el recuerdo al enviarle su folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», hermoso conjunto de enseñanzas cívicas.

Noviembre 28 de 1898.

Del doctor José A. Freitas

José A. de Freitas agradece á su respetable amigo y correligionario el doctor don Domingo Aramburú el envío de su brillante folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya» que hé leído con verdadero interés.

S/c. Noviembre 28 de 1898.

Del señor Santiago Balestra

Santiago Balestra saluda atentamente á su distinguido correligionario y amigo el señor doctor Domingo Aramburú, y le agradece intimamente el folleto que se sirvió enviarle, «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», el que he vuelto á leer, después de haberlo hecho en la prensa, quedando una vez más convencido de que los rumbos en él fijados son los únicos que pueden conducirnos á una prosperidad futura.

S/c. Noviembre 29 de 1898.

El Partido de la Fraternidad Uruguaya

A causa de ser el señor Jacinto Alvariza, por títulos notorios, un ciudadano progresista y de incansable actividad para todo esfuerzo en bien del país, le enviamos, con merecida dedicatoria, un ejemplar de nuestro folleto último.

Con este motivo nos ha hecho el honor de dirigirnos una epístola histórico-política publicada en «El Nacional» de ayer, en que trata *ab-ovo* del origen de los partidos, de su índole, de sus errores y de sus progresos; en que exalta y sublima á Lavalleja y fulmina á Rivera, concluyendo por declarar que, dados los progresos del partido nacionalista y la acción conjunta que en la Tricolor y en el Quebracho han ejercitado todos los partidos, está demás en el escenario de la vida pública, el partido Constitucional.

No obstante eso, deja entrever una ligera simpatía,—tan lejana que tal vez sea «astronómica»,—por una nueva asociación política,—el partido progresista,—que parece vislumbrar como evolución ascendente del constitucionalismo.

Agradecemos, ante todo, al señor Alvariza, los conceptos elogiosos que derrocha en honor de «Byzantinus», cuyo vuelo no será jamás el del águila ó cóndor, con el cual lo compara, sino apenas el de *Le Grand Canard* de «la laguna triste del constitucionalismo», según dijera un día nuestro amigo Eugenio Garzon.

«Byzantinus»,—ya lo hemos dicho, no cree conveniente á la propaganda constitucionalista el discutir, el polemizar acerca de la historia de los partidos tradicionales, aquilatar sus méritos ó faltas, y pronunciar severos é imparciales veredictos, estableciendo superioridad é inferioridad patriótica.—Apenas si mencionará, como enseñanza, algunos hechos que están fuera de toda controversia.

Sancionar aquellos veredictos es la alta, elevada función de la historia; y la historia no se escribe como incidencia de polémicas apasionadas, en las hojas frágiles de un periódico.—Se esculpe solo, por el que puede y sabe, en el silencioso recogimiento y meditación del estudio, en libros serenos y severos que condensan y consumen la labor de muchos años, de una vida, la luz de un espíritu superior, la justicia de un alma recta, de una conciencia que debe ser algo así como la conciencia nacional.—De ahí su autoridad.

«Byzantinus», pues, no puede seguir al señor Alvariza en su excursión histórica y emitir opinión acerca de Lavalleja, Rivera y Oribe como jefes de partido.

El sabe que, como esas montañas cuyas cimas están siempre cubiertas de nubes, hay altísimas figuras históricas, que parecen destinadas á seguir envueltas en sombras á pesar de las más brillantes y justicieras vindicaciones históricas.

Tocóles actuar en tiempos oscuros, sombríos, terriblemente apasionados, de guerra á muerte con los enemigos de la patria, de luchas y emulaciones implacables por la dirección de las muchedumbres sublevadas contra toda extraña dominación.—Y las pasiones violentas que surgieron al calor de enconados antagonismos internos, transmitidos por la tradición oral y por leyendas no controladas con criterio imparcial han dejado, hasta ha poco, vapores impuros que oscurecieron los contornos luminosos de esas personalidades legendarias. Pero el tiempo, ese gran justiciero de todos los litigios humanos, ha hecho su obra de reparación, y los héroes, orlada su frente con el laurel de la gloria y la corona santificadora del martirio, reclaman el apoteosis de su consagración en el bronce de la inmortalidad:—es el caso de Artigas! Y corresponde á Carlos María Ramírez, el ilustre fundador del Partido Radical, gérmen fecundo del constitucionalismo, la piadosa y patriótica tarea de haber, como la Verónica, limpiado el rostro del padre de la patria del polvo vil de la injuria y la calumnia que lo manchaban!

Esperan al audaz conquistador de Misiones, Rivera,—al segundo de los Treinta y Tres, Oribe, iguales vindicaciones y sémjantes apoteosis? La

historia dejará convicta de calumnia la acusación que se hace al uno de haber estado enteramente inficionado por el microbio del compadrazgo político, del desorden, del despilfarro, y al otro de haberse contagiado al servicio del tirano Rozas, de autoritarismo, de sanguinaria crueldad?

Desearíamos que así fuera, con toda sinceridad, por el honor del país, por el nombre de los partidos en que ha estado y está dividida la familia oriental.

Pero sea cual sea nuestra opinión,—que puede ser influenciada, cambiada, por una historia verídica, imparcial del país, que no se ha escrito aún, creemos discreto reservarla, porque no somos historiadores sino hombres políticos y de actuación en el presente.—Y nosotros pensamos y decimos ahora, como decía ha más de cuarenta años el ilustre doctor Acevedo: *“Se necesita tender un velo sobre el pasado, pero un velo que no humille á los unos á la presencia de los otros!”*

Esa es la política verdaderamente «nacional»,—tal cuál entendían el «nacionalismo», el doctor Acevedo y don Bernardo Berro, y que ahora se llama constitucionalista, como podría llamarse mañana progresista.

Así la entendía y entiende el decano de nuestros jurisconsultos, doctor don Joaquín Requena, según lo confirma la tarjeta que publicamos, y nos lo ratificó verbalmente, después de honrar á su modesto discípulo con un abrazo cívico y afectuoso que fué á buscar á su noble retiro.

Así lo entendía el patricio de la Constituyente don Gabriel A. Pereira, que en su programa de gobierno, redactado por el doctor don A. Magariños Cervantes, decía: «Mande quien mande, *la mitad del pueblo oriental no puede ni debe considerar en eterna tutela á la otra mitad.*»

Así lo entendía el gobierno de don Bernardo Berro, que en su decreto de 14 de Julio de 1860 declaraba que «en la tentativa de resurrección de los viejos partidos con sus banderas de guerra y exterminio, *no vé sino la invitación á la guerra civil y la a-arquía.*». —Y extralimitando el derecho del gobierno, y restringiendo el de la libertad del pensamiento, aun que con generoso propósito,—*prohibía la discusión del pasado por la prensa!*

Son los decretos del patriotismo, son los lazos de la fraternidad los que deben proscribir esa interminable contiendal

Podríamos multiplicar las citas, con solo recorrer el mentado folleto del doctor Melian Lafinur, «Exégesis de banderías», cuya documentación histórica nos permitimos recomendar al señor Alvariza y á todos los que prefieren la verdad desnuda á la mentira vestida de falsa gloria.

Fué bajo aquella bandera amplia, conciliadora, que se incorporaron al partido nacionalista elementos de valía del antiguo partido colorado; desgraciadamente, revoluciones enconadas y represiones implacables, sangrientas, hicieron fracasar esa evolución fraternal, y quedó más proiundo, más insalvable aún que antes, el abismo que separa á los blancos ó nacionalistas de los colorados.

El programa de principios de 1872, que es sin duda alguna un gran progreso político, se inspira, al declarar que «no glorificaba ni condenaba el pasado» dejándolo al fallo de la historia, en la política verdaderamente nacional que preconizaban Berro y Acevedo,—y que, como lo hemos dicho y nos lo recuerda hoy mismo el señor don Isidoro de María, acariciaban también como ideal patriótico los Joaquín Suarez, Tomás Villalba, Manuel Herrera y Obes y otros.

Ha bastado ese programa para iniciar, ya que no para realizar una asociación política que no tenga en efecto otros vínculos que los de los principios proclamados? Se ha dejado el pasado al juicio de la historia? Se ha colgado la divisa blanca, como cívica ofrenda en el altar de la concordia ciudadana? Todo lo contrario!

La revolución popular y prestigiosa de Saravia y Lamas se ha hecho con divisa blanca, y eran los nombres más conocidos de los antiguos candillos blancos, empezando por Oribe, los que, como divisa de guerra, decoraban los nombres de casi todos los clubs políticos de todo el país: -- Se dirá acaso que para ir á la guerra se evoca á Marte ó á Belona, y que esos nombres, como armadura simbólica, han sido depuestos una vez hecha la paz, ó en otros términos, que en la acción son blancos y en la palabra nacionalistas?

Res, non verba, ó verba, non res, que se prefiera? Cuestión de palabras? No, cuestión de ideas, de principios. Lo será de palabras para los que siendo blancos por ley de herencia,—como dice Angel Floro Costa,—ó por convicción propia, aceptan el pompón celeste del nacionalismo como parte vistosa y decorativa de su indumentaria política.

Pero para los que son nacionalistas por aluvión, y formaron parte antes, por sí ó sus antecesores, de la falange roja, la cosa es muy diferente, y con razón. Oblíguese á Agustín de Vedia ó Alberto Palomeque,—y á muchos otros como ellos,—á firmar una declaratoria como blancos, y el primero romperá antes su pluma inspirada y serena de periodista y el segundo arrojará en pedazos su diploma de diputado desde aquí hasta las márgenes del Yaguarón.

La sonada necesidad de la divisa para mantener la unidad, para hacer montón grande, y como consecuencia final *actuar eficazmente* en la política práctica, en la vida real, — que es su *argumentum magnum*, — ha tenido en los hechos históricos opuestos sucedidos en ambas márgenes del Plata su más contundente refutación.

El partido federal allí fué desalojado del poder en 1861, como consecuencia de las batallas de Pavón y Cañada de Gómez; y el partido blanco aquí lo fué en 1865, como consecuencia de la toma de Paysandú, la Numanía americana, y de la capitulación de Montevideo ante el ejército brasileiro el mismo día del glorioso aniversario de Ituzaingó!

Cual ha sido la línea de conducta política de unos y otros; y cuales sus resultados definitivos?

Allá, en la patria grande, los argentinos después de algunas insurrecciones más ó menos formidables encabezadas por el Chacho, los Saá, los Videla,—y en escala descendente de correrías de los Ontiveros, Chumbitas y Potrillus,—se convencen de su impotencia para triunfar en la lucha armada,—archivan su divisa de guerra, y después de una abstención más ó menos larga, entran en las evoluciones políticas de los vencedores de Pavón y se confunden con ellos.

Un estallido formidable, la revolución de Entre-Ríos de 1870, que empieza con el sacrificio sangriento del vencedor de Caseros, y que atrae sobre sí todo el poder de la nación—dirigido por la mano de hierro de Sarmiento,—sofoca esa última llamarada del antiguo «federalismo», que pretendía extenderse á las demás provincias.

Desde entonces, toda tentativa, toda idea de *restitutio in integrum*, de reivindicación total del poder público, de parte de los vencidos, desaparece completamente; y los antiguos federales entran, lo repetimos, en el evolucionismo político argentino. Y cual es el resultado de esa política conciliadora? Que fueron, ya lo hemos dicho, — en los parlamentos, en los ministerios provinciales y nacionales entrando gradualmente en la administración del país; y que hoy el doctor Irigoyen,—de filiación rosista, es gobernador de Buenos Aires, y Roca, el oficial de Cepeda y Pavón al servicio de Urquiza es, por segunda vez, Presidente de la República Argentina!

Acá, en la patria chica, algunos de sus intelectuales y de sus caudillos, hablamos de los blancos, entraron en el evolucionismo *principista* de 1872 á 1875, en el generoso movimiento popular de la Tricolor, y en la patriótica revolución del Quebracho. Han merecido bien de la patria, y les tributamos nuestro aplauso de todo corazón, como se lo tributamos también á los colorados que, haciendo primar la patria sobre el partido, se desprendieron de sus divisas de guerra.

Pero la masa, en uno y otro partido, ha permanecido adherida á la vieja divisa, como á misterioso talisman que deba dar el triunfo. Ha faltado además, la firmeza, la persistencia en el propósito evolutivo, sin lo cual ninguna obra sería llega á realizarse. Y los mismos que realizaron esas uniones efímeras, á las que llevaron prevenciones y rivalidades que no se habían eliminado por fraternal confianza, roto el vínculo por la derrota, llegaron hasta acusar á sus hermanos de armas en la jornada infausta, de repugnante traición!

Tocónos, después del Quebracho, la honrosa tarea de vindicar por la prensa, en Concepción del Uruguay, el honor del Teniente General don Enrique Castro sospechado injustamente de ese vil delito.

Tanta conciencia teníamos de su inocencia, del patriotismo con que procedió en aquel noble esfuerzo cívico, que habiendo ganado poco después del Quebracho un pleito sobre campos en que él era condómino y pedidónos la cuenta de nuestros honorarios, le contestamos, por intermedio de su hijo y amigo nuestro, el ingeniero Juan José Castro, «que á los viejos patriotas como el General Castro, que ponían la patria por encima de su divisa de guerra, el estudio del doctor Aramburú no pasaba cuenta alguna.»

Y la emoción sentida por el viejo guerrero al recibir ese mensaje, emoción que nos transmitió después su citado hijo el señor Juan José Castro,—la reputamos el más valioso de los honorarios de nuestra ya larga vida forense.

No ha bastado, pues, para luchar eficazmente contra el poder militar de los malos gobiernos, ni esas coaliciones efímeras, preñadas de celos, de rivalidades ocultas, ni la pretendida *unidad de guerra* de un partido que se organicie, más qué para luchar en los comicios, para pelear en los campos de batalla.—La revolución de Aparicio, un cuartio de siglo ha, y cuando la población de la República era un tercio, por lo menos menor que la actual, reunió un ejército más del duplo del dirigido por un hombre superior como Lamas! El hecho debe hacer meditar, y mucho más después de la pérdida de ese glorioso soldado-ciudadano.

Cuál ha sido, pues, alzando más alto la mirada, hasta ahora, la causa esencial de la omnipotencia de nuestros peores gobernantes, de la crónica impotencia popular? El conglomerado de todos los elementos afines, sea cual sea su divisa y aún alardeando éstas, en esa entidad anónima, colecticia, que Juan C. Gómez llamó con frase gráfica candombe político y que otros han llamado después colectivismo —No hemos visto acaso que la tricolor, reacción nacional, verdaderamente nacional contra el motín triunfante, encabezada por Muniz y Llanes, dos nobles caudillos de opuesta filiación política, cae vencida porque se le oponen, unidas en espúreo consorcio las dos divisas antagónicas, tradicionales, la una en el kepi de Latorre y la otra en el gacho de Aparicio?

No acabamos de ver á un caudillo blanco, formidable por su temple férreo, crecido al servicio de los peores gobiernos, pelear valiente, enconadamente, en Arbolito, contra su propio partido, contra su propia divisa?

Eso vemos por una parte, y por la otra qué se ve? En vez de una gran agrupación popular, de una condensación de las fuerzas morales y patrióticas del país en un propósito de salvación común,—la dispersión, la discordia, las rivalidades y los antagonismos históricos primando sobre los problemas vitales del presente, la orgullosa intransigencia de los unos, el excepticismo mortal de los otros.—Total: una dictadura enmascarada arriba, la anarquía sin disfráz abajo.

Pero en fin, ya que la patria no es nada y los partidos todo; que la divisa está más alta que la bandera,—que los principios son poca cosa y el poder el supremo ideal, que el egoísmo es la ley y la fraternidad un ensueño, no es posible que, por interés, y por egoísmo utilitario y conservador en todos,—pues á seguir así nos amenazará pronto la ruina de la nacionalidad,—se persista al menos en la política de los acuerdos cívicos, y se formule mañana,—aspiración que ya hemos enunciado,— otro más amplio que el de 19 de Abril, que dé participación en el gobierno á todas, enteramente á todas las fracciones en que está dividida la familia oriental?

Será necesario recordar á los orientales que la terrible sanción de la Guerra Grande, fué el tratado de límites con el Brasil, que menoscabó nuestra integridad nacional, arrebatándonos á título de *utis possidetis* una vasta porción de la patria? Qué sufrimos el perpétuo vejámen de que, en nuestro límite fluvial por la Laguna Merín y el río Yaguarón, sea exclusiva la navegación brasilera? Qué todavía somos deudores al Brasil de sendos millones gastados exclusivamente en nuestras sangrientas discordias?

Qué....? Pero detengamos la pluma por decoro nacional, no sin pronunciar una palabra de severa protesta con la inaudita, la increíble, la para nosotros humillante querella que nos buscan algunos d'arios argentinos, pretendiendo el dominio y jurisdicción exclusiva del Río de la Plata

á títulos de herederos únicos, universales, de España, en el dominio del virreinato en Buenos Aires!

Ese agravio, que no ha de hacer suyo el gran pueblo argentino, lo debemos al desprestigio que cae sobre todo pueblo dominado por guerras civiles inacabables.

Temamos, compatriotas, que tan interminable anarquía haga de nosotros la Polonia americana—ó que surja de aquélla la tiranía,—que no es el crimen de un partido sino el castigo de todos,—pues es una verdad profunda la de que:

A certains moments, à Tir comme à Sion
Ce qu'on prend pour le crime est la punition.

Byzantinus.

Montevideo, Diciembre 3 de 1898.

Ultimas resonancias de La Fraternidad Uruguaya

Señor doctor Domingo Aramburú.

Saluda atentamente al doctor Aramburú y desea se sirva obsequiarlo con un folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya».

Felicitando por la oportunidad en que ha dado á la publicidad su ilustrado folleto para bien de la patria y de la ilustración de sus hijos, inculcándoles las fibras del patriotismo, hoy tan degeneradas

Agradeciéndole el servicio, lo saluda su afectísimo seguro servidor.

JUAN CROVETTO.

S/c., Diciembre 2 de 1898.

Del señor doctor Juan Andrés Ramírez

Saluda respetuosamente al señor doctor Aramburú, agradeciendo el envío del folleto sobre el «Partido de la Fraternidad Uruguaya», en cuya lectura, como en la vida de su ilustre autor, tanto puede aprender la generación á que pertenezco.

Del señor Federico Costa

Saluda atentamente á su distinguido y buen amigo el doctor Aramburú y le agradece su recuerdo con el envío de su folleto «La Fraternidad Uruguaya», el que he leído con el vivo interés que me merecen todas sus producciones, encontrando en él, una vez más, las cualidades brillantes de su autor.

Del señor Juan José Castro

Saluda atentamente á su distinguido amigo el señor doctor Domingo Aramburú, é interpretando los sentimientos que inspiró usted á mi inolvidable padre por su conducta caballerezca para con él, en momentos en que todos calamos agobiados por el desastre de la derrota y más tarde en la circunstancia que usted relata, asocia los suyos propios, para agradecerle el recuerdo que le consagra en su notable artículo publicado en «La Razon» de hoy.

S/c., Diciembre 4 de 1898.

Del doctor Abel J. Perez

Agradece sinceramente á su distinguido colega y amigo el doctor Aramburú, el envío de su precioso folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», al través de cuyo estilo elegantemente clásico, como el que dá tono á todas sus producciones, lucen siempre con singular brillo las delicadas manifestaciones de un alma generosa, cuyos vuelos de águila, que la

remontan á lo alto, no han podido ser detenidas per el embate continuado de nuestras pequeñas luchas de cada día.

S/c., Diciembre 2 de 1898.

Del señor Emilio Goyeneche Laviña

Saluda afectuosamente al ilustrado doctor y notable escritor doctor Aramburú y le agradece el envío de su folleto sobre «El Partido de la Fraternidad Uruguaya». Ese importante y patriótico trabajo, lleno de ideas altruistas, de benevolencia y concordia para la familia oriental, es semilla preciosa que usted arroja sobre el suelo querido de la patria, y que, indudablemente, en día no lejano, ha de germinar, contribuyendo á extinguir los odios y rivalidades engendradas por nuestras antiguas guerras de bandería.

S/c., Diciembre 2 de 1898.

Del señor José P. Ramela

Saluda con alto respeto y muy alta estimación al eximio escritor «Byzantinus», y en él al honesto cuanto distinguido é ilustrado doctor Aramburú, agradeciéndole la distinción de que también lo ha hecho objeto, remitiéndole el interesante como oportuno folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya» y demás publicaciones de su consecuencia—en que una vez mas arroja al campo ardiente de la política tradicional partidista, la bendita y por qué no fecunda? semilla de la fraternidad de los orientales, síntesis del credo político que profesamos, fin de la obra á que estamos consagrados, verbo que, —debe tenerse esa fé—se hará carne, más hoy más mañana, pese á toda idolatría, á todo pesimismo... pues la razon humana no puede estar siempre circuida á un mismo y estrecho horizonte, ni es una utopia, ni una paradoja el progreso educacional de los pueblos en su vida social y política

Le reitera las congratulaciones que, como ciudadano, tuvo el honor de expresarle personalmente por su patriótico y bien inspirado estudio; y

Finalmente, con los de su adhesion personal, le hace expresas sus iguales protestas á los elevados cuanto altruistas pensamientos—que manifiesta,—los mismos á que éste, su humilde si bien decidido correligionario, obedece desde 1873 en que, con la mayor conviccion, con fé profunda en el porvenir, en la felicidad nacional fuera de los viejos partidos, se arrancó la divisa tradicional que ciñera al nacer á la vida ciudadana.

Rocha, Diciembre 1.º de 1898.

Del doctor Jorge Damlanovich

Buenos Aires, Diciembre 3 de 1898.

Mi querido Domingo:

...Mucho me complace transcribirte esas bellas palabras de Guido en contestación á una carta mia en que tuve oportunidad de hablar de tí.

«Buen recuerdo trae usted de nuestro amigo Aramburú, Byzantinus, y cuanto en su elogio se diga es poco todavía. ¡Qué espíritu tan luminoso y tan sereno. ¡Cómo trasciende en sus escritos la pureza de los sentimientos que lo animan! Yo le diriji las dos palabras referidas en la carta de usted y me sorprendió verlas reproducidas en «La Razon» de Montevideo. No era para tanto, ni merecian el honor que usted les hace mencionándolas».

Del poeta son propias las bellezas
Que pueden coronar altas cabezas.

Ahora algunos palotes políticos sobre las cosas en que, sin entendernos nunca, intervenimos todos.

En este momento no tengo tu trabajo á la vista; pero te diré que me llamó mucho la atención por su propiedad y sencillez aquella comparación en que decias que el partido Constitucional actúa entre los partidos

tradicionales como aquellos aparatos destinados á impedir ó aminorar el choque entre los buques. Se vé que una comparación bien hecha sugiere perfectamente la idea. Recuerdo que Cervantes llegó á decir alguna vez,— «si yo no hago sinó comparaciones».

El *tercer* partido es casi siempre el de los más y el mejor, porque modera á los otros, los sigue, los detiene, los fiscaliza, obra con más libertad y en momentos críticos y á la larga—prepondera.—En el medio está la virtud.

¡Lo que no se vé! Se cree á veces que es una insignificante minoría ó que no influye; pero tal vez en ciertos momentos no aparece sino el abanderado ó la escolta de lo que es un ejército.

El *tercer* partido es el Tribunal de Apelaciones para el poder y la oposición.—Para él no hay cosa juzgada; transa, anula, absuelve con arreglo á los principios de justicia que no son ¡vive Dios! una institución humana.

Pero.... me apercibo que meto la cabeza en un portillo.... y eso se deja para los muchachos tentados por las pintonas pavías de Diciembre y por los mas pintones duraznos de la Virgen

Tuyo.

JORGE.

A Byzantinus le faltan ya palabras con que expresar sus agradecimientos, por tan señaladas muestras de benevolencia, no solo en las cartas y tarjetas publicadas, sino en los que no publica á pedido de sus autores, que rehuyen por exceso de modestia, el roce de publicidad. Como si las frases sencillas y hondamente sentidas,—cual muchas quiere serva,—no fueran las más bellas y tocantes

Agradece también las visitas espontáneas y gratas de ayer desconocidos, hoy amigos, como el joven ingeniero señor Calcagno, que con entusiasmo ingenuo y simpático, casi reprochaba á Byzantinus hablar de *Partido* de la Fraternidad Uruguaya, porque, decía él, todos, todos los orientales debían formar parte de esa asociación!

También estima al señor Alvariza su insistencia amable en darle, aun en ese su último artículo, las alas del águila, siendo así que si Byzantinus remonta alto alguna vez, es sencillamente porque empieza por tomar altura al lanzarse á los espacios de la política; porque no le hacen peso las tradiciones del pasado, alguna ay', tan pesada, y porque empujan su ascensión esos elevados sentimientos que se alzan al cielo como un himno de fraternidad, de concordia cívica!

Y el ecc, la resonancia que han tenido sus palabras, tan superiores á su mérito, á su sencilla elocuencia,—nacen de su absoluta sinceridad, del sello irrefragable de convicción que les dá vida, y sobre todo de la profunda necesidad nacional,—si hemos de ser nación,—de vivir en paz, como hermanos hijos de la misma madre, y no como impíos Atridas que se despedazan eternamente en sangrientas querellas.

BYZANTINUS.

Cartas á Byzantinus

Del doctor Carlos Martínez Castro y del señor Samuel S. Milans

Como síntoma de que la idea avanza publicamos las cartas adjuntas; en la una, la del diputado electo por la Colonia, doctor Martínez Castro, es la experiencia la que habla y muestra el deseo de la evolución generosa, lamentando no se haga cuanto antes «verdad tanta belleza» «Ah, si los que *pueden* quisieran y si los que *quieren* pudiesen!»—En la otra, del distinguido joven señor Manuel S. Milans, es el entusiasmo el que *quiere*.—Unidos los que pueden y los que quieren el porvenir se acerca.

Mi querido amigo doctor Aramburú:

Su precioso folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya» es un verdadero manjar para el espíritu sano de intenciones, si así puedo decirlo.

Se concibe en él toda una esperanza de bien para nuestra tan hermosa como infortunada tierra.

Su folleto encanta, no solo porque uno lee en él lo que *piensa* el escritor brillante, sino lo que intimamente siente el ciudadano intachable y virtuoso.

Sin contar su armoniosa dicción, es *gratisima* su lectura, porque la tesis reviste toda la autoridad moral de los verdaderos sentimientos del patriota uruguayo.

Y para que una cosa sea bella, es indispensable que sea verdadera, diré parodiando á Boileau.

Para los que creemos en el progreso constante, aunque lento, de la humanidad, solo queda un vacío en el alma después de leer «Fraternidad Uruguaya» y es que no se haga cuanto antes *verdad tanta belleza*.

¡Ah! si los que *pueden* quisiesen y si los que *quieren* pudiesen!

Su antiguo y sincero amigo.

CÁRLOS MARTINEZ CASTRO.

Diciembre 7 de 1898.

Señor don Domingo Aramburú.

Distinguido correligionario:

Mucho he vacilado antes de resolverme á dirigirme á usted, considerando que mi poco valer y la falta de autoridad de mi palabra, podrían desmerecer, ó mejor dicho, harían pasar desapercibido un elogio que aunque sincero, llevaba en sí el pecado original de la poca significación de quien lo hacía.

Confianto al fin en su benevolencia y haciendo uso, no de la relación personal que no tengo el honor de cultivar con usted, sino de la simpatía de nuestros pensamientos que aunan nuestras ideas aunque subordinando como es natural las mías, apenas empezadas á esbozarse, á las del ilustre maestro cuyo talento é ilustración reconocidos lo elevan á la categoría de maestro; me he decidido á unir mis felicitaciones á las muchas que ya ha recibido por sus valientes y hermosos artículos sobre el «Partido de la Fraternidad Uruguaya».

Si en nuestro, por desgracia, aun pequeño partido, algunos de los talentos que en el militan, predicaran como usted con la palabra y el ejemplo esas puras y nobles máximas de concordia y patriotismo, seguro estoy, que pronto infiltrados en los corazones juveniles, ya que los viejos, endurecidos por el partidismo no dan casi cabida á esas nobles inspiraciones, harían que alrededor de esa bandera tan brillantemente tremolada otrora por Carlos María Ramirez, nuestro llorado paladin, y sustentada hoy por su potente espíritu y sin igual talento, se agruparan esas jóvenes naturalezas, esperanzas del mañana, soldados del porvenir que llevarán nuestra democracia considerada aun inorgánica, al camino de su gloria y esplendor.

Nacido recién ayer, puede decirse, á la vida partidaria, no encierra mi corazón odio alguno hacia los partidarios de Rivera y Oribe; pero no viéndolo en esos caudillos de antaño, sino la encarnación de una época por fortuna lejana, y no el fundamento de un partido de principios, no veo sintetizados en ellos mis aspiraciones.

Enrolado pues, como humilde soldado en el partido constitucional, no extrañará que haya saboreado con deleite sus brillantes artículos en los cuales palpita el verdadero patriotismo y en cuyas líneas encuentra mi alma joven la savia que robustece los ideales.

Sírvase, distinguido doctor, disculpar al modesto correligionario que ha querido llevar su grano de arena á la obra tan dignamente emprendida por usted de reorganizar nuestros partidos y acepte la expresión del respeto con que lo saluda su servidor.

MANUEL S. MILANS.

Casa de usted, Diciembre 7 de 1898.

La Ley del Progreso y la Fraternidad Uruguaya

Aun cuando la política nos había distanciado bastante de nuestra antigua y buena relación con el doctor don Juan José Segundo, jamás la cortó, manteniendo siempre la suficiente para que creyésemos deber de cortesía el enviarle un ejemplar de nuestro folleto último.

Al agradecer nos tan pequeña atención, en carta que nos ha hecho el honor de dirigirnos, extrema su benevolencia en la apreciación de la parte intelectual del trabajo, de su forma literaria y llega hasta decir que ese trabajo lleva «el sello de una personalidad simpática, noble y honrada». Debemos agradecer y agradeceremos esa espontánea manifestación, por más que la desvirtúe mucho, suponiéndonos el propósito de socavar los cimientos del partido nacional para engrosar las filas del, según él, gastado y caduco constitucionalismo; de intentar destruir la vieja casa solariega de la familia nacionalista, y de andar, como el hijo pródigo, en peligrosa campaña, cuyos malos ejemplos continuos y desmoralizadores deben de atribular nuestro espíritu.

Después de esa paternal advertencia nos advierte, caritativamente, que no se edifica con escombros, y termina haciendo votos por vernos volver pronto al viejo y honrado hogar nacionalista.

Antes de concluir la carta no pudimos menos de exclamar con un clásico: *anguis in herba*, ó en otros términos, las flores del principio servían para ocultar el áspid.

Si somos,—como en efecto lo somos, un espíritu sincero, y un hombre honesto, por qué suponernos el propósito de socavar los cimientos del partido nacionalista en vez de creer,—aunque podamos estar equivocados,—que solo deseamos sinceramente se forme una asociación verdaderamente *nacional*, tal cual entendían el «nacionalismo» Acevedo y Berro, Joaquín Suárez y don Manuel Herrera y Obes?

El partido constitucional ó principista, ó progresista, llámesele como se quiera,—es el campo neutral, único en que pueden agruparse los hombres de principios, que no creen que la idolatría de los caudillos, el fetichismo oribista, ó riverista, ha de ser la superstición política eterna de la familia oriental.

El doctor Segundo nos atribuye tendencias anti-nacionalistas, Agustín de Vedia nos acusaba en parte, porque hacemos á veces nacionalismo sin quererlo, y el doctor Alberto Nin, en «La Vanguardia», nos hallaba hace pocos días de aires de.... blanco, porque habíamos honrado, en términos sentidos, la gloriosa memoria de Leandro Gómez!

Acaso,—repetimos palabras escritas ha años, nuestra alma noblemente templada, no ha tenido igualmente lágrimas patrióticas de dolor, por todas las víctimas de nuestras guerras semi-bárbaras, por esos holocaustos sangrientos que, como el de Florida, premian con la muerte el valor heroico de Parraga y sus oficiales, y el de Quinteros, no respetan ni la leyenda patria de los Treinta y Tres en la persona de Freire, ni en el heroísmo caballeresco en Tajés, ni la gloria de Caseros en César Díaz?

No, doctor Segundo—ni blanco, ni nacionalista, ni menos anti-nacionalista, sino un ciudadano independiente, de juicio propio, lleno de benevolencia con los hombres, firme en sus principios y que espera su triunfo con fé y sin impacencias irritadas, por que no vive, ni ha vivido jamás de la política. Esta le interesa como el cumplimiento de un deber y nada más.

En cuanto á eso de que, con escombros no se edifica, le diremos que está equivocado de medio á medio.

En lo material, y sobre todo en lo moral, es lo cierto que, es sobre escombros de viejas ideas y sistemas que se alzan las nuevas. Recorriendo el viejo mundo, Roma por ejemplo, se vé que la iglesia de nuestra Señora de los Angeles, no es otra cosa que una de las salas de las Termas de Diocleciano—Que otra sala es la pequeña iglesia de San Bernardo. Que el castillo de San Angelo era la tumba de Adriano: hasta sobre las tumbas se edifica!—Que el panteón de Agripa es hoy el panteón de los reyes de Italia.—Qué del Coliseo se sacó piedra labrada para algunas docenas de

palacias.—Que Constantino despojó el arco de Trajano para alzar el suyo, coma Sila había sacado las columnas del templo de Júpiter Olímpico, en Atenas, para adornar el Capitolio. —Que los obeliscos de Roma y París salieron del Asia, etc., etc.

Y viniendo de lo grande á lo pequeño, de Roma á Montevideo, donde está el Montevideo antiguo con sus casas solariegas.... si no se le encuentra en los libros de nuestro Mesonero Romano, el infatigable viejo don Isidoro de Maria?—Profanación, se clamará? No, progreso, civilización, ley divina, que une el trabajo del pasado al del presente, y este al del futuro, haciendo de la humanidad el obrero de un destino providencial.

Y si de lo edilicio, monumental, se pasa á cualquiera de las manifestaciones del trabajo de la inteligencia humana, en las artes, la industria, la filosofía, la ciencia, la política, la economía, la moral, la religión, se verá la misma solidaridad del trabajo humano, la misma fuerza providencial de ascensión en todo: que se edifica sobre escombros del pasado.

Recorriendo la Exposición Universal de Paris en 1889, vimos en un momento, en la sección destinada á poner de relieve la evolución de la habitación humana, desde la caverna del hombre primitivo hasta el palacio del millonario moderno.

Visitando los museos se ven, desde las infantiles tentativas de imitación artística, hechas por el hombre de la edad de piedra, hasta las obras maestras que son la corona de belleza del arte.

Es de los escombros de la alquimia, que surgen la física y la química. Es de los de la astrología que nace la astronomía. Es de la superstición grosera, del torpe fetichismo, que por evoluciones en espiral ascendente se ha ido elevando y depurando el sentimiento, la idea religiosa, hasta elevarse á la alta concepción filosófica del Ser de los seres, de la *causa causarum*. Y para llegar á esa alta concepción, cuántos templos en ruinas, cuántas religiones caducas, cuántos dioses inmortales.... muertos en la conciencia humana! Eso para el filósofo.

Para el creyente en el misterio de la revelación divina, ésta tiene también su proceso evolutivo, en escala ascendente: las promesas de Dios á los primeros patriarcas, el don de profecía á los Sumo Sacerdotes ó á los espíritus videntes, que sondean los arcanos del porvenir lanzando palabras misteriosas, como los de las Sibilas ó los oráculos antiguos, hasta la llegada tan anunciada, tan esperada, tan a helada del Mesías, del Salvador.

Como en la electricidad á distancia, sin hilos, una comunicación intermitente pero continua entre el gran ser de donde fluye como de divino é inagotable manantial, toda luz, toda ciencia, toda virtud, y el hombre, que si es para unos ángel caído que se redime y vuelve por la escala de la religión á ascender al cielo, es para otros sencillamente un ser imperfecto, que cumpliendo la ley del progreso se corrige, se mejora, se perfecciona, se alza de los lindes de la animalidad al cielo de la divinidad. Repugnante oruga, brillante mariposa, águila caudal, astro resplandeciente, he ahí la odisea humana: de animal de caverna, como el hombre primitivo, á habitador de los cielos como Homero, Sócrates, Platón, Goethe, Shakespeare, Victor Hugo, etc.!

Lo mismo sucede con la moral, que si es para unos innata, grabada en la conciencia humana, ó revelada en los Sinaí entre truenos y relámpagos que anuncian al Dios soberano y poderoso, ó en los Calvarios donde aparece el Dios de piedad, es para los pensadores como Spencer, el resultado de selección lenta, gradual, pero siempre ascendente de los sentimientos humanos, de suerte que con el solo impulso ó ley de progreso propios de la naturaleza el hombre, si no hace, formula la ley moral, que es la conformidad de la conducta con el destino providencial de la humanidad. Y si toda virtud viene de esa ley divina, revelación gratuita ó revelación arrancada por el esfuerzo — como la chispa del choque del pedernal,—obedecemos su impulso, ora sea porque baja del cielo, ora sea porque asciende á él.

Necesitamos también bosquejar el cuadro de la evolución política, demostrar que como en la filosofía, en el derecho, en todo, ella es lenta,

gradual, pero siempre ascendente, salvo los casos de atavismo,—y que las formas del gobierno, los programas de los partidos, siguiendo el ritmo del progreso, después de haber servido para dar un paso adelante, son abandonados y sustituidos por otros; que sobre los escombros políticos del pasado y sirviéndose de ellos se alzan nuevas instituciones; que es así que el mundo ha pasado de la tiranía y la servidumbre á la libertad, á la igualdad y la fraternidad?

Aprovechar lo bueno del pasado en servicio del presente y en la proyección del porvenir, es la obra del hombre de progreso, pues como dice Laurent, «por lo mismo que todo es perfectible, todo es imperfecto.»

Lo que sería ingrato, inícuo, sería desconocer lo que el presente debe al pasado, romper el vínculo de solidaridad, negar los servicios ilustres y condenar á los héroes, porque erraron, á los gemonías de la historia. No hemos dicho acaso,—nombrando á todos nuestros próceres,—dejémoslos como dioses lares ó penales, y no discutamos eternamente en el foro político si son ó no Dioses Mayores, con derecho á asiento en el Olimpo de la gloria y culto en los templos nacionales, porque esto último es de jurisdicción de la historia?

No hemos dicho también, que el constitucionalismo es el fruto de los trabajos altruistas de todos los partidos, la mies de una cosecha en que todos han trabajado, la oliva de la paz después de tantas guerras cruentas y terribles?

Que salimos de nuestro mundo real, que queremos el progreso á saltos, olvidando que *natura non facit saltum*? Salto político el constituir partidos puramente de principios!, cuando somos una triste excepción en el mundo por mantener petrificadas nuestras colectividades políticas en la Guerra Grande! Cuando lo que nos separa no son ideas sino divisas! Y si eso no es así, que surja la más poderosa dialéctica tradicionalista y que formule, en términos inequívocos, intergiversales, cuales son los *principios opuestos* entre colorados y nacionalistas.—No se ha de afrontar la tarea, porque nadie puede hacer imposibles.

En cuanto á que el constitucionalismo éste gastado y caduco, lo negamos resueltamente.—Podemos sus hombres dirigentes habernos gastado en la tarea,—que la política oriental, implacable con las personas, es un terrible *abattoir*,—si es permitido decirlo así,—de reputaciones cívicas.—Si hemos adelantado bastante para no cortarnos la cabeza en guerra civil, estamos muy lejos todavía del respeto á la reputación del adversario.—No corre tanto peligro la vida como el honor. Eso es todo.

Pero la idea del partido de principios sin divisa, de la unión fraternal de los hombres de iguales aspiraciones políticas,—sean cuales sean sus opiniones históricas,—la propaganda en ese sentido, acerca esa solución inevitable del porvenir, según nos decía ha pocos días José Enrique Rodó,—es su única solución, como lo afirmaba monseñor Soler.

Esa esperanza nos alienta, nos conforta, y al ver la lapidación permanente que sufre el constitucionalismo, nos consolamos repitiendo las palabras de un poeta árabe: «No se atormenta á los árboles secos, estériles; solo se arrojan piedras á aquellos cuya frente está coronada por frutos de oro.»

BYZANTINUS.

Al doctor Byzantinus

DOS PALABRAS FINALES

Aunque mas no fuera que para deleitarnos con las brillantes producciones y con el derroche de nobilísimos sentimientos que campean en el escrito publicado en «La Razon» de hoy, verdadero fruto sazonado de equilibrado cerebro y del corazón de sensitiva del doctor Aramburú,—debemos felicitarlos de haberle dirigido la modesta carta que ha provocado esa nueva é interesante pieza literaria de tan distinguido publicista.

Bajo los auspicios del leal y sincero aprecio que desde nuestra adolescencia profesamos al doctor Aramburú, nos permitimos objetarle que el progreso político á que alude, ha ejercido su acción benéfica sobre los partidos tradicionales, y por consiguiente, para perfeccionarlos y morijerarlos, jamás fué necesaria la creación de un tercero en discordes,—*formado con los mismos elementos*,—que como el círculo Constitucional, apesar de haber predicado en sus primeros tiempos sanas doctrinas de moral política, se ha ido siempre en la práctica... á *Roma por todo!*

No quiero dejar pasar sin rectificación un error del doctor Byzantinus, al sostener que he ofendido á sus amigos y correligionarios, por el hecho de apreciar y criticar errores de conducta de la *entidad colectiva* en que militan.

Personalmente mucho apreciamos y distinguimos, y hasta nos honramos con la amistad de porción de ciudadanos afiliados al Constitucionalismo.

Se ha leído, pues, precipitadamente nuestra carta, y si se vuelve á recorrer, se verá que no es necesaria la defensa del doctor Aramburú, de las personalidades de la colectividad de *sus nuevos amores*, á quienes no hemos aludido *personalmente*, y aunque así fuera, siempre se habrían salvado intenciones, por más que, como vulgarmente se dice, está con ellas pavimentado el infierno.

Cuando se quiere bien á una personalidad de las condiciones morales é intelectuales del doctor Aramburú, y con los brazos abiertos se le conjura á que vuelva al seno de sus viejos amigos de causa,—esa actitud de nuestra parte, acentuadamente fraternal, excluye en absoluto el *áspid bajo flores*, que con la invocación de una frase clásica, nos atribuye á modo de presente griego, con cruel injusticia, aquel distinguido amigo.

Por lo demás, excusamos decir que verdaderamente nos ha encantado la digresión arqueológico-político-religiosa, conque el doctor Aramburú, con erudición envidiable,—ha querido deslumbrarnos, para hacernos creer en la paradoja de que es posible edificar con escombros algo sólido y duradero.

No,—y nos animamos á recordar al distinguido doctor Byzantinus, en corroboración de nuestro aserto, que la blanca estatua de mármol de Carrara del Partido Nacional, se ha embellecido en el transcurso del tiempo por el cincel de las ideas avanzadas de los Benvenuto Cellini de varias generaciones, de nuestra colectividad, en cuya obra maestra, buena parte le cabe al mismo doctor Aramburú, para que ahora se le ocurra *mejorarla á martillazos*, para darse el singular placer de modelar una nueva con sus informes pedazos!

Eso sería un abuso y una impiedad indigna del talento y sentimientos envidiables del doctor Aramburú.

Siquiera los martillazos de Byzantinus á la bella y magestuosa estatua del Partido Nacional fueran como el de Miguel Angel á su famoso Moisés para que hablasen! Pero no, lo que se quiere hacer es destruir el Partido Nacional para apropiarse indebidamente sus elementos, como en otrora se apropiaron su gloriosa bandera y su brillante manifiesto de 1872.

JUAN J. SEGUNDO.

Del doctor Jorge Damlanovitch

Este distinguido argentino ha dirigido á Byzantinus la interesante carta que á continuación publicamos. Al terminar su lectura, y ver en danza al doctor Fausto, no hemos podido menos de exclamar: Y cuántos doctores Faustos... é infaustos no han dado su alma al diablo por el amor de esa Margarita de la política, eternamente seducida y engañada con relucientes joyas de falsas virtudes y amor de *doublet* por los príncipes y la libertad!

Buenos Aires, Diciembre 8 de 1898.

Mi querido Domingo:

Te agradezco el número de «La Razon» de ayer.—Veo que me has puesto en letra de molde, lo que sin duda ha de ser de común agrado por aquello de *sácale el molde...*

Hablando en serio, te diré que en el número del domingo has dado la nota más alta, mejor timbrada, más robusta de tu celebrado trabajo sobre la «Fraternidad Uruguaya».

Es un artículo de fiesta, casi religioso... como de Domingo.

Llama á todos los espíritus al recogimiento, es un evangelio.

Quiera Dios que la palabra se haga carne para bien de tu patria y para satisfacción de los amigos de la humanidad.

No es imposible el desarme propuesto por el Czar de Rusia, observaba ha poco un escritor eminente, porque cosas tenidas por más difíciles se han realizdo en el mundo.

Y se realizarán nuevamente, porque del exceso del mal viene el remedio.

Todo está en llegar á tiempo, evitando trastornos inútiles á los pueblos y dolores á nuestros semejantes.

¡La ley que desampara al inocente! como decía el gran poeta inglés, no debe ser una queja que conduzca al suicidio:—duerma en blanda almohada la inocencia soñando con el cielo, que demasiado tiene el crimen con la mancha imborrable de la sangre

Entra la oruga humana al templo del ideal y se siente al salir con alas de ángel.

¿Por qué el odio ha de dividir á los hombres y no ha de poder unirlos el amor?

No quiero seguir la prosa de Dumas cuando dice que el desamor empieza por el estómago.—Pero no enturbemos el agua que hemos de beber ...

Y nada más, sino el mejor deseo para nuestros hermanos los uruguayos;—y para tí el abrazo de siempre, el gran abrazo, el íntimo, el que vá del «Arroyo de la China» hasta «Los Pocitos».—Tuyo.

JORGE.

P. D.—Volviendo del Correo donde no dejé la carta por *ausencia*. ... de la cabeza, echaremos otro párrafo:

Hoy sólo se toma en cuenta el martillo y el acero y se olvida el yunque, y el yunque es el tercer partido.

Concretando mi pensamiento (y salvando respetos para no olvidar las buenas costumbres forenses), te diré que á mi entender á ustedes les falta *constitución*, á nosotros verdad y al mundo entero en la época que vivimos, *fe, justicia y libertad*.

Ahora, como amigo de la humanidad haré á cualquiera esta pregunta: y cuándo se termina?—Porque si en todo hay compensación no será extraño que esta queja salga del purgatorio, cuando Fausto, ansioso de placer y apurado por desentenderse de su alma, le pregunta al Diablo. ¿Y cuándo se comienza.—VALE.

Al doctor Segundo

ÚLTIMA VERBA

I

En medio de las nuevas flores con que corona nuestro último artículo, en recuerdo sin duda de nuestra buena y antigua relación,—lo que mucho agradecemos,—pretende el doctor Segundo rectificar nuestra afirmación de que en la carta anterior ofendió, en términos que debíamos rechazar, á los primaces del constitucionalismo.

El doctor Segundo afirma ahora que se trata sólo de errores de con-

ducta de la *entidad colectiva* en que militamos, y que siempre se habrían salvado intenciones, por más que, como vulgarmente se dice, está con ellas pavimentado el infierno.

Para que todos puedan formar juicio, y ya que él no lo ha hecho, exhibimos el cuerpo del delito... de injuria. El doctor Segundo nos decía: «Por qué no viene á predicar, como usted sabe hacerlo, con la palabra y el ejemplo, al seno de la buena y querida familia abandonada, en vez de continuar ausente de ella, como el hijo pródigo, en peligrosa compañía, cuyos malos ejemplos continuos y desmoralizadores han de producirle crueles y secretas zozobras á su noble corazón y selecto espíritu?»

Lo de la *peligrosa compañía*, malos ejemplos continuos y desmoralizadores y lo de las *secretas zozobras*, no está evidenciando una apreciación que roza las personas, las entidades del constitucionalismo?

Si se tratase solo de errores de la «entidad colectiva», formando nosotros parte de esa colectividad, y aceptando su política, cómo podíamos incurrir en esas faltas... é ir después «con la palabra y el ejemplo» á predicar en el templo nacionalista?

No hemos atribuido al doctor Segundo la intención de herir á «Byzantinus», al hablar de un áspid entre flores. Bien claro hemos dicho y repetido, que las flores eran para nosotros... y el veneno para nuestros amigos. En la postdata de la carta que le dirigimos el día 8, anunciándole la publicación de nuestro artículo en «La Razón», le decíamos: «No me es posible hacer publicar su carta, porque yo no dispongo de las columnas de «La Razón» sino para mis ideas, y me parecería muy mal, que á título de ser mejor tratado que mis amigos, hiciese dar publicidad á los agravios que se les dirigen. Esa clase de compensaciones no las admite «Byzantinus» por su excesivo *bizantinismo*. «Byzantinus», no hay casi para que decirlo, es un pseudónimo irónico, adoptado cuando estaba en auge el evolucionismo incondicional, la política bizantina para combatirla con más libertad.

II

No disputaremos, ya que con ello se honra á sí mismo, quién de los dos ha sentido más honda pena por las irreparables de Diego Lamas y Juan José de Herrera. Pero diremos sí, que nosotros hemos tenido la debilidad, como tantos buenos ciudadanos, de externar nuestra pena y el doctor Segundo nó. Y honrar públicamente los muertos ilustres, derramar sobre su tumba las lágrimas del dolor y las flores del sentimiento, es la forma ordinaria de ese culto, de esa religión de los muertos, propia de toda la humanidad. Y cuanto mayor es la pérdida, más ilustre el extinto, más grande debe ser el homenaje, el merecido apoteosis.

Ciudadanos hay, cuyos altos méritos no ha conocido bien la opinión, á quien ha faltado en vida ellauro instable de la popularidad, á veces inconciente y caprichosa.

Peró la muerte ha derribado de repente al atleta poderoso que luchaba en el foro de la vida pública. Y por la intensidad del estruendo y la conmoción del suelo ha podido juzgarse, aun sin verla, la altura de la encina volteada por el rayo.—Por la oscuridad repentina, en un día sin nubes, de la amplitud del eclipse solar. Tal fué el caso de Carlos M. Ramirez.—A su caída, fué tal la conmoción, que se sintió en todo el suelo oriental, repercutiendo en los países vecinos y hermanos; tal la sombra en nuestro horizonte intelectual, que acusó el apagamiento de un astro de primera magnitud!

No mezquinemos al menos, en nuestra ingrata y anárquica democracia, los merecidos homenajes á los que se van para siempre—después de haber consagrado lo mejor de su vida al triunfo de la buena causa. El número, la cantidad de las ofrendas y la piedad con que se depositan en las aras, dan idea del espíritu de los adeptos y de la grandeza de la pérdida sufrida.

III

En cuanto á la distancia respectiva en que estamos del nacionalismo, le diremos: que si se mide con una cinta ó divisa, es posible que él esté más

carca; pero si la distancia política se mide con la regla de los principios, somos nosotros, doctor Segundo, los que estamos más próximos. Aquí, en confianza, le diremos: Que nosotros somos nacionalistas... sin divisa.— como querían que lo fueran los Berro, los Acevedo, cuyos ejemplos se citan como glorias inimitables... tan *inimitables*, que nadie se preocupa de imitar, sino los que no somos sino principistas *siu* divisa!

Y por qué lo hacemos, no teniendo ya que decirnos, nos dicen que nos apropiamos la gloriosa bandera y el brillante manifiesto de 1872!

Y qué culpa tendríamos nosotros si eso fuera cierto, de que, entre la vieja divisa y el nuevo programa otros hayan preferido el trapo á los principios?

Si en efecto no fuéramos sino «nacionalistas de 1872», por qué no lo son todos de verdad? ¿Por qué se quejan de que sigamos sus principios, cuando eso sería la mayor conquista del nacionalismo legítimo?

Pero ignora acaso el doctor Segundo, que no hay propiedad exclusiva de la luz, que como dice Lucrecio, las generaciones sucesivas son como corredores que en las carreras se entregan unos á otros la antorcha de la vida: *et quasi cursores lampada tradunt?*

Demasiado sabemos que «fragilidad» no es solo nombre de mujer, «cual dijera Shakespeare, sino que es también nombre de hombre, y sobre todo de hombre político. Hay en efecto algo más frágil, vidrioso, quebradizo, que esos ciudadanos que recorren toda la escala de los roles políticos, que ayer eran Falstaff y hoy son Catones... de contrabando.

Demasiado sabemos que, como dice nuestro poeta favorito:

Pas un sage n'a pu se dire en verité
Gueri de la nature et de l'humanité

Que, en consecuencia, es una verdad dolorosa la de que, «en las zarzas del camino la oveja deja su lana y el hombre su virtud».

Pero hay faltas y faltas, y no se confundirán jamás los errores de itinerario político, las inevitables transacciones con la realidad, impuestas por el patriotismo, — y cuyos límites es á veces muy difícil precisar, — con las abdicaciones del incondicionalismo.

Carlos M. Ramirez y Carlos M. de Pena, que nos cita el doctor Segundo, como tantos de nuestros distinguidos ciudadanos, han podido colaborar dignamente en situaciones irregulares con sus altas dotes de inteligencia, ilustración y desinteresado patriotismo, persiguiendo el bien público segun su criterio independiente. Pero su colaboración jamás será confundida con la de los que dicen, sino con sus palabras, con sus hechos, del Presidente que los alza, como el Indu de Brahamá: «tú eres todo, Dios múltiple!»

Esos espíritus superiores, cual dijera un día Carlos M. Ramirez, tienen alas, pueden cernirse sobre el abismo de posiciones difíciles y peligrosas, seguros de que en cualquier momento, un volido de águila los salva de toda caída. Además, es bueno no olvide el doctor Segundo, que se actúa en bien ó en mal, dentro y fuera de los puestos políticos oficiales. En la prensa, en folletos ó libros, en las reuniones públicas, en los directorios de los partidos, como consejero ó tribuno, puede un ciudadano alzar ó bajar su personalidad: la levanta si es un servidor del pueblo, la abate si lo es incondicionalmente de la influencia dominante.—Y Byzantinus no ha negado jamás su modesto concurso, en todos tiempos, á la causa popular.

IV

Volver á los partidos tradicionales, retroceder en el camino de emancipación de las tradiciones del odio y de la venganza, — atarse las alas del pensamiento con cintas de colores para no volar tan alto? No, y nó! — Pensamos de los partidos tradicionales como Laboucher de la Cámara de los Lores en Inglaterra, ya lo hemos dicho, — que deben ser *archivados* en nuestro museo histórico-político como uno de esos soberbios cuadros de Rembrandt, en que forman impresionante contraste las luces y las som-

bras, las luces de las virtudes llevadas al heroísmo y el martirio, las sombras de las pasiones descendidas hasta el crimen y la traición.

En cuanto á la blanca estatua de mármol de Carrara, del Partido Nacional, no tema el doctor Segundo que nos acerquemos á ella para «mejorarla á martillazos».

Si nos aproximáramos, lo haríamos con el respeto del antiguo neófito, llevaríamos cincel y no martillo. Y puesto nuestro pensamiento en Dios y en la Patria, la libertaríamos, sin mutilarla, de los grillos de la tradición, de las ataduras de su divisa de guerra, convirtiéndola así en la Diosa de la Fraternidad Uruguaya!

Pero bien sabemos que hay hombres tan ciegos de pasión partidista, que ponen la banderita del partido sobre el pabelón nacional; que aún encontrarían imperfecta la mujer que, en «El Altar de la Patria», de Blanes, nuestro ilustre pintor, simboliza aquella, porque no lleva divisa partidista:—que al mismo bronce estatuario, destinado á representar la libertad, bien de todos, querrian adornar con la escarapela tradicionalista de un partido! Compadezcámoslos, fué de ellos que una boca divina dijo: «Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen!»

Byzantinus.

Montevideo, Diciembre 12 de 1898.

Voces de la campaña

“La Fraternidad Uruguaya”

Los distinguidos ciudadanos señores Agustín Caravia, de Chamizo, y Leoncio Olmos, de Melo, han honrado á «Byzantinus» con las siguientes cartas. Llamamos la atención sobre ellas, especialmente sobre la notable, levantada y sensatísima del señor Caravia, que revela al mismo tiempo que su previsor patriotismo, que la evolución ascendente, progresista, fué iniciada de antiguo, en el seno de los partidos blanco y colorado, en el Cerrito y en la Defensa de Montevideo. Que el partido «nacional», tal como lo proclamaba el elemento civil, ilustrado, progresista de ambos partidos, en lucha con sus grandes caudillos, con Oribe y con Rivera, no era otra cosa en su esencia, que el constitucionalismo ó principismo sin divisas.

Y el señor Caravia tiene autoridad para esa afirmación. Él se enorgullece, y con razón, de haber heredado esa tendencia tolerante, altruista, de su padre el doctor don Bernabé Caravia, jurisconsulto distinguido y Ministro Titular del Superior Tribunal de Justicia durante la edad de oro del partido nacionalista, ó sea durante la administración del ilustre ciudadano don Bernardo Berro.

Como entendía el doctor Caravia el nacionalismo, el progreso de las instituciones nacionales,—lo entendía también el doctor don Enrique de Arrascaeta, ministro que fué en el gobierno de Berro, escritor distinguido, carácter austero y que murió en la oscuridad y la pobreza. El doctor Arrascaeta era constitucionalista de una sola pieza, como que pensaba, y lo decía, que si había cambiado de nombre, su fé política había sido siempre la misma: la religión de la ley, del progreso, de la libertad, de la fraternidad.

Y es esa la única divisa que pueden adoptar los espíritus que siguen la ley del progreso. Hay verdadera implicancia en querer ser tradicionalista y progresista á la vez; en ponerse los grillos de la tradición para marchar con mayor libertad; en cortarse las alas para volar más alto, en adorar el porvenir entonando himnos al pasado, en marchar adelante mirando siempre para atrás.

Un viejo literato fastidiado de tropezar siempre en filosofía, historia, jurisprudencia, artes, etc., con griegos y romanos, no pudo menos de exclamar un día: «Quién nos libertará de Griegos y Romanos», esto es del espíritu de rutina, de imitación, abriendo de par en par las puertas de la originalidad á todas las manifestaciones del pensamiento?

La República, al ver que su marcha política tropieza siempre con los antagonismos de una lucha semi-secular, podría exclamar con más razón que el viejo literato: Quién me libertará de Tirios y Troyanos? Esto es, qué grande inteligencia, qué elocuencia irresistible, qué corazón magnánimo podrán realizar la santa obra de la fraternidad uruguaya, cuando han fracasado los Suárez, Berro, Acevedo, Herrera y Obes, Requena, Magariños, Palomeque, en el pasado, y en el presente hasta ahora, los múltiples y brillantes talentos de Carlos María Ramírez, la elocuencia entusiasta,—hoy muda de José Pedro,—la sinceridad profunda, hoy silenciosa, de De María, el juicio y sensatez, siempre admirables de Martín C. Martínez, la firmeza inquebrantable de Eduardo Acevedo, la ciencia de Gonzalo Ramírez, la bella dialéctica literaria de Sienra y Carranza, la ilustración enciclopédica de Pena, y tantos otros talentos y virtudes?

Quién? Nadie.... á no ser todo el mundo!

Porque esa obra es la obra de todos, la obra del pueblo; y mientras éste siga adorando hombres y no principios; mientras la antropolatría sea la religión política dominante, pasaremos de un partido personal á otro partido personal. Cuántos bustos y medallones de terracota representativos de dioses... de barro, sucediéndose en los altares de los adoradores de las influencias dominantes! Y cuán poco bronce del que pasa á la posteridad!

Pero algún día, en los talleres del pueblo y de su inspiración colectiva, ha de surgir la bella imagen. Agreguemos, como lingotes para su estatua, estas manifestaciones entusiastas que surgen espontáneas de todas partes.

Y eso que, además de las adhesiones públicas, hay infinitas adhesiones privadas, íntimas, confidenciales. Un distinguido compatriota, de filiación roja, que ha ocupado elevada posición en campaña y cuyo nombre á su pedido, reservamos inviolablemente, nos escribe así: «Convencido viejo de la sin razón de que aún se agiten las antiguas divisas, me es grato felicitarlo por su patriótica actitud. Tengo profundo convencimiento de la sinceridad y honradez de su palabra; por eso, con verdadero entusiasmo, formulo ardiente votos para que sus salvadoras exhortaciones se hagan carne en el pueblo, á fin de que, un día no lejano, surja vigorosa reacción y salve al país.

Doblemente convencido de que las agitaciones políticas del momento, •al calor de ideales como Oribe y Rivera, son una monstruosidad, que no responden á otra cosa que á ambiciones antipatrióticas, retrocedemos y hasta estamos al borde de perder hasta la nacionalidad. Aquí no hay sino blancos y colorados,—no hay orientales! Por este camino no será difícil que veamos realizadas las profecías del gran ciudadano don Juan Carlos Gómez».

Ah!, si todos los que en el fondo de su alma están íntimamente convencidos de que es absurda y anacrónica esa división de blancos y colorados lo proclamasen así en un raptó de patriotismo y sinceridad, qué grande, qué hermoso movimiento de opinión! Como quedarían abandonados, desiertos, los templos de Teutates y se llenarían las naves del gran templo de la Concordia Civil! Y qué himnos y plegarias no se alzarían al cielo por las tiernas madres y las dulces prometidas, al ver á la juventud oriental libre de ese tributo de sangre, que si es oblación suprema y redentora en las luchas por la libertad,—es sacrificio impío en las de ambición y guerra civil!

Y ese tributo ha sido tan grande, que si una cruel estadística quisiera establecer cual es el pueblo que tiene sobre su conciencia y proporcionalmente á su población mayor cantidad de sangre derramada, mas millones despilfarrados y mas hijos de la tierra proscriptos de ella, ignoramos,—esa ignorancia puede ser pudor nacional,—sinos correspondería ó no en esa estadística del retroceso el primer puesto!

Estas son las amargas verdades del patriotismo previsor, que afronta la impopularidad, la censura y la crítica acerba, por amor á la tierra á quien queremos más, por lo mismo que es tan desgraciada. Dejemos de lado todo lo que divide y separa, armas y divisas de guerra, inspirándonos en los elevados sentimientos que movieron ha pocos días al doctor Diego Martínez, digno representante nacionalista por el Salto, á predicar la unión y la concordia entre todos los hombres de principios del país. Esa es la ruta de salvación y hay que seguirla,

Política amplia, humana, arriba.—palabras que fueron, puede decirse, el testamento político de Carlos M. Ramírez,—política de concordia, de unión, de fraternidad, abajo.

By zantinus.

Montevideo, Diciembre 14 de 1888.

Del señor Agustín Caravia

Chamizo, Diciembre 15 de 1888.

Señor doctor Domingo Aramburú.

Ilustre conciudadano:

Un correligionario que comulga en absoluto con las ideas y sentimientos vertidos en sus artículos sobre el «Partido de la Fraternidad Uruguaya», desea poner al lado del ilustre don Andrés Lamas, que encontró entre los libros de su padre, Bernabé Caravia, el suyo, y se permite solicitarlo porque entiende que el folleto no está en venta.

Veo, desde mucho tiempo atrás, en la historia de nuestro lento y difícil desarrollo, la lucha de dos tendencias que se deslindan siempre en la formación de los pueblos: la tendencia progresista, partido liberal; y la tendencia retardataria ó conservadora, llamándose más propiamente en pueblos nuevos como el nuestro, formados ocasionalmente y por razones personales, ó porque así debía suceder dado el estado de atraso del país, que excluía la existencia del criterio propio en política con relación á las masas, se formaron sin obedecer á esas razones primordiales de lo que tiene derecho á llamarse partido político, y en el proceso institucional empezaron esas tendencias á aparecer y diseñarse en uno y otro partido: en el Cerrito y después del Cerrito fueron esas tendencias representadas por don Bernardo Berro, don Eduardo Acevedo y otros en oposición, cada día más definida, al gran caudillo blanco don Manuel Oribe. En la Defensa, y después de la Defensa, don Joaquín Suárez, don Andrés Lamas don Manuel Herrera y Obes y otros representaron la tendencia civil en contra de Rivera y el caudillaje de su partido.

Y en la primera crisis de la gran lucha sucedió, lo que debía suceder y lo que seguirá sucediendo,—sucedió, digo, que la tendencia civil de los partidos fraternizó, y el calor y el perfume de ese brillante día, del 8 de Octubre, conservó unidos en lo posible y por muchos años, á muchos de los prohombres partidarios intransigentes hasta entonces; conservó cierto calor de tolerancia y amistad entre los Herrera y Obes, Magariños, Lamas, Villalba y los Acevedo, los Berro, los Requena y otros tantos menos descolantes, pero no menos nobles por sus sentimientos patrióticos: de esa efusión de fraternidad se conservó en mi hogar cierto tinte de moderación y tolerancia que me enorgullesco de haber heredado.—Como es natural, la tendencia caudillesca era entonces y lo es aún más poderosa que la civil, y las masas incultas se sobrepusieron á la pequeña fracción civil: la barbarie arrolló á la civilización y siguió la brega entre nuestros partidos personales, llevando la República á tumbos y poniéndola más de una vez al borde del abismo.

Veo en la paz de Abril nuevos esfuerzos del patriotismo por fundar las bases de gobierno regular y situaciones constitucionales,—y veo fracasar ese esfuerzo por las mismas causas que dieron en tierra con la política levantada y noble de 1852, la barbarie todavía más poderosa que la civilización aunque siempre la una retrocediendo y la otra ganando

terreno: las Cámaras del 52 fueron notables, y notables fueron las del 72, y las que se diseñan ya después de la actual crisis del 10 de Febrero no desmerecerán de aquellas.

Está de nuevo el problema planteado: la civilización frente á frente de la barbarie; la tendencia civil frente á frente de la caudillesca que hoy se llama militarismo. Pues bien, doctor Aramburú, nos llaman ilusos y señadores á los constitucionalistas, y yo llamo ciegos ó cortos de vista á los que no ven la magestad del problema y de la crisis; ciegos ó cortos de vista á los que no ven el peligro de que esta crisis política tenga el mismo resultado que la del 8 de Octubre y de la paz de Abril; ciegos ó cortos de vista á los que no ven la necesidad y el rol importante del Partido Constitucional, que es chico y será grande porque es la encarnación y el representante actual é histórico de la tendencia progresista, ó, para pueblos como el nuestro, civilizadora, de la eterna evolución.

Están muy satisfechos los tradicionalistas por la situación creada por la heroica revolución de Saravia y Lamas, y por la evolución del 10 de Febrero que fué su consecuencia; pero es bueno que los doctores Aramburú les digan, que eso es viejo, y que ellos son los ilusos al no ver los grandes peligros de la situación actual que á todos los buenos orientales satisface, y que si algo malo tiene es lo que le sobra de precario, de prematuro y de constitucionalista, y es bueno que los Aramburú, y otros más viejos les digan que se muestran como los verdaderos ilusos de la política al no ver los peligros de esta situación, y digo que no los ven, porque si los vieran, fueran menos intolerantes y no estarían fuera de la acción política los Tajés, los Pérez, Villar, y no hubieran hecho lo posible para echar á la calle á los Blanco y los Mendilaharsu.

Al aislamiento rural suelen llegar relámpagos y truenos que excitan la nerviosidad al más apático: el que esto se permite escribir sufrió ese sacudimiento al leer sus artículos, y, pidiéndolo perdón por el desahogo, le repite la demanda de su folleto dirigido á su humilde admirador y servidor en la calle de Uruguay 252.

AGUSTIN CARAVIA.

Del señor Leoncio Olmos (Melo)

Leoncio Olmos, tiene el agrado de saludar á su distinguido correligionario y amigo el doctor Domingo Aramburú, de cuyo talento ha sido siempre admirador, felicitándolo por las levantadas ideas y sanos principios que de nuevo vierte en su interesante folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», del cual he recibido el ejemplar enviado y queda muy agradecido. El advenimiento del Partido de la Fraternidad Uruguaya esta ineludiblemente impuesto al altruismo de los ciudadanos que se detengan á examinar nuestro hoy más que nunca complicado estado político, y reflexionen sobre la falsedad de las bases de unidad y armonía que denuncia la aparente organización de los partidos tradicionales.

Melo, Diciembre 10 de 1898.

Polémica amistosamente terminada

ENTRE EL Dr. JUAN J. SEGUNDO Y EL Dr. D. ARAMBURÚ

Señor doctor don Domingo Aramburú.

De todo mi aprecio.

Acabo de leer las palabras finales con que cierra usted nuestra pasada discusión política, y me pongo á escribirle estas líneas con el mismo espíritu sereno y afectuoso, de las otras, para notificarle cuantos merecidos

elogios he tributado, con profunda sinceridad á sus bellas prendas de carácter, á su integridad, talento y abnegación personal.

Deseo que estas nuevas flores que le envío, como símbolo de paz octaviana entre nosotros, tengan para usted suave perfume de violetas, ya que las primeras sin tener menos, Dios lo sabe le han parecido... flores del aire.

Ha de saber usted que si he combatido con energía lo que juzgo pernicioso táctica constitucionalista—«dividir para reinar»;—y he tratado á mi vez de defender con calor á nobles amigos á quienes estoy grato y mucho quiero,—no por eso puedo renegar sin suicidarse, sin arrancarme el corazón, del ambiente de fraternidad, del oxígeno de vida que los hombres, las sociedades, los pueblos necesitan para poder cumplir en el mundo su fin providencial.

Son muy simpáticas sus doctrinas de la fraternidad, y porque las aprecio como al apóstol, en cuanto valen, he querido verlo predicarlas en el seno de los *pescadores nacionalistas*.

No como apóstata, desde luego que usted piensa y siente hoy como antes: solo se trataría de un cambio de púlpito.

Cualesquiera sean nuestras disidencias, hoy como ayer y como siempre seguiré profesando aquilatada estimación á mi mejor maestro de Derecho Civil en la Universidad; y á mi mejor amigo de la redacción de «La Democracia», y en el seno de la Directiva del Partido Nacional, allá en 1872, cuando aún pobre adolescente comenzaba yo á hacer pininos en los clubs y en las asambleas populares de aquella colectividad.

Lamento de veras que no esté con nosotros, porque conociendo su corazón, honradéz y temple,—como en la magistratura judicial,—nos habría representado dignamente en un Ministerio, en el Cuerpo Legislativo y mejor aún por la ecuanimidad de su espíritu, su firmeza y energía, en la Presidencia de la República.

Ya vé, pues, cuáles eran y son mis sentimientos é ideas á su respecto, ideas y sentimientos de un hombre de corazón, de un partidario y patriota de verdad.

En fin, mi distinguido amigo, que nada, ni nadie pueda turbar de hoy más, la cordialidad de nuestra leal y mejor relación son los votos con que lo saluda su afectísimo.

JUAN JOSÉ SEGUNDO.

S/c. Diciembre 27 de 1893.

Señor doctor Juan José Segundo.

Mi distinguido amigo:

Vuelvo á mi estudio algo tarde, pues me entretuvieron fuera de él cominos constitucionalistas con mis buenos amigos D.^{res} Martín C. Martínez y Sienra y Carranza, y me encuentro con su noble carta, que es una efusión generosa de viejos afectos que parecían apagados por que los cubría el polvo de nuestros disentimientos del momento, pero que, sopladlos éstos por una ráfaga de sinceridad, han aparecido llenos fuego y vida.

Su carta, amigo doctor Segundo, me honra mucho, con exceso, pero lo honra más á usted que ha sabido sobreponerse á pequeñas susceptibilidades de amor propio para enaltecer, fuera de medida, á un viejo amigo, hoy su adversario político en la nomenclatura de los partidos.

No recuerdo bien que escritor fué el que dijo: *C'est toujours un spectacle miserable de voir ferrailer les amours propres*,—y lo es mayor cuando en la lucha se sacrifica una antigua amistad, qué tiene su raíz en muchos años de vida común persiguiendo el mismo ideal por el mismo camino.

Las distancias establecidas posteriormente por los distintos itinerarios seguidos en la ruta de la vida pública, deben estrecharse con el generoso calor de la antigua amistad reverdecida. Así lo hago ahora, Dr. Segundo, aceptando con cordial agradecimiento las bellas y perfumadas flores con que corona al humilde y sincero apóstol de la fraternidad uruguaya.

Su siempre amigo.

DOMINGO ARAMBURÓ.

S/c. Diciembre 17 de 1893.

Voces amigas

MÚSICA DE CAPILLA Y MÚSICA.... CELESTIAL

Cuenta una bella tradición, que el dulce y al par ardiente y viril poeta que llorara en «La joven cautiva»,—con lágrimas que han contagiado tantos oídos—su propia, prematura muerte, viendo llegar ésta en la primavera de la vida, y como melancólica protesta contra ese impio destino tocándose la inspirada frente exclamó: y sin embargo «algo había aquí!»

Bien hubiera pedido «Byzantinus», amenazado por gravísima dolencia, sintiendo bullir en su pecho los sentimientos que han inspirado su folleto «La Fraternidad Uruguaya», y temeroso de que la pálida viajera lo invitara para el viaje sin retorno,—tocarse como Andrés Chenier, no la frente, que es el hogar del génio, sino el corazón, que puede ser grande aún en los pequeños,—y decirse tristemente, y «sin embargo algo hay en él que merece vivir.»

Más feliz que el ilustre y joven poeta,—quela muerte gusta á veces desposarse con los *prometidos de la gloria*, como el rayo cae con preferencia en las cimas y no en el bajo,—ha podido Byzantinus vaciar su corazón, todo su corazón, un corazón oriental, sin otra divisa que «patria y fraternidad», en media docena de artículos —El no ha sido sino el eco fiel, sencillo y sincero de voces que claman en todos los pechos uruguayos.—De ahí su resonancia. Los que aplauden á Byzantinus se aplauden á sí mismos, esto es, aplauden la belleza de sus propios sentimientos patrióticos y fraternales.

A ese coro ha querido unir su voz sonora y timbrada, de bronce y oro, nuestro querido y buen amigo Dr. Sienra y Carranza.—Difícilmente podría haber alguna que nos fuera mas grata —Compañeros de aula, que es lo mismo que de jaula, en la Universidad; borroneadores ambos de papel de imprenta, por vez primera, en el «Artigas» diario nacionalista de 1864; Guardias Nacionales durante la revolución de Flores y en defensa del gobierno constitucional de don B. Berro; admiradores entusiastas de Leandro Gomez, cuyo sacrificio lloramos juntos con lágrimas de juvenil coraje; emigrados en la Argentina en 1865, despues de la entrada del Ejército Brasileiro en Montevideo; partidarios de la revolución de Aparicio de 1870; nacionalistas principistas de 1872 á 1875; emigrados en la Argentina despues del motin de Enero de ese año y partidarios de la revolución Tricolor; enemigos jurados de la tiranía de Latorre *et sa suite*, y madurados nuestros espíritus por tantas y tan crueles enseñanzas, fuimos de los más entusiastas y sinceros fundadores del Partido Constitucional en 1880.

La revolución del Quebracho nos contó tambien entre sus más leales y entusiastas cooperadores, y emigrados por tercera vez en la Patria Grande.

Hasta respecto de la Conciliación de Noviembre, con Santos, tuvimos el mismo criterio de oposición, acentuado en él por vigoroso radicalismo, atenuado en nosotros por la convicción profunda de que Ramirez, Blanco y Rodriguez Larreta, al transar con Santos, solo obedecían á la sugestion de un patriotismo más ó ménos reflexivo.

Conocemos pues, muy bien, la voz amiga y patriótica del doctor Sienra y Carranza y la hubiéramos distinguido entre mil.—Además, por estruendoso que sea el coro, como en los grandes finales del drama lírico, siempre se destacan los agudos brillantes y sonoros de los tenores, de los Gayarre, Masini y Tamagno.

En cuanto á que ese coro de bellas armonías pudiera ponerle á Byzantinus en la situación de quien llevase una caja de música en la cabeza—según la frase critico-lirica de Marmol, no lo creemos; porque si resuenan dulcemente en su corazón, que es tierno, poco efecto hacen en su cabeza, que es sólida, dura, como que viene de las montañas enskaras y no se desvanece así no más.

La música que él trata de escuchar siempre, es aquella de que hablaba Platon, la que sirve para formar el espíritu del hombre.—Aquella de que habla la Porcia de Shakespeare, «la música que todo hombre tiene en sí»—ó sea el ideal que sueña, la ilusión generosa que persigue.—Y es por eso que de los sordos á esa música divina, que viene de lo alto y de lo hondo, pudo decir el mismo gran poeta: «¡Ay del que no la oye!»

Y ya que estamos hablando del efecto que los aplausos, las flores, los elogios, producen generalmente en el espíritu, hará Byzantinus á sus lectores una semi-confidencia. Amigo que se interesa verdaderamente por él, que lo que ha seguido de cerca en esta pequeña odisea en pró de la «Fraternidad Uruguaya»;—que ha aplaudido con entusiasta sinceridad sus efímeros triunfos y deseándole otros mayores, al oír ese coro de benevolentes armonías á que alude el doctor Sienra, le escribió en estos términos,—que Byzantinus ha agradecido más que todas las flores, aplausos y elogios de que ha sido colmado con exagerada generosidad: «Querido amigo: lo he seguido con interés siempre creciente en su noble y generosa empresa, temiendo le faltasen las fuerzas, las energías, para llegar al fin.—Al ver que la opinión se conmovía, que voces aisladas primero, formando coro despues, lo aclamaban más que como escritor eximio, como ciudadano patriota, tomé en su triunfo toda la parte á que me dá derecho el perfecto, el inviolable afecto que usted sabe le profeso ha tantos años.—Pero al ver un éxito superior aún á mis más ambiciosas esperanzas en honor suyo, que continúa el ruido al rededor de su nombre, y que éste es cada día mayor, he temido—perdóneme la amistosa franqueza,—que el perfume de tantas flores, el humo de tantos elogios lo desvaneciera, que «se echase á perder» el bueno y sencillo de Byzantinus! Con menos motivo, he visto hincharse á muchos como globos cautivos, estallar despues por exceso de dilatación de los gases de la propia vanidad, ó desinflarse ridiculamente á los alfilerazos de una justa crítica.

No olvide nunca, que se ha dicho con verdad, que si de todos los animales salvejes el mas venenoso es el calumniador, de los domésticos lo es el adulador».

Para tranquilizar este afecto delicado, selecto, que ama en el hombre el hombre mismo y no el escritor, el carácter más que la inteligencia, la virtud más que la reputación, le contestamos refiriéndole una historia que parece cuento, ó un cuento que pica en historia. Hélo ahí:

Un viejo amigo de Byzantinus, visitaba ha muchos años, una niña de la cual estaba perdidamente enamorado, como se enamora uno á los veinte años...., á los treinta, y si ustedes se empuñan mucho.... á cualquier edad, pues para amar toda edad es buena, y para odiar ninguna.

El jóven galán,—un viejo puede ser viejo galante, pero no hay galán viejo—estaba en esa época en que se cree el amor eterno. Eternidad.... pasajera, como todas las eternidades del amor terrestre.

El estaba ya casi ciego, pero un día vió.... que jamás veía en la sala las flores que enviaba! Sorprendido por su propio descubrimiento, preguntó algo torpemente por el ramo de flores enviado esa mañana. Turbóse, ruborizóse algo la niña al dar una respuesta poco clara.... y una sombra oscureció aquel cielo! Felizmente una hermanita menor exclamó ingenuamente: «Porqué no le dices á Alfredo,—el enamorado tenía nombre de héroe de novela,—que todas las flores se las dedicas á.... Santa Rita, abogada de imposibles y al milagroso San Antonio, abogado de los novios, según dice mamá?»

Ruborizáronse ambos, pero en la mirada que cambiaron se vieron el fondo del alma. El milagro de amor se había realizado, y un místico desposorio los unía para siempre.

Como la desposada del cuento ó historia, Byzantinus ha dedicado al altar de la Patria, á la Diosa de la fraternidad uruguaya, todas las flores, todos los perfumes, todas las armonías que han saludado su folleto, esperando que Santa Rita, abogada de imposibles, realice el que ya parece tal del desposorio civico del valor oriental y la fraternidad uruguaya!

BYZANTINUS.

Montevideo, Diciembre 16 de 1898.

Del doctor Sienra Carranza

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Querido amigo:

Véome obligado á renunciar á mi propósito en el acuse de recibo de su brillante folleto, cuyo contenido habia sido ya objeto de conversación entre nosotros después de publicados en la prensa diaria, los artículos que ahora nos ha ofrecido usted coleccionados.

Mi idea era la que esta vez mis felicitaciones comprendieran, no solo la obra principal sino también las bellas ilustraciones con que la ha duplicado usted en sus sucesivas respuestas á las congratulaciones de sus lectores, amigos y extraños, de esta y de la otra orilla del Plata.

Me forjé la ilusión de que cualquier día podría decirle: ahí va mi aplauso, que he dejado para el último á fin de que, llegando ya aislado, sea oído por usted, sin perderse como nota insonora en el torrente de armonías de los elogios que de todas partes se le arrojan, y que, según una expresión del poeta Marmol debe tener á usted en la situación de quién llevase una caja de música en la cabeza.

Pero renuncio á ser el último, porque no hay día en que la prensa no traiga algún nuevo comentario de sus admiradores, ó nuevas páginas de la cívica literatura de *Byzantium*.

Para que no me tome en deuda el año próximo rompo pues mi programa, enviándole en estas líneas la reiteración de mis cordialísimos parabienes.

Las producciones de usted han venido en perfecta oportunidad,—ratificando, ampliando y fijando el verdadero significado de los ideales con que se creó el partido constitucional, no para formar una nueva colectividad antagónica de los partidos tradicionales, sino para pugnar por la conciliación, por la fusión de estos, por la desaparición de las divisiones y de los rencores que se interponían entre ellos, para concitar á la concordia y á la fraternidad de todos los orientales. De manera que el «Partido de la Fraternidad» se sentirá feliz en dejar de existir como «Partido» el día en que la «Fraternidad» haya concluido por prevalecer, reemplazando á aquel anacronismo de los partidos tradicionales, y aún á cualquiera otra divisa de permanente antagonismo entre nuestros conciudadanos.

Han venido bien sus producciones cuando la tendencia general busca la fórmula de la concordia para la efectividad de las instituciones, cuya observancia con el concurso de todos los orientales, restableciendo las libertades públicas y mejorando la administración nacional, ha de engendrar la tranquilidad y la confianza, radicando la paz y alentando el trabajo, y atrayendo la inmigración que solo pide la garantía de esos bienes primordiales, desarrollando como consecuencia la prosperidad y la riqueza cuyos gérmenes dormitan á montones al calor de nuestro clima, bajo el suelo fértil de nuestras campañas, y merced á nuestra privilegiada posición geográfica, en las orillas de nuestro extenso y hermoso litoral.

Viene bien su propaganda en estos momentos en que la reorganización constitucional está para consumarse, y será, por consiguiente necesario procurar que, esta vez al menos, no quede frustrada la grande obra,—con lo que quiero decir que habrá que esforzarse no solo en conservar ó restablecer la armonía entre los que en la tarea han colaborado, sino también en desarmar las resistencias y los recelos y los rencores, en apaciguar los espíritus de los disidentes y de los adversarios mismos, irritados por una derrota cuya justicia difícilmente pueden reconocer los que la sufren, y á los cuales, sin embargo, será necesario que les alcancen los beneficios de la regeneración,—con la posible abreviación de fechas, como para la reorganización constitucional,—puesto que son también orientales, y todos los orientales caben bajo la doctrina de la fraternidad entre los pliegues y á la sombra de la bandera de la patria.

Siguiendo el mejor de los consejos que para los grandes infortunios he encontrado en una sana filosofía contra el dolor de la más inmensa de mis desgracias, busco en estos momentos un refugio en el trabajo, en la ocupación incesante del pensamiento, leyendo ó escribiendo,

He tenido, pues, motivo de imponerme de sus publicaciones, de saborearlas, no una sino dos veces,—y si no le he escrito antes, es porque, como se lo dejo dicho, me proponía que mi congratulación fuese por todo lo de esta serie.—Pero usted no le pone, ó más bien dicho, no le dejan á usted ponerle término,—y veo que mi cortesía se halla en riesgo de quedar desfavorablemente comprometida por exceso de morosidad.

Es por tal consideración que quiebro mi programa. y.. usted sabe que cuentan con mi más completa adhesión las ideas tan elocuentemente expuestas en su folleto, y que en sus éxitos político-literarios tomo una participación tan sincera como inalterable es el efecto que le profesa.

Su viejo condiscípulo y amigo.

JOSÉ SIENRA CARRANZA.

S/c., Diciembre 14 de 1898.

Sobre arte y justicia

El doctor Jorge Damianovich, que es como Cárlos Guido Spano, grande y buen amigo de los orientales, nos ha favorecido con la original y bella carta que publicamos á continuación:

En juvenil edad fué acariciado por nuestras frescas brisas, iluminado por nuestro sol de oro, tonificado por el salitre de la honda amarga de los Pocitos ó de la Playa de Ramírez, embriagado por el perfume de nuestras fragantes flores... y no recordamos bien si deslumbrado un instante por esos rayos irresistibles que fulguran los ojos de nuestras deliciosas mujeres.

Tenemos un vago recuerdo,—han pasado, ay! tantos años de aquellos felices tiempos,—de ramos de violetas, de inspirados versos, pero nada podríamos precisar.

Pero, lo que sí constatamos con placer, es que aquellas brisas, aquel sol, aquellos perfumes, aquellos rayos ... estelares, han dejado simpática huella en su espíritu.

Nuestro viejo amigo de esa época, y de época más remota, del Colegio del Uruguay, es magistrado jubilado en la magistratura positiva de la Argentina; pero tiene y mantiene jurisdicción en letras y artes, en cuestiones de moral social y política, de justicia y libertad; y la ejerce con aquella ecuanimidad de espíritu que si tiene su base esencial en la cabeza, resuelve los casos dudosos con las inspiraciones altruistas del corazón.

Estamos de acuerdo en general, con su criterio moral, y con el criterio filosófico y artístico del notable escritor brasileiro, que encontró que la expresión suprema de la cultura argentina estaba revelada por la maravillosa estatua que adorna la entrada del Jockey Club de Buenos Aires.

En efecto; no recordamos ahora que gran escritor dijo un día, que si un terrible cataclismo hundiera en las entrañas de la tierra todos los signos de nuestra civilización, artes, ciencias, literatura, filosofía, religión; —que desaparecieran en absoluto, todas sus bibliotecas con todos sus libros, todos los museos, con todas sus riquezas, en una palabra, toda la obra humana de los siglos y que el mundo se poblara y civilizara de nuevo después de luchas seculares; si un buen día haciendo excavaciones como las de Pompeya, apareciera un libro como la Biblia, la Iliada, el Quijote ó la Divina Comedia, etc., ó un monumento como el Partenón ó San Pedro, de Roma, el sabio paleontólogo que hubiera hecho ese descubrimiento, con ese trozo fósil de una antigua civilización, reconstituiría toda la civilización presente, como con algunos huesos de animal antidiluviano reconstituye una especie extinguida un sabio paleontologista actual.

Y eso es porque hay libros, ó obras de arte, que condensan todo el pensamiento humano; que son como las señales que marcan las cimas de la civilización en un instante dado.

Aplicando su criterio moral y filosófico á las grandes naciones que marchan á la vanguardia del progreso, el distinguido escritor encuentra que Mackinley ha podido pronunciar estas bellísimas palabras:

« No, marchemos hácia adelante, regocijándonos por nuestra fuerza, empleada únicamente en beneficio de la humanidad, y siempre regulada por la justicia y la piedad. »

¿Armonizan ellas con el tratado impuesto á España, despues de lucha desigual y en que hemos admirado á la par la irresistible potencia norteamericana y el legendario heroismo español?

Ha sido esa, por parte de Norte América, una guerra de liberación ó una guerra de conquista? Lo dirán más alto que todas las frases los hechos decisivos: la independendencia nacional de Cuba y Filipinas ó su sumisión forzada á las armas americanas.—Hacemos votos por lo primero, porque nada nos causaría más tristeza y desencanto que ver al primogénito de la libertad en América, á la patria de Washington, cubierta con el manto cesáreo de la conquista.... y el gorro frigio del libertador!

Pero disfrutemos de la frase amena, inspirada en metáforas de la más delicada idealidad unas veces, familiarmente elevada otras,—si cabe la antítesis, que en nuestro concepto cabe, pues de ciertos espíritus puede decirse lo que de los pájaros, que aún cuando caminan se conoce que tienen alas;—que pasa con facilidad envidiable, de admirar una estatua á admirar una flor ó una estrella, ó una mujer,—las flores y estrellas de la tierra,—á sondear un problema social, guiado siempre por esa atracción misteriosa é irresistible de lo justo, de lo bello, de lo bueno.

Y ahora, para concluir, un otrosí, como en la cúria, ó una postdata como en las cartas:

Que no quede en proyecto—que realices pronto el de venir á formular plegaria artística, ante «El Altar de la Patria», de Blancas Volverás á ver los Pocitos, y en vez de aquella playa semi-primitiva que tú conocistes y que te sirve de comparación para nuestro retrasado estado político, lo que no nos ofende sino que nos apena como ciudadanos, encontrarás un balneario y palacetes brillantes que no se ruborizarían en Biarritz.... ó Mar del Plata. Y entre sus hondas, irresistibles sirenas, mágicas ondinas, á las mas celebradas hermosuras. Pues has de saber, Jorge amigo, que si los orientales siguen siendo siempre bravos, á veces demasiado bravos,—las orientales se permiten la licencia poética, feliúz hipérbole, de ser mas bellas aun que sus hermosas madres y que sus encantadoras abuelas.—Es el «excelsior» de la belleza femenina!

Y es en admirarlas, en lo único que están de acuerdo todos los orientales, los cuestóforos y los cuestófilos, los mas severos estoicos principistas y los mas ascéticos y místicos clericales—Floro Costa y Pepe Batlle, el poeta alado de «La Leyenda Patria» y el pesado prosista «Byzantinus».

Pero si nos hemos equivocado; pero si hemos debido alzar, no «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», sino el Partido de las bellezas Orientales! Qué hermoso y unánime acuerdo cívico! Es tarde, ay! para nosotros, y dejamos esa poética iniciativa al mas poeta de los poetas uruguayos: á Carlos Roxlo!

Byzantinus.

Montevideo, Diciembre 20 de 1898.

Buenos Aires, 19 de Diciembre de 1898.

Mi querido Domingo:

Una palabra más, pero larga como mi apellido.

Asi como para una moción de orden (ó prejudicial ó perjudicial que es lo mismo), ó para rectificar (ó ratificar sin embargo de ser lo contrario). Y allá de la olla podrida por no tener más que una olla.

Un notable escritor brasileiro, para encomiar los progresos de esta capital, encontró como la mejor expresión de su cultura que poseía una obra de arte tan bella y delicada como la estatua de la entrada del espléndido edificio del «Jockey Club»

Esa estatua, sin salir de la forma natural, llena sin embargo todo el edificio. Se entra con la sorpresa, se sigue con la ilusión y se sale con el recuerdo de la estatua.

Y en efecto, tocando apenas con el pié en la tierra, está la pura y ligera mujer de mármol, la mariposa blanca, el beso que vuela, la corona de la naturaleza.

Esa es la verdad desnuda; figura de mujer, trozo de mármol, apetito, deleite para el que no vé exfumarse la materia en las celestes líneas del arte. Pero no, es la virgen, la mujer celeste, el sueño de la juventud y el recuerdo de la vejez.

Ni los niños, ni las señoras, ni los hombres temen mirarla, porque ella no se sonroja, porque es una columna de humo blanquísimo, un rayo de luna, la espuma de una ola.

Ese es el ideal; no admite inventario, ni borrador, ni libro de caja; no lleva más libro que el del corazón humano y el de los versos de la inspirada poesia.

Lo comprendería así aquel gran talento que la trajo al país, aquel talento tan grande que en edad viril rompió el vaso que lo contenía. Hablo de Aristóbulo del Valle...

Pero bajemos á la tierra, y como quien dice: ¿No hay por ahí alguna fonda? preguntamos ¿hay justicia en la tierra?

Porque Don Quijote cuando libertó á los galeotes les encontró muchas disculpas, y hasta hizo notar que su causa pudo perderse por falta de medios adecuados para hacer triunfar la justicia.

La justicia es el nivel moral; siempre lo vamos buscando.

No me refiero solo á las máquinas de hacer justicia, leyes, tribunales y jurados; hablo especialmente de la justicia á que todos estamos obligados, que preexiste é inspira á todas las instituciones judiciales.

La suma contiene lo que hay en los sumandos; dad valor á éstos y lo tendreis en el resultado: quiero decir para mi propósito, solo con hombres justos tendremos justicia, como solo con *republicanos* tendremos república.

Las buenas costumbres inglesas y norte-americanas no vienen únicamente del ejercicio de la gimnasia y del manejo de los números, proceden tambien de las atenciones que prestan á las cosas del orden moral é intelectual, desde el hogar hasta el comercio y el gobierno.

Aspiran al título de perfecto caballero, como el gentil hombre, el anti-guero caballero castellano fiel á todos sus deberes.

Si precisan otro ideal ya tienen la biblia que es alguno.

Muchos escritores antiguos y modernos han intentado hacer un catecismo racionalista por huir la fábula, á veces útil, á veces perjudicial de las religiones reveladas, y sin duda que dicho catecismo seria muy conveniente para muchos: lo necesario es que el hombre cultive el ideal.

La educación física, intelectual y moral tiene que ser armónica, so pena de desconocer la naturaleza humana y sacrificar alguna parte interesante.

Bien pues, hay muchas personas que se descartan de la moral individual, para quienes no hay mas juez que el que tiene título de tal.

Los tales se dicen «yo no soy juez», «yo no soy político».

Pero usted no es hombre,—se les podría contestar,—porque el hombre tiene que juzgar de todo y es parte de un todo.

Tiene que juzgar hasta del juicio del juez y del juez mismo, porque es así que el juez representa á todos y puede florecer la vara de la justicia.

Allá van algunos de tantos ejemplos concoriantes con el referido tópico.

¿Es usted padre (no hablo contigo que no has esperado el título para serlo de la patria), ó tiene cualquiera clase de vinculos de familia? Tiene usted socios, amigos, relaciones? Quién juzga de las relaciones que nacen de esos títulos? Vá usted á cada paso á buscar *cuarteador*, (perdónese la expresión) que lo saque (si no lo mete más) de la dificultad.

Es usted comerciante (de profesion ó como todos bajo el título de comprador y vendedor?). Se descarta usted con que no es juez para olvidar por completo aquello de «no quieras para otro lo que no quieras para tí?»

Bien pues, la conciencia, aunque la tenga en caja de fierro, le dirá usurero, tirano, ladron, y no como lo dicen las señoras muy bonitamente á los tenderos, que sobre esto ya saben á que atenerse, sino persistentemente, y en la fiesta y en el sueño y hasta después de la muerte!

Son pecados veniales se dirá; á veces no, y yo he oído al respecto algunos diálogos edificantes.

Me cobra intereses de intereses.

—Pero, hombre, eso no se hace.

—Déjelo, porque al fin no se lo lleva todo, puesto que deja la vergüenza.

En un entierro:

—¿Quién era el muerto?

—Un usurero de lo peor (el pobrecito creía que era de lo mejor cuando era vivo).

—Dios lo tenga en una.... (lo que sigue es muy criollo y se calla por sabido).

Es usted elector y apela al estrivillo «yo no soy juez» y vota por un pillo y se queja después que la ley sea hecha con pillerías?

Toma usted un escrito cualquiera, y como usted no es juez, se mecha, se vacuna, comulga con todo lo que dice sin darse el trabajo de saber si es blanco ó si es negro, ó si es negro ó blanco (de conducta) el escritor, — se quejará mañana cuando su honor ó sus derechos resulten heridos como los del prójimo, y comprenderá recién que existe la solidaridad de la justicia.

El mal de España como de muchos pueblos es que haga fulano. Cada comadre ó vecina dice que el predicador se refiere á su vecina ó su comadre... y nada queda del sermón.

Pero no, algo queda, la propaganda es como la luz intermitente de un faro, se eclipsa pero no se apaga. Es el sedimento sobre el sedimento que forma la altura.

Te resentirás si te digo que las elucubraciones de los escritores uruguayos me causan la sorpresa de aquella hermosa vegetación que se desarrolla en los arenales de Los Pocitos? El terreno se eleva; están escondidos pero están manando sávia los pechos de la madre tierra; y crecen los árboles y en seguida vienen las flores y después los frutos.

Pero basta. Aquí estamos á consecuencia de la paz armada, (de que nosotros á la verdad no tenemos la culpa), como «el jefe del movimiento» en la pieza de ese nombre, que no podía moverse á causa de que unos fingidos anarquistas le habían puesto unas bombas con dinamita con gran cantidad de chimeneas en los bolsillos.

Qué diablos! Esto no ha de durar mucho. En estos países nuevos y abiertos pueden vivir hasta los anarquistas, barajando sus intereses en el naípe común, salvo algún furioso que haya que llevar al hospital, ó algún pestilente á quien no baste el sol y aire de estas regiones.

Lo que dificulta la marcha de estos pueblos, como de casi todos, es la dinamita de los impuestos, que como las referidas bombas tienen en los bolsillos.

Y siempre así; y sin embargo se vive, se vá adelante. En verdad que abisma la marcha de la humanidad cuando se vé seguir la corriente de las generaciones entre cataclismos, plagas, epidemias, guerras, temores, desconfianzas é impuestos siempre en aumento.

Recordemos siquiera con Cervantes que nada hay que aflija tanto el corazón de los pobres como los pesados impuestos.

Y no publiques esta carta, porque será un impuesto muy grande para tí y para el público, y al cabo no merece la pena.—Tuyo.—JORGE.

P. D.—Resultó la olla podrida; así son las rectificaciones y las mociones de orden.

La rectificación sería que yo quisiese decir Arroyo de la China, lo que, para los que fuimos cologiales en el pueblo, que antiguamente llevó ese nombre, no es indiferente.—Respetamos la opinión del cajista ó de quien fuere si es de parecer, como se sostiene en cierta zarzuela, que lo mismo dá bailar con la del hojalatero que con la del herrero, plomero, carpintero, etc.

La cuestión de orden resultó de orden abierto ó disperso como actúa el tercer partido con sus individualidades y colectividades antes de tomar un partido ó de partirse del todo. Por lo tanto se ha dispersado para presentarse en oportunidad precisamente por tratarse de cuestión de orden.

Otra—No te escribiré sin razón bastante en algún tiempo, por no quitarte el tiempo, y porque los médicos me han dicho que ya se me ha pasado el tiempo. Maldito tiempo, y sin embargo maldita la gana que tengo de volverme atrás.

Y finalmente.—Esta carta tiene más postdatas que carta de mujeres.—Alguien dijo que las mujeres escriben cartas por poner postdatas

Las mujeres! Son imágenes vivas de lo más grande que uno se imagina.—La virgen, la libertad, la patria, son mujeres simbólicas del arte.—En cuanto vaya á Montevideo trataré de ver *La Patria* de Blanes, de que hablas en uno de tus artículos. Tengo por el gran pintor oriental antigua y entusiasta admiración.

En este momento leo en «La Prensa» un discurso de Mac-Kinley, que comprueba el cultivo del ideal en estos dos grandes pueblos que están al frente del progreso moderno, la Inglaterra y los Estados Unidos.

La Inglaterra conserva aún sus colonias por su régimen de libertad, á pesar del descrédito del sistema colonial, y los Estados Unidos pueden decir por boca de su presidente: «No, marchemos hacia adelante, vigorizándonos por nuestra fuerza, *empleada únicamente en beneficio de la humanidad y siempre regulada por la justicia y la piedad.*»

Mi conclusión sería que la libertad y la justicia son las semillas que producen las naciones grandes.

Y basta per *Dio Santo!*

DEL DOCTOR JUAN A. VÁZQUEZ

La Fraternidad Uruguaya

Este distinguido ciudadano ha dirigido á Byzantinus, desde Entre-Ríos, la siguiente esquila en que dice reputaria *milagro* la «Fraternidad Uruguaya», siendo tan honda y profunda la anarquía que nos devora, milagro que solo se produciría talvez en presencia del peligro de perder la propia independencia nacional.

Tal idea, tal excepticismo en un ciudadano como el doctor Vazquez, es la más amarga censura que puede provocar el decrecimiento, la extinción casi del sentimiento de la fraternidad en la familia oriental.

Y cuando á veces nos asalta tal idea como negra pesadilla, más que con el pensamiento, con el corazón la rechazamos, diciéndonos:—acaso nuestra flora política estará condenada eternamente á producir solo rosas blancas ó coloradas? Seremos perpetuamente los Capuletti ó Montechi de estas republiquetas hispano-americanas, y toda unión cívica tendrá el triste fin de la de los amantes de Verona inmortalizados por Shakespeare? Seremos como el hombre de Hobbes, *hominis, homini lupus*,—el hombre lobo del hombre—y nos devoraremos sin cesar en luchas crueles como los Atridas de la leyenda griega?

Como las familias soberanas de Turquía, como los orientales de Europa, los orientales de América creerán que no se puede reinar sino sobre la base de la estrangulación, por lo menos política, de los hermanos que pueden aspirar al poder?

Será esa la alta política de la vieja Bizancio y la de la joven patria de Byzantinus?

Tendremos, sin saberlo, alguna sangre de aquel rey de Oriente, Asoka, que empezó su gobierno dando muerte á sus hermanos,—eran cien—y exceptuó uno solo?

La venganza, como dice Paul de Saint Victor, habría plantado su árbol genealógico en el corazón de las familias uruguayas y los odios se legarían como patrimonios?

¿Sin que nos apercibamos de ello tendríamos degenerado el sentimiento de la solidaridad humana y nacional y llevaríamos, como diría Lombro-

so el «estigma» del fratricidio que la leyenda bíblica veía brillar en la frente de Cain?

¡Nuestro pabellon tendría escrito en signos invisibles, algo así como el *Finis Poloni*, futura, pero inevitable sanción de las faltas de los pueblos débiles, linderos con poderosos, y que oscilan perpetuamente entre el despotismo y la anarquía?

El patriotismo puede formular estas crueles interrogaciones, que son por sí solas terrible pena, y el excepticismo contestarlas afirmativamente. Pero la fé en los destinos de un pueblo joven, generoso aunque apasionadamente extraviado, las rechaza como una blasfemia contra un destino providencial. Todo error es subsanable, toda falta redimible.

Aquel mismo rey de Oriente, Asoka, cien veces fratricida, arrepentido y regenerado dictó esta ley de suprema tolerancia, de fraternidad; que parece precursora de la ley de amor del cristianismo. «No debe ensalzarse mas que su propia creencia pero jamás condenar la de los demás. Aun hay circunstancias en las que la creencia de los demás debe ser ensalzada. Pueden los hombres de todas las creencias aumentar su saber y prosperar su virtud!»

No, no hay faltas irremisibles ni penas eternas. El error se disipa como una sombra ante la luz de la verdad, la expiación chancela la falta y se asciende desde el purgatorio al cielo.

«Luz, más luz, decía al morir uno de los espíritus más luminosos que hayan brillado en un cerebro humano. Iluminemos con la antorcha de una propaganda tenaz, persistente, como la de un faro fijo, la conciencia nacional, y la reacción ardiente del amor, ha de salvarnos del frío mortal del odio.

Ya se presentan en el horizonte los vislumbres de una nueva aurora. La inviolabilidad de la vida del prisionero rendido es una hermosa conquista alcanzada durante la última revolución. Honor á Saravia lo mismo que á Villar!

Después de proscripto de nuestras costumbres políticas el ostracismo completo de los adversarios, han estado la mayor parte de éstos, sujetos á una especie de «patronato» parlamentario, recibiendo su investidura del Imperator.

El acuerdo de los partidos,—con todos sus defectos, si no es la era de la libertad electoral, al amparo solo de la ley, prepara esa gran solución del problema político, el mas difícil de la vida republicana.

Pero no se llegará á ella por el sendero solo de la Ley, que no es la Ley la que ha faltado jamás,—si ese sendero no está iluminado por la luz divina de la fraternidad,—y esta no consiste solo en no matar al hermano. La fraternidad no es solo la negación del odio,—es la afirmación del amor. Y el amor es en la naturaleza la gran ley fecunda, creadora, de la que nace todo y lo conserva todo: el amor es la vida.

Es en los astros ley de atracción que los aproxima y hace girar sin chocar jamás, en órbitas elípticas, enviándose como besos estelares rayos siderales. Es en las flores embriagador perfume, polen fecundo que la brisa confidente lleva al cáliz de otras flores.

Es en los cielos divina armonía, éxtasis celeste, suprema felicidad; y es en la tierra la penumbra de ese soñado cielo mirando el cual marcha siempre la humanidad tras un destino providencial.

Y será en la política, diga lo que quiera el excepticismo, la solución anhelada del patriotismo desinteresado y generoso que solo mira en los partidos un medio y no el: el fin es la patria.

Y es para ella, para sus altares, para los que queremos todas las obla-ciones y todos los perfumes, la roja flor del ceibo y la celeste de la enredadera Leandro Gómez, que en visión patriótica—y entrelazadas como flores hermanas—nos ha presentado hoy mismo en inspiradas frases el doctor Vidal y Fuentes. Lástima grande que su espíritu generoso abandone como visión fugitiva esa bellísima inspiración, ese símbolo del patriotismo!

Por lo demás demasiado sabemos que las preocupaciones dominantes, religiosas ó políticas condenan toda doctrina—y á veces al apóstol que las propaga,—que trata de ponerlas en evidencia. Cristo y Sócrates son los más altos ejemplos de esa cruel sanción. Pero eso no ha impedido que el

uno sea adorado como un Dios y el otro como un semi-Dios, que exclama al ser condenado: «merezco un puesto en el Pritáneo y no la muerte porque he instruido á la juventud en los principios de la moral».

Digan y hagan lo que quieran los tradicionalistas, nosotros estamos seguros de que las corrientes políticas, como las del Río Negro, no han de tener siempre ese poder petrificante de inmovilizar las ideas y los sentimientos en los moldes del pasado. Digan y hagan lo que quieran, no renunciaremos jamás á nuestras esperanzas cívicas de la religión de la fraternidad uruguaya, pues creemos, con un Santo Padre, que «la esperanza es el sueño divino del hombre que vela».

La obra cívica es obra humana, y no necesita de otros milagros que los del patriotismo uruguayo.—Y bien puede realizarla quien tiene anales legendarios, milagrosos, como aquel exodo del pueblo oriental guiado por el patriarca Artigas cuando salvó en sus tiendas movibles, como en arca Santa, el sentimiento de la Independencia Nacional. Como la heroica, titánica resistencia del mismo caudillo ante el abandono cruel de la Patria Grande y la irresistible potencia del conquistador extranjero.

Como la cruzada redentora de Lavalleja, utopía del patriotismo heroico que convirtieron en hermosa realidad el sable de Sarandí, las lanzas del Rincón y los fusiles y cañones de Ituzaingól!

Sólo falta ahora una victoria que culmine y corone al vencedor; la noble, la magnánima victoria de vencer sus pasiones, de vencerse á sí mismo.

Las armas han dado la libertad; la ley, la igualdad;—sólo la fraternidad puede darnos la concordia cívica—la paz cordial y fecunda de las instituciones ó sea la felicidad y la riqueza nacional!

BYZANTINUS.

Del doctor Juan A. Vazquez

Juan A. Vázquez saluda al doctor Domingo Aramburú, y le agradece el envío de su hermoso trabajo político-literario, «Fraternidad Uruguaya».

Su bondad característica y su patriótico desinterés lo han llevado muy lejos, á mi humilde juicio, avanzando una tesis muy generosa, pero un tanto utópica, en pueblos regidos por instituciones democráticas, y muy especialmente en el nuestro deplorablemente dividido y anarquizado.

Si en el porvenir nebuloso de las nacionalidades débiles, siempre reservado á la mirada investigadora del hombre, un peligro serio produjese el *milagro* de la Fraternidad Uruguaya, hoy por hoy y mañana y siempre, mientras ese peligro provocado por nuestras discordias civiles no aparezca, que sin duda no aparecerá, yo como bueno y humilde hijo de esa, tierra querida, el último de sus hijos, celebraría como una victoria nacional, ver restablecida con la tolerancia, la libertad práctica, porque la teórica, escrita en nuestros Códigos, es hasta hoy una hermosa promesa.

O es esto lo que usted llama «Fraternidad Uruguaya?»

Felicitándome de que hubiéramos coincidido en opiniones, para mí muy viejas y muy hechas, saludo al compatriota y al amigo con toda estimación y respecto.

Estancia Santa Avelina, Diciembre 20 de 1898.

JUAN A. VÁZQUEZ.

PLATA VIEJA LABRADA

“La Fraternidad Uruguaya”

La Unión Liberal, el Constitucionalismo, el Partido sin divisas, la Fraternidad Uruguaya, muchos nombres, una sola cosa, que suena á novedad á los principiantes de la política, es cosa vieja para todos los que peinan

canas ó han escudriñado los archivos nacionales para darse cuenta del itinerario de la política oriental.

Estos saben, y lo hemos probado con irrefragables documentos, que la formación de un gran partido de principios, sin divisa, es uno de los postulados de la opinión nacional.

(Que son las altas intelectualidades de los viejos partidos, sus personalidades más conspicuas por su patriotismo desinteresado y previsor, los que primero enarbolaron esa gloriosa insignia para agrupar á su sombra á todos los buenos ciudadanos, cualesquiera hubieran sido sus divisas de guerra en luchas fratricidas.

Los que se imaginan que los Joaquín Suárez,—cuya virtud consagra al tiempo el bronce estatuario, el doctor Eduardo Acevedo, la más alta inteligencia y más firme carácter del partido blanco,—el doctor don Manuel Herrera y Obes, el gran estadista de la Defensa de Montevideo, y don Bernardo Berro, la probidad antigua hecha Presidente de la República, deben su nombre histórico, su popularidad en los viejos partidos, á un partidismo exaltado, violento; que representaron la tendencia intransigente, irreconciliable, que niega á sus adversarios el agua y el fuego y dice y repite siempre, aunque en términos menos guarangos y compadrones, somos «blancos como hueso de bagual» ó «colorados como sangre de toro», desconocen triste, lamentablemente, esas nobles y elevadas personalidades del pasado.

Ellos, aún pagando su tributo á la época,—que todo hombre lo es de su tiempo, de su siglo,—representaron la tendencia contraria: la de la unión, la concordia cívica, pues los hombres verdaderamente superiores desdeñan esa fácil y frágil popularidad gritona, que se acrecenta fugazmente soplando y encendiendo las malas pasiones del pueblo.

Como dice un gran poeta:

Le cœur s'attendrit mieux lorsque l'esprit comprend
Et l'on est le meilleur q'en étant le plus grand.

Sí, nuestros mejores y nuestros más grandes ciudadanos, grandes por la virtud y la inteligencia, son los verdaderos apóstoles de la fraternidad uruguaya, los Sumos Sacerdotes del templo en que Byzantinus oficia como simple levita.

Pero ellos no estuvieron solos; como los grandes cometas tenían cauda luminosa y han seguido su trayectoria en el cielo de la política astros de primera magnitud.

Ahí van esas nuevas, y que son viejas, comprobaciones históricas, esas elocuentes enseñanzas de concordia, de unión cívica; esos lingotes de bronce para la estatua de la fraternidad uruguaya.

Que aviven en los ancianos viejos recuerdos de reconciliaciones fraternales; que iluminen con claridad serena la visión extraviada de esa juventud que solo quiere ver en los jardines de la República flores blancas ó flores rojas, cuando lo bello es formar con todas ellas entrelazadas coronas y guirnaldas que orlen el altar de la Patria.

Esas son las verdaderas oblaciones del patriotismo, la mirra y el incienso que se eleva á los cielos simbolizando los votos y plegarias de la piedad humana que suben á lo alto.

Debemos esos preciosos documentos á la gentil deferencia, que en mucho estimamos, de nuestro distinguido amigo el señor don Isidoro De-María, crónica viviente de antiguos y olvidados sucesos, á quien debemos la resurrección pintoresca del «Montevideo Antiguo», la exhumación de personalidades que hoy figuran, á justo título, en su galería de «Hombres Notables», y excelentes libros de historia nacional.

Hé aquí ahora esos documentos:

Empezemos por el doctor Manuel Herrera y Obes, que no hará sino ratificar ideas que ya hemos hecho conocer.

En una estensa carta publicada en 1856 decía lo siguiente:

«Solo en el equilibrio de los partidos veo hoy la paz, que los alejen de las batallas campales; y eso es todo lo que yo deseo por ahora.

El tiempo y la fuerza de las cosas harán lo demás.

Siempre he creído que el predominio absoluto y apasionado de un partido sobre el otro, era la guerra permanente en el país, lo que vale decir era matarlo. *Por esto fui fusionista en 51b.*

Sigamos por la Fusión proclamada en Febrero de 1852, á raíz de la Guerra Grande.

A la invitación fusionista hecha el 25 de Febrero de 1852, en «El Oriental», se adhirieron muchos ciudadanos *blancos y colorados* de la víspera y que firmaron las bases de la Fusión.

Bases

«Extinción absoluta de partidos personales.

Fusión completa de todos los orientales bajo los colores y para los intereses cívicos de la Patria, con arreglo y en exacto cumplimiento de los principios consignados en la Constitución»

Montevideo, Febrero 27 de 1852. Firmados:

1852

Tomás J. Rodríguez, Martín García de Zúñiga, Cándido Juanicó, José María Muñoz, Tomás Gomensoro, Guillermo Muñoz, Francisco Antonio Maciel, Paulino Berro, José Brito del Pino, Felipe Alvarez Bengolea, Mariano Labandera, Francisco Araucho, Miguel Antonio Berro, Apolinario Gayoso, Julian Maciel, Mateo Magariños, Dionisio Coronel, Antonio Luis Pereira, Francisco Magariños, Estanislao Vega, Francisco Acuña Figueroa, Leon Pereda, Manuel Antonio Iglesias, Alberto Flangini, Juan Angel Zavalla, José Antonio Freire, Carlos San Vicente, Bernabé Margariños, Miguel Solsona, José Gabriel Palomeque, Andrés Avelino Gomez, Jacinto Vargas, Juan Peñalva, Justino B. García, Vicente Latorre, Juan María Nin, Eduardo Acevedo, Jaime Estrázulas, Juan J. Susviela, Angel de las Carreras, Luciano de las Casas, Doroteo Ahumada, Juan J. Barboza, Antonio Domingo Costa, Carlos Carvallo, José Obregon, Manuel Taladriz, Victor Cortina, Felipe Lenguas, Pedro Llambí, Ramon Vazquez, Rudeciundo Gomez, Manuel Durante, Carlos Juanicó, Gabriel Velazco, Federico Albin, José María Peñalva, Jorge Liñan. . y otros.

Es una buena parte del Estado Mayor de los partidos tradicionales en aquella época, brillando especialmente los nombres de don Tomás Gomensoro, el doctor don José María Muñoz, los Magariños y Palomeque junto á los E. Acevedo, Jaime Estrázulas, Juan J. Susviela, de las Carreras,— las flores rojas del ceibo—de que nos habla el doctor Vidal y Fuentes,— entrelazadas con las *blancas* flores celestes de la enredadera hoy llamada Leandro Gomez!

Esas hermosas visiones del patriotismo han sido realidades más hermosas aún; y aunque fugaces, pues las disipó el soplo ardiente de la discordia, dejaron semillas que han de fructificar si las regamos con el agua lustral del arrepentimiento, que borra la huella de pasadas faltas.

Destacamos de esos nombres,— que en su casi totalidad son sombras despues de casi medio siglo,— y de entre los pocos sobrevivientes, el nombre de don Tomás Gomensoro, y nos decimos: con razon el ilustre anciano, el pacificador de la República en 1872, envió á Byzantinus una tarjeta en la que, adhiriendo á las conclusiones del folleto «La Fraternidad Uruguaya», decía: «que contiene consejos y enzeñanzas dignos de ser oídos y realizados».

Recordando al glorioso autor de los Girondinos, que al ver los movimientos revolucionarios en Paris en 1848, se asomó al balcon y exclamó: «es mi libro de la Revolución Francesa que pasa», bien ha podido exclamar el noble anciano al concluir la lectura del folleto: «son mis ideas de la juventud que vuelven!»

Agregaremos á la autoridad moral del señor don Tomás Gomensoro la de aquel estadista cuya actuación política, en los momentos supremos de un gran partido que cae, provoca sin duda alguna juicios contradictorios, tan contradictorios, que los unos le dan sombras de Júdas y los otros resplandores de Salvador: dejamos el fallo al tribunal de la historia; pero

que, y en esto no cabeduda, fué una alta inteligencia, un cerebro organizador y una probidad personal jamás sospechada en ningún asunto administrativo, el primer Contador General de la Nación: hablamos de don Tomás Villalba.

Se trata de sus opiniones en 1853, cuando ninguna previsión humana podría adivinar la solución del 20 de Febrero de 1855 y la participación en ella del señor Villalba.

En carta a un amigo, fecha 17 de Agosto de 1853, le decía:—«No existen principios políticos ó sociales que establezcan una diferencia y puedan caracterizar diversos partidos políticos, como sucede en otros países.

Si alguna vez los hay, tratándose de sistemas ó principios, no se llamará *blanco* ó *colorado*, que nada significan; sino *radicales* por aquellos cuya impaciencia quiere devorar el tiempo, precipitar los adelantos y reformar la sociedad desde sus fundamentos, estableciendo costumbres nuevas por medio de la inmigración á toda costa y en grande escala, ó *moderados*, que quieren, como ya sucede, los adelantos graduados, ocasionales, transigiendo con resabios y preocupaciones heredadas, y esperando solo del tiempo las mejoras y progresos, que sin embargo una administración creadora y hábil podría anticipar muy fácilmente. Tal es la docilidad con que este este país se presta á todo lo que es favorable y útil.

Pero entre tanto, lo que quiere un partido, quiere igualmente el otro. Libertad, igualdad, justicia para todos, unión, franquicias al comercio, inmigración, industria, tribunales bien constituidos, reforma de nuestros vetustos códigos, educación, mejoras materiales, progreso de todo género; tales el clamoreo incesante de todos los hombres *blancos y colorados*. *Cuales son, pues, los principios que los dividen?*...—TOMÁS VILLALBA.

En esa carta está evidenciado un espíritu sereno, reflexivo, claro-vidente,—el de un estadista.

Y la pregunta que él hacía, al final, y ha ya cerca de medido siglo, la hemos hecho nosotros y la repetimos una vez más, *cuales son los principios políticos opuestos* que dividen á los blancos y colorados? Nadie ha contestado antes, nadie contesta ahora y nadie contestará mañana: es el silencio de la impotencia absoluta que rehuye el debate porque está seguro de la derrota.

Oigamos ahora la palabra serena del doctor don Mateo Magariños dirigida especialmente á la juventud, exhortándola á salvarse de los errores de pasadas épocas. En el año 1872 y en «El Siglo», número 2416, decía ese distinguido ciudadano, que había ocupado con brillo los mas altos puestos en la República, como los de Presidente del Superior Tribunal de Justicia, Ministro de la República en Francia, etc., etc.:

«La nueva generación se levanta con aspiraciones generosas y «mejor preparada para confundirse sin investigar de que color era la «divisa de sus padres; en cuyo propósito debemos alentarnos, todos los «que hemos pagado tributo á los errores de nuestra época.»

Oigamos también, finalmente, la palabra inspirada de nuestro gran poeta nacional, de A. Magariños Cervantes, el primer literato de la República,—pues su vasta obra comprende estudios históricos, políticos y sociales, poesías como «Celar», «Palmas y Ombúes», novelas, teatro, etc., etc.—(Estas etcéteras significan muchos tomos de bella y variada literatura).

Invitado en Abril de 1855, seis años antes de que Carlos M.^a Ramírez tuviera la inspiración patriótica del Partido Radical, quince años antes de la formación del partido constitucional,—para colaborar en la Revista Literaria por su Director don José A. Tabolara, le escribió la siguiente carta, publicada bajo el nombre caprichoso de «Vidalita» en el referido periódico de 7 de Mayo:

«... Cree Vd. que cuando reclinemos nuestra cabeza fatigada en el último lecho que ofrece la madre tierra á sus criaturas, los que vengan detrás, dentro de cincuenta años, han de acordarse si don Lucas Obes, don Santiago Vazquez, el doctor Tendoro Vilardebó, el general Pacheco, el doctor Acevedo, Adolfo Berro, el insigne Figueroa—y otros que aún viven y no quiero nombrar porque podrían considerarse aludidos, y tomar por indirecta lo que es una metáfora, han de acordarse si aquellos ilustres ciudadanos eran blancos ó rojizos....»

Sus altos hechos, sus obras quedarán únicamente, como entre las rocas de una montaña agreste algunas palmas solitarias respetadas por el rayo, como en un campo inmenso algunas cruces esparcidas á la distancia, señalan el árduo y glorioso derrotero; y la generación que nos suceda, tal vez al abrir un libro, un periódico, una revista, donde se registre alguna de las producciones de aquellos preclaros varones incline la cabeza ante su nombre,—(como «Byzautinus» lo hace ahora ante la sombra del ilustre poeta) —y repita con melancólica satisfacción: *era Oriental y Dios lo marcó en la frente con el sello de los escogidos*».

..

Esa gran voz que viene del pasado, de entre sombras, que amonesta y enseña,—*admonet et magna testatur voce per umbras*, es la voz de la experiencia que corrije, de la inteligencia que ilumina, del patriotismo desinteresado que marca la ruta á seguir por todos los hombres de buena voluntad.

Ella debe hacer pensar, meditar á todos, y especialmente á la juventud, que tiene que optar entre vivir toda una larga vida pública ascendiendo á la esfera de los espíritus superiores por la elevación de sus ideas, su tendencia progresista, su altruismo generoso, ó seguir dócil, mansamente, ser uno de tantos en la majada de Panurgo.

No hay que confundir,—pues son inconfundibles,—el acatamiento á la decisión de todo acto político, con la sumisión á los errores, á las preocupaciones reinantes: lo primero es obediencia á la ley de la democracia, lo segundo abdicación de la inteligencia y del carácter.

No hay que confundir tampoco el rol de los simples ciudadanos con el de los hombres de Estado,—que pocos bastan para hacer la desgracia ó felicidad de un país.

Los primeros son libres de seguir la política más elevada, humanitaria, y deben hacerlo obedeciendo la gran ley de evolución ascendente, de progreso político. Corresponde á los segundos en el conflicto de encontradas tendencias, entre los que quieren marchar á motor eléctrico y los que no quieren abandonar la carrera tradicional con su motor á sangre, adoptar la solución transaccional, pero que debe ser siempre ascendente sobre el medio actual.

Eso de un país en que todos los ciudadanos se den aires de hombres de Estado, y en que la juventud empiece por ponerse peluca á fuerza de madurez y cálculo político, nos causaría el mismo efecto que el ver polvorear con ceniza y regar con agua fenicada las fragantes flores de un jardín. No y no. La juventud debe darnos, como las flores, su delicioso aroma, ilusiones generosas, entusiasmos patrióticos, efusiones fraternales, calor de vida nueva. Deje á la triste experiencia de la vejez el cortar las alas al ideal, pero ayúdela con su sople divino, á llevar más alto á la patria en la escala del progreso.

Y no olvide jamás, como regla de conducta,—que no es solo resistiendo la influencia de arriba,—que se exhibe la independencia de carácter; —á veces se requiere mayor energía para resistir la de abajo.

Nosotros no queremos, como dice un gran poeta y gran ciudadano

«Ayant Danton pour père et Hampdem pour aieul
Pas plus de tiran *tous* qu'au despote un seul.»

Montevideo, Diciembre 28 de 1898.

Byzantinus.

Del señor Manuel Coronel

(MELO)

Hay en la República constitucionalistas decididos, entusiastas, perseverantes, pero ninguno, estamos de ello seguros, es más decidido, entusiasta y perseverante que el señor Manuel Coronel.

Este distinguido ciudadano se ha señalado por un celo y proselitismo incansables, infatigables, pues tiene como Byzantinus, y no sabemos si aún más que él, la convicción irreductible de que el progreso político de la República exige la desaparición de la escena pública de las divisas tradicionales, pues simbolizan, no principios distintos u opuestos, no la lucha pacífica dentro de las instituciones, sino la guerra civil efectiva ó latente: una larga y triste historia abona esta triste y desesperante conclusión.

En este largo y fatal reposo del constitucionalismo, en ese sueño cataleptico que algunos confundieron con la muerte, y que á durar algo mas la hubiera producido, porque la vida es movimiento, evolución, transformación, los Presidentes de la Comisión Directiva, los hombres dirigentes oyeron siempre una voz amiga é inquieta que estimulaba á la acción, que deploraba y condenaba el abandono de la lucha: esa voz que venía del Este, de donde viene la luz, era la voz entusiasta y generosa de Manuel Coronel!

Byzantinus ha recibido muchas felicitaciones que lo han colmado de satisfacción cívica; y entre las primeras coloca la del correligionario sincero, convencido, entusiasta, cuya mano estrecha con leal amistad y sincera estimación.

BYZANTINUS.

Montevideo, Diciembre 29 de 1898.

Melo, Diciembre 19 de 1898.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Montevideo.

Mi respetado y distinguido correligionario:

Recien anoche por el Correo de la «Villa Treinta y Tres» recibí el folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», que usted se sirvió enviarme con dedicatoria benevolente en fecha 19 del mes próximo, acompañado de cinco ejemplares más.

Ya había leído en las columnas de la prensa de esa capital, su esbozamiento cívico,—y está por demás decirle que mi aplauso ha sido entusiasta y ha crecido en la medida proporcional al mérito de su eximia producción patricio-literaria.

Con la fuerza del sentimiento sincero y la profunda convicción que hermana nuestros esfuerzos ciudadanos, le envío mi efusiva felicitación, repetidas mil veces como las palpitaciones del corazón que se reanima comunicando al cerebro mayor fuerza, para pensar y discernir en medio mismo á las conturbaciones del espíritu.

La palabra del apóstol, por mas alta que sea la eminencia desde la cual se pronuncia, tiene siempre su legítima resonancia y alcanza á beneficiar á los creyentes que oramos en la llanura.

La patriótica disertación que usted ha redondeado, con los florones de una lógica incontrovertible, es de creerse que dentro de un tiempo más ó menos cercanc llegue á ser la oración sagrada con que el pueblo uruguayo, saliendo de las tinieblas del fanatismo tradicionalista, salude y bendiga la alborada de una época de saludable regeneración política.

Ella es tan oportuna como el repentino alumbramiento de la estrella polar para el navegante que, sin brújula y súbitamente, se encuentra hundido en la obscuridad y amenazado por el arrastre de las corrientes submarinas y el empuje de las olas de un mar bravío.

En esta actualidad, en que las ambiciones personales y los rencores se transparentan al través de la gasa tejida con hilos blancos y colorados, con la cual se pretenden cubrir las heridas abiertas en el cuerpo de la madre común por el choque de esas mismas ambiciones y rencores; en esta actualidad, en que el límpido azul del cielo republicano se encuentra pavorosamente velado por nubes cargadas de electricidad revolucionaria, la circulación de su iluminado folleto tiene forzosamente que surtir trascendentales efectos, dentro del dominio de la opinión y de los sentimientos ajenos á los preindicados males.

¡Adelante mi esclarecido compatriota! Adelante y siempre adelante, levantando la antorcha luminosa, aumentada por el fuego que solo la muerte consiguió apagar en el corazón del patriarca de nuestra nacionalidad, que alejado de los nativos lares consagró con lágrimas de alegría la consumación de nuestra independencia, y sucumbió entristecido por la guerra fratricida que implícitamente condenó desde su austera expatriación.

Adelante con el ideal de la fraternidad pura y sincera, que ha de fructificar indefectiblemente en el seno de la familia uruguaya, mediante la perseverancia del «miembro conspicuo del grupo de ciudadanos notables por sus virtudes é ilustración, destinado á impulsar la regeneración « del pueblo uruguayo», según el augurio del ilustre publicista Barroeta-veña, augurio consignado en la dedicatoria de su celebrado trabajo, publicado hace cinco años con el título «Malestar Sud-Americano», y en cuya vía de realización estamos obligados á avanzar, sin vacilaciones, los constitucionales convencidos y de chapa de no empañable acero!

Mi precedente exhortación fluye de la perfecta armonía de sentimientos y aspiraciones que me subordinan á la palabra de apóstol inspirado, que sabe sobreponerse á la deplorable contingencia de un desbande parcial, para salvar el honor de la bandera á cuya sombra, en una cercana mañana, los buenos ciudadanos han de rehabilitar y engrandecer la República libre y constituida por el esfuerzo denodado de la legión independizadora.

Reiterando mi efusiva felicitación, le estrecha la mano su humilde correligionario y amigo, que anhela verle ascender hasta la cima del Sinaí para recibir la palabra de Dios y cual otro Moisés difundirla en holocausto á la redención de la patria.

MANUEL CORONEL.

Principios, no divisas

DIVISAS, NO PRINCIPIOS

Después de una condensación elocuente y sintética de los principios y aspiraciones de los blancos y los colorados: —«Libertad, igualdad, justicia para todos, unión, franquicias al comercio, inmigración, industria, tribunales bien constituidos, reforma de nuestros vetustos códigos, educación, mejoras materiales, progreso de todo género»: preguntaba don Tomás Villalba en 1853: *¿cuáles son, pues, los principios que los dividen?*

Y como Byzantinus repitiera esa elocuente y abrumadora pregunta casi medio siglo después, afirmando que nadie la ha contestado antes, la contesta hoy, ni la contestará mañana, su afirmación ha tenido la más triunfante respuesta en la actitud de dos jóvenes inteligencias, que ni intentan siquiera disimular la imposibilidad absoluta de una respuesta satisfactoria. El uno conviene en que no hay tales diferencias, y nos dice:

«La verdad que no puede haber una pregunta más razonable que la hecha por «Byzantinus»; solo tiene un defecto: es demasiado corta. Porque no se agregó á ella una interrogación: ¿dónde está la diferencia de principios que separan esencialmente el partido constitucional de los partidos blanco ó colorado? ¿No aspiran todos á la felicidad y bienestar de la Patria, por el cumplimiento fiel de la Constitución y de las leyes; no luchan con el mismo patriotismo por la unión de la familia oriental; no se empeñan igualmente por conseguir la coparticipación de todos en la cosa pública, haciendo que el patrimonio de los orientales no pertenezca á una fracción determinada, sino que sea atendido por igual, como lo quería el Padre de nuestra nacionalidad para todos los hijos de esta tierra? «Nadie la contestará mañana» á esta pregunta; porque buscar diferencias entre las manifestaciones de principios de los partidos en nuestro país, es lo mismo que empeñarse en echarle arena al mar para formar un continente.»

Pero si no hay diferencias de principios, si buscarlas «es lo mismo que echar arena al mar para formar un continente», como dice el doctor Vidal y Fuentes, porque los blancos ó nacionalistas tienen un san'o horror á la divisa roja y los colorados dicen á la blanca ó celeste: *vade retro Satanás*?

Si no los dividen los principios, por qué los dividen los trapos? Significan algo ó no significan nada las divisas? Son los principios los que están encima de las divisas ó las divisas encima de los principios?

Oes que, por una ficción política... y nada poética por cierto, un color significa virtud cívica y el otro lo contrario? Y cuál es el color de la virtud uruguaya, el blanco de la inocencia ó el rojo del pudor... y del poder soberano?

Cuando van á la batalla, van á luchar por los principios, ¿ó dicen cómo los antiguos caballeros á sus damas?

“J’irai dans les combats vaincre sous vos couleurs”.

Esas interrogaciones, que no tienen respuesta satisfactoria, no pueden hacerse á los constitucionalistas, á los principistas *sin divisa*, y qué no la tienen porque su vínculo de unión está *en los principios*, en ellos solos, y no en tradiciones de guerra civil.

Aceptar su programa de unión, de concordia, no es condenar el pasado sino dejarlo al fallo de la historia.

El no pretende ser el *Santa Santorum* del patriotismo y la virtud. Demasiado sabemos que fuera de sus filas hay muchos hombres de principios, de abnegación probada, de sacrificios generosos. Y Byzantinus no ha sido de los últimos en arrojar flores sobre sus tumbas cuando un brutal destino tronchó un porvenir de gloria en Diego Lamas y un pasado de honor en Juan J. de Herrera.

Tampoco ha negado la expresión de su simpatía al desinteresado y valiente *paisano alzado*, Aparicio Saravia, cuya modestia le ha hecho huir de las ruidosas ovaciones que provoca la popularidad legítima, lamentando que un movimiento generoso y abnegado,—como sin duda lo fué la última revolución, no se hubiera hecho con más amplia bandera y con dirección más popular, entrando en él, y sin divisa, ciudadanos de todos los partidos.

Cuando la causa es comun, de todos,—como son las causas de libertad institucional,—corresponde á todos la dirección conjunta, la acción comun. La libertad de la prensa, la moralidad administrativa, la verdad del sufragio, nó son blancas ni rojas y no deben ponerse divisa tradicional, porque á su aparición en la escena, todos los que han llevado la divisa opuesta corren á sostener el poder atacado, aún cuando en el fondo de su alma deseen su caída.

A cuantos colorados, enemigos decididos del colectivismo, no vimos durante la última revolución, lamentándose del conflicto en que los ponía su temor á una reacción blanca triunfante, y su temor á la victoria del colectivismo. Y todos, ó casi todos preferían lo último á lo primero, en la esperanza de una reacción utópica dentro de su propio partido. La pasión partidaria resolvía el conflicto en favor, no del derecho en pugna, sino de la divisa preferida!

El «programa» revolucionario escrito no les parecía garantía suficiente, desde que su ejecución, desde el principio, se fiaba solo á los blancos. Y es sabido que entre estos, como entre los colorados, hay la tendencia intransigente y la tendencia conciliadora; los que dicen y quieren, —como decía el doctor Narvaja, al volver á Montevideo en 1865, abrazando á un amigo, «restitución *in integrum*», y los que se conforman con la co-participación en el poder.

Y esa tendencia subsiste hoy mismo dentro y fuera del país, y especialmente fuera de él, comprobándolo personalidades importantes que no están conformes con la actual política nacionalista.

Esos emigrados políticos blancos en la vecina orilla, refractarios á toda reforma en sus ideas, á pesar de los ejemplos sugestivos de la *refinería argentina*, son una prueba más de que los emigrados, en todas partes y en todos tiempos, son como aquellos legitimistas franceses, emigrados durante la gran revolución, de quienes se dijo á su regreso á Francia: «Nada han olvidado y nada han aprendido!» Es un hermoso cumplimiento.

No pudiendo atacar la doctrina del principismo sin divisas, que es inatacable, se le acusa de poco éxito y de que algunos de sus apóstoles desalentados por ello han abandonado sus altares

Es como atacar la moral y la religión, porque en este fin de siglo se siente un decrecimiento de virtud, de fé, y una tendencia egoísta, á que la fuerza de los imperios, ó la fuerza de las preocupaciones reinantes, sea la que prime sobre el derecho internacional entre las naciones, ó el derecho cívico entre los ciudadanos.—Entre el derecho de la fuerza y la fuerza del derecho nosotros preferimos lo último, esperando ó soñando con el triunfo definitivo de éste.

Como Henry Creard, que cree que un poco de ideal es bueno, nosotros nos decimos:

Ne restès pas toujours penchés sur votre livre
Malheur á celui-la qui, sans rêve veut vivre

Es lo mismo que, en términos vigorosos y originales, pensaba A. de Vigny cuando decía: «el día que no habrá entre los hombres ni entusiasmo ni amor, ni adoración, ni abnegación, hagamos un pozo que llegue al centro de la tierra, pongamos allí quinientos millones de barriles de pólvora y que estalle en pedazos como una bomba en medio del firmamento.»

Atribuir á la doctrina los desfallecimientos del apóstol, el excepcionismo que lo contagia, es confundir la fragilidad humana con la virtud divina, el sacerdote pecador y falible con el Dios infalible é inecable.

El constitucionalismo, como todas las causas grandes y difíciles, que tiene que luchar contra la corriente de preocupaciones arraigadas, contra petrificaciones verdaderamente increíbles,—superiores en su resistencia á los cálculos más pesimistas,—ha visto quedar rezagados en el camino á algunos de sus antes entusiastas apóstoles.

Pero esas bajas, por muy sensibles que hayan sido, no detienen, ni detendrán la columna que marcha en el camino del porvenir y que ha recibido ya nueva sangre en esa pléyade de jóvenes y ya eminentes médicos como Navarro, Pouey, Ricaldoni, etc., y en talentos tan sólidos y brillantes como los de Juan Andrés Ramirez, Pedro Diaz, Vaz Ferreira, Payssé, Irureta Goyena, etc.

Ciertamente que se tiene acción más eficiente dentro de un partido que fuera de él; y que todo hombre de principios y de virtud que actúe en los partidos tradicionales es una fuerza en favor del progreso; pero la fuerza de pasión, de prevenciones y preocupaciones políticas,—de ódios, aunque no lo quiera el doctor Vidal y Fuentes que juzga todos los corazones por el suyo,—creados por más de medio siglo de luchas terribles y sangrientas, trayendo hasta intervenciones extranjeras para resolver problemas internos, han creado partidos, no de lucha comicial, sino de guerra civil, activa ó latente. Y como decía Carlos M. Ramirez, «la guerra civil por la guerra civil no tiene término».

Sobre las pequeñas ventajas que, en un momento dado, puede producir la intervención en los partidos tradicionales de tales ó cuales personalidades, está la necesidad nacional de que se formen partidos de principios y no partidos de divisas, y que obedeciendo por la ley atávica su origen personalísimo, están siempre dispuestos, uno, el rojo, á reconocer la jefatura más ó menos omnímoda del que manda, ya se llame Rivera, Flores, Santos, Tajés, Herrera, etc., y el otro, el blanco ó nacionalista, la de caudillos como Oribe, Timoteo Aparicio ó Aparicio Saravia.

Es tiempo ya, por Dios! que nos gobiernen las ideas, los principios, y no las divisas. ¿Qué nos han dado estas en su lucha semisecular?

Si el árbol se juzga por sus frutos, según la palabra evangélica, esas divisas están condenadas.

No han conseguido radicar ni el principio de libertad, ni el de autoridad legal, oscilando entre la licencia anárquica y la autoridad despótica.

El virus del motín está aun inoculado en el Ejército. Hemos tenido el triunfante de 1875, conatos de conspiración bajo Latorre que dejaron huellas de sangre en un cuartel. Conjuración *veneciana* bajo Herrera que recoje en sus redes, no la cabeza sombría del ex-tirano, sino los cadáveres

de algunas víctimas inocentes como el doctor Pantaleón Perez, A. Fernandez, Cordones y otros!

Conatos de motín que se evitan autorizando á 2.º Jefe de un cuerpo de línea para hacer la vénia... á balazos al 1.º Jefe, si intenta entrar á su cuartel!

Motín casi triunfante del 4 de Julio, detenido en su avance, que hubiera sido irresistible, por la Providencia divina que paraliza la fuerza..., y vencido después por la serenidad admirable de Rufino Dominquez que organiza la resistencial!

Y todavía hay gente que sueña con madrugadas trágicas y á la que no hay salva que salve de un sustol!

Eso en lo político y militar. En lo financiero podemos presentar este brillante balance: No tenemos Puerto de Montevideo, ni Palacio de Gobierno, ni de Justicia, ni del Parlamento Nacional, ni edificios escolares apropiados, ni puentes en nuestros rios, ni caminos carreteros, ni ferrocarriles inter-departamentales, ni colonias agrícolas, ni fortalezas, ni buques,—ni un solo buque digno de su nombre,—ni instituciones de créditos prestigiosas, pues el Banco de la República no dá para el servicio de la deuda que representa, y el Hipotecario está atacado de parálisis anti-emisora de Cédulas. —No tenemos ni siquiera un monte de Piedad que liberte de la usura que devora á los pequeños, ya que no exista un gran Banco que ayude á los grandes!

No tenemos nada... ? No. Tenemos una deuda que asciende alrededor de ciento cincuenta millones de pesos;—una Plana Mayor militar como para un ejército de cien mil hombres;—jubilados cuya salud causa júbilo contemplar; una sagrada legión de viudas tan numerosa como incasable desde que son pensionistas; menores para los que no corre el tiempo, como en la prescripción, y que parece no llegan nunca á la mayor edad. Una gracia especial.... para las gracias especiales y aun las generales.—El país más generoso del mundo.... con la plata agena, y también, seamos justos, con la propia: la Jauja de los petardistas políticos, civiles, militares y financieros!

La tradición obliga, la ley de herencia se impone, y como dice el joven é inteligente señor Cosio, de cuyos artículos diremos dos palabras mañana,—*lo científico*, aunque parezca broma, es ser blanco ó colorado y no principista sin divisa.

BYZANTINUS.

Montevideo, Diciembre 31 de 1898.

Política científica

I

El señor P. Cosio, que ha hecho á las ideas del doctor Melián Lafinur y á las de «Byzantinus» el honor de un análisis *soi-disant* sociológico, es un tradicionalista *sui generis*, no por pasión, por entusiasmo partidista, como el doctor Vidal y Fuentes, sino por convicción sociológica, es un colorado científico.

El nos dice con admirable sencillez que:

« Dado el *convencionalismo* que forma la base de las agrupaciones políticas en que se divide nuestro pueblo, puede asegurarse,—y convencido estoy de ello, que todos los hombres de verdadera sensatez y de verdadero patriotismo, son correligionarios políticos en lo más esencial de sus ideas y en lo *fundamental* de sus aspiraciones patrióticas, siquieran militen en contrarias filas. »

« Hoy la pasión partidista fundada en el cintillo es un ridículo anacronismo. Ayer fué el cintillo símbolo de pasiones antagónicas, suscitadas por fenómenos sociales que obedecieron á la ignorancia del pueblo en general y á esa ley que Gumplowicz llama *la lucha de razas por la dominación*. »

Nuestro joven adversario encuentra también que «la causa de la perennidad anacrónica de las divisas, está en que tenemos poco culto á la verdad», poco desarrollado el sentido moral que guía la conducta de los hombres para los actos públicos y privados».

El no cree en divisas, él no tiene fe partidaria; él reconoce que son ridículamente anacrónicas; que su permanencia es fruto de la falta de verdad, de la falta de moralidad;—él reconoce que «se suscita en las masas inconscientes el culto de la tradición para que el temor del *enemigo histórico* se manifieste en los *del color* del gobierno!

Pero así mismo, oh poder de la ciencia sociológica, él cree que lo *convencional* no puede desaparecer por otra convención opuesta; que lo *anacrónico* debe ser actual; que lo *accidental* debe ser *perenne*, y que la falta de verdad, de moralidad, pueden ser la base estable, *perenne*, de la política uruguay!

Impresionado por la resistencia obstinada de los partidos tradicionales á disolverse, formando verdaderos partidos de principios y no de divisas históricas, nos habla de «preocupaciones partidistas de *indestructible inmanencia*», olvidando que al lado de la ley sociológica de herencia, existe la de *selección y adaptación* á nuevas ideas y sentimientos ó sea la ley del progreso aplicado á la política: olvidando que, ninguna preocupación, lo que quiere decir ningún error, puede ser eterno, á no ser que también se crea en la eternidad del error.

Una cosa son las cualidades esenciales de una raza, valor, tenacidad, pasión, irreflexión, ó las cualidades contrarias,—que pueden persistir al través de los tiempos, y otra cosa es pretender que sus ideas y sentimientos han de tener una dureza superior á la del diamante, que se pule y recibe diversas facetas á fuerza de roce, de frotación. Nada hay que no evolucione, que no cambie, el pedernal del cual se sacan chispas, lo mismo que el carácter del cual brotan nuevos sentimientos.

La rutina, la inmovilidad, son el atraso, la muerte, en esta lucha por la vida, en esta concurrencia de fuerzas morales en las que vence la más inteligente de todas. La China es tradicionalista y el Japon es evolucionista. Y hoy se trata ya de la partición de aquel gran Imperio semi-muerto: será la testamentaria internacional más valiosa, después de la de los Imperios del Oriente, abiertas por la espada de Al jandro, y la de Roma por la de los bárbaros del Norte.

Pero los chinos morirán en su ley, con su divisa que dice «rutina», mientras el Japon, pequeño respectivamente, desmiente con su evolución rápida, ascendente, con su adaptación á las formas y procedimientos civilizados, el último argumento del tradicionalismo, el de que se necesitan generaciones y generaciones para cambiar la tradición de la rutina por la fuerza ascensional del progreso.

El joven escritor confunde el hecho de la existencia de las divisas políticas, su persistencia en la escena pública, con el derecho á existir y á durar perennemente en representación de ideas, sentimientos ó tendencias eternas en el espíritu y en el corazón de los ciudadanos.

Y la mejor prueba de que no representan ideas, sentimientos, tendencias, ó sea principios *distintos y opuestos* entre blancos y colorados, que expliquen y justifiquen más de medio siglo de guerras bárbaras y sangrientas, es que todos convienen en que son guiados por *los mismos principios*! Por qué entonces los fieles de una misma religión pelean tan encarnizadamente? Por odio, por ambición ó por ambas cosas juntas? Responda la conciencia nacional!

..

La explicación de Valera, de que el hispano-americano no asciende como el yankee, porque éste exterminó los aborígenes y aquel *lleva el indio á cuestras*, tiene su parte de verdad, en el sentido de que la ignorancia general ó de la masa impide una marcha más rápida. Pero Valera olvida que además del indio, llevamos á cuestras la herencia de la vieja colonia española; ignorando el ilustre académico que también llevamos encima, además del indio, el blanco y el rojo, con Oribe que era de claro-linaje, y con Ri-

vera, que no era «pardejón», como torpemente lo clasificaba la pasión partidista.

Y esa explicación nos recuerda, por lo imparcial, la que Byzantinus diera cuando era nacionalista, á un yankee que le preguntó porque en este país unos se llamaban blancos y otros colorados:—Señor, le dijimos, la cosa es muy sencilla: los blancos son los descendientes de los españoles, de los conquistadores; y los otros, los colorados, lo son de los pieles rojas de este país».

Y el yankee que conocia á los caudillos colorados (...aquí los nombres) y que no conocia á los caudillos blancos (.. aquí los nombres) se sonrió y pareció convencido.

..

Si es cierto que materialmente somos lo que comemos, como dice Malesscot, é intelectualmente lo que pensamos, es el pan sano del espíritu, las ideas de progreso, de moralidad, de patriotismo, de altruismo político, las que todo escritor debe prodigar siempre á la multitud, para que su pensamiento se infiltre en las masas, para que llegue á ser así el pensamiento nacional.

El análisis razonado, minucioso, profundo, de todas las causas del atraso intelectual y moral de un país, es sin duda bien interesante y la sociología da reglas para ese análisis.

Pero la explicación del hecho, la exhibición de sus causas, prolija, analíticamente expuestas, no es, no será jamás su justificación, ni mucho menos la demostración de que no se deba salir nunca de él, ó que se ha de salir en carreta de bueyes desdeñando los progresos rápidos.

Muchos siglos antes de que apareciera en formas definidas lo que hoy se llama sociología, ó ciencia de los fenómenos sociales, el estudio y análisis de los males humanos, los medios de combatirlos, disminuirlos, curarlos, ha preocupado á los hombres de pensamiento, á los filósofos, á los moralistas.

Pero su explicación no es su justificación, sino para la escuela fatalista, que no vé en el universo sino fuerza y materia sometida á leyes inflexibles.

Que duda puede haber que el inferior desarrollo social, la falta del sentimiento del deber privado y público, la corrupción general ó individual, influyen en tener mal ó buen Gobierno? Pero, y el remedio? Es acaso declarar incurable el mal, acariciarlo, dorarlo, ponerle divisa, cuando es trazo lo que oculta y debe ocultar la llaga?

Hablando un día con el doctor don Francisco A. Vidal,—el excepticismo hecho hombre político, - nos interrogó así:

«Dígame, amigo mío, cree usted, como nuestro amigo el doctor Ramirez, que este país se salva con los principios?—Cree usted, á su vez, le contestamos vivamente, que una sociedad civilizada puede ser gobernada sin obedecer á ciertos principios generales?

—Yo también soy hombre de principios, nos replicó con alguna flojedad en la expresión, pero soy un hombre práctico, yo veo la realidad y no pretendo cambiar la naturaleza humana, yo conozco mi país, conozco á los hombres, conozco á los míos y sé que no se alientan con esa música celestial de principios que no dá para mandar al mercado. Y animándose gradualmente, yo no soy un iluso, un lírico, amigo mío, yo no soy un loco!

Sentimos el golpe,—y con alguna ironía repusimos:—Si, sabemos que usted es un hombre de *principios prácticos*, como aquel de que este país es un gran Manicomio;—de que aquí todos somos locos, armados los unos y los otros locos desarmados.—Y usted, continuamos sonriéndonos, como filósofo práctico, se ha puesto del lado de los locos armados y en contra de los desarmados!

Sintiendo á su vez la herida que recibía, nos replicó con alguna vivacidad. Al lado de los locos armados, y armado como ellos para apalear á los otros desgraciados, eso no; *detrás de ellos*, acentuando la frase, y para que no me apaleen, á mí, eso sí, porque yo soy un hombre de juicio.—Yo he sido algo en mi país, como usted sabe, y jamás he preso, ni desterrado, ni mandado matar á nadie, ni menos enriquecíame con los dine-

ros del Estado.—Yo no he sido ni malo ni pícaro, pero yo no soy zonzo, ni he tenido nunca afición para mártir político.

Pero doctor, le dijimos, inte rompiendo aquella especie de justificación política involuntaria, si este país es un país de locos, en lo que puede haber mucho de cierto, porque usted, que es un médico de tanto renombre, no nos ayuda en la *cura*, que por la escuela, la prensa, el folleto, el libro, el parlamento, hemos emprendido y proseguimos los hombres de principios? No es esa una tarea patriótica, humanitaria?

Porque, y esa fué su última palabra, porque ni la medicina, ni la política curan lo que no tiene cura, porque somos locos incurables!—¡Incurables! Esa es la última palabra del excepticismo político, y contra ella protestan la fé en la naturaleza humana, en la ley providencial del progreso y la esperanza de mejores tiempos que serán galardón de esfuerzos abnegados—y los nobles sentimientos de fraternidad, de caridad,—el altruismo, según la expresión de la filosofía, que saca las aspiraciones del hombre egoísta estrecho del yo, para expandirlas y elevarlas á la altura de las aspiraciones humanitarias.

Cree, acaso, el joven Cosío, que somos «crónicos incurables», y que filosóficamente, sociológicamente, lo que corresponde es cobijarse bajo la bandera de los locos armados, para pasarlo mejor, ya que es cada día más formidable la concurrencia entre los intelectuales?

Pero entónces, si lo único que hay que hacer es someterse á las fuerzas políticas reinantes, porque fuera de ellas no se tiene actuación eficiente, ni posición cómoda y lucrativa, lo científico es hacerse, no blanco ó colorado, indistintamente, como nos observaba ayer con fina ironía nuestro distinguido amigo el doctor S. del Castillo, sino hacerse colorado, y colorado cuestista, agregamos nosotros, sin perjuicio de cambiar el adjetivo, pero no lo *sustantivo*, á toda nueva evolución.

Pero el señor Cosío, seguros estamos de ello, rechaza la consecuencia rigurosa de la política científica!

Si no fuera excesivo, y así nos lo parece, casi sería el caso de exclamar imitando á la sublime girondina, Madama Roland: «Oh ciencia! y cuántos delitos se cometen en tu nombre!»

Montevideo, Enero 2 de 1899

Byzantinus.

Política moral

(Conclusión)

II

No se debe confundir tampoco la parte científica, la parte moral de la política, pues la política aunque no sea la moral no debe ser jamás inmaterial, con su parte técnica, artística.

Demasiado sabemos que, como dice un ilustre escritor, «se nace político; nadie enseña el tacto, la presencia de espíritu, el propósito, el golpe de vista, el *silencio creador* que deciden de las grandes acciones. Las situaciones solas inspiran los héroes; cada revolución hace sus jefes (como la última) á Lamas, Saraiva etc., etc.

Es necesario adaptar las formas á la sustancia, las instituciones al estado social, el traje al cuerpo. Pero á título de que nuestros padres usaron chiripá, y la mayoría aun no usa pantalones, no podemos hacer política de bombacha, ya que no nos imponga figurín militar, algunos figurón de cuartel.

Es necesario que la política sea moral y progresiva á la vez. Que el hombre de Estado tenga la noción clara del estado social, de la masa sobre la que hay que modelar los sucesos, y la visión clara de los progresos á realizar. Es necesario la política á lo Thiers, que era orleanista

y fué el fundador de la tercer república francesa; á lo Gambetta, que plantea al tradicionalismo reaccionario de Mac-Mahon, el celebre dilema de «someterse ó dimitir» y triunfa con la opinión de la Francia expresada en las urnas; á lo Gladstone, que patrocina todas las grandes causas humanitarias y obliga á la Inglaterra á reparar seculares injusticias contra la verde Erin, la infeliz Irlanda.

Es necesaria la política «á la yankee», cuyos partidos formulan y modifican su *plataforma* político-electoral, según las necesidades de su evolución progresiva, primando á veces lo económico sobre lo político, como la lucha entre los platistas y «la moneda sana», el oro; «á la Argentina», que ha archivado ha 30 años *las mismas divisas* que nos atan al pasado, y que marcha á motor eléctrico por la senda del progreso político y económico; «á la chilena», que encuentra su equilibrio en el equilibrio parlamentario, y está libre del sistema de la influencia directriz presidencial.

Pero no «á lo chino», á «lo turco» y á «lo oriental»,—que son excepciones humillantes en el mundo de la política universal!

Es necesario adelantar, ascender, colgar las divisas, porque si significan y recuerdan, como dice el doctor Vidal y Fuentes, el esfuerzo común de los sacrificios por la causa, si tienen un anverso de gloria, tienen un reverso de ignominia: la gloria es la propia, la ignominia es del adversario.

La divisa blanca afirma que Oribe es un héroe y Rivera un traidor; que la alianza con Rosas fué santa y el Cerrito una cumbre; que la Defensa de Paysandú ante los cañones brasileiros es gloria nacional, y que no lo es la defensa de Montevideo ante los cañones argentinos! Que...! La divisa colorada significa y afirma lo contrario!

Son los antagonismos históricos, los odios legendarios que perduran y se legan de generación en generación haciendo imposible toda concordia cívica!

Pero no prosigamos, para que se nos acuse de excitar pasiones, que existen y se ocultan por el momento, y que nosotros pugnamos ardientemente por que se depongan ante los altares de la patria obedeciendo los dictados de la fraternidad uruguaya.

Dejemos el pasado á la historia y digamos como un sublime poeta:

Pleuple, soyons clements, soyons fort, oublions
Jamais l'odeur des morts n'attire les lions.

..

Entiende el señor Cosío que el mejor orientado de nuestros escritores es el doctor J. Herrera y Obes, quien señala la falta de *grandes caracteres morales*, producida por la enseñanza del positivismo filosófico, como causa de nuestros «apocalípticos infortunios!»

Nosotros somos en algo de la opinión del doctor Herrera y Obes: creemos que la causa está en efecto en el positivismo; pero no en el positivismo filosófico, sino en el *positivismo político práctico* en que suelen brillar espiritualistas de marca falsa.

El positivismo filosófico no es excluyente de la moral ni del altruismo generoso. Ejemplo, Augusto Comte, y sean cuales sean sus errores y fantasías.

La moral positiva y la moral espiritualista ó religiosa son siempre una revelación:—lenta, gradual, fruto de esfuerzos propios, sucesivos, incessantes en la sucesión de los tiempos, pero siempre progresivos, para una;—que el espíritu adivina completa por intuición, ó por revelación divina que baja del Sinaí ó del Calvario para la otra.

Y una y otro son una elevación, una ascensión de la tierra al cielo, como la de los gigantes de la leyenda griega.

Y qué será más humano y divino al mismo tiempo? Escalar el cielo pasc á paso, cayendo y levantándose entre sudores, angustias y peligros; sufrir en la lenta ascensión el frío del desaliento y el ardor infernal de la calumnia que hiere por la espalda; sentir la fuerza retardataria de los bajos instintos, que por serlos tiran para bajo y hacen perder á veces

el camino andado; y sin embargo insistir, persistir y llegar á la cumbre rotos y ensangrentados los piés, despedazado y palpitante el corazón y viendo brillar al fin en la frente pálida y sudorosa la luz del ideal,—ó escalarlo de un vuelo sideral, llevado en alas de un ángel, ó por la mano de un Dios? Dejemos su elección á las almas viriles y á las almas místicas, pero, de todas maneras, llevados por la mano de la religión ó de la ciencia, que también viene del cielo, ascendamos las alturas!

..

No es solo la religión, la moral, la alta poesía lírica, las que promulgan y sancionan la integridad de la verdad en todo movimiento progresivo del espíritu. La ciencia está también conforme con ese imperativo de la conciencia, porque la ciencia es verdad y no mentira, y nada funda sino cuando tiene la verdad por base: la astrología ha cedido el paso á la astronomía, la alquimia á la química, el ergotismo al razonamiento, los sofistas á Sócrates, los taumaturgos á los sábios, Apolonio de Tiana á Pasteur.

La verdad es solo hija de la verdad, como la luz de la luz; el semejante engendra al semejante. Y la política sin verdad, sin moral, solo puede engendrar el engaño y el desengaño. La libertad, no lo olvidemos, es hija del valor cívico y de la virtud cívica!

La poesía lírico-cívica de Hugo, el poeta-ciudadano, es elevada porque su espíritu está en continua ascensión. El pide al pensador todo su pensamiento exclamando:

Honte au penseur qui se mutile
Et s'en va, chanteur inutile,
Par la porte de la cité

Y como Hugo, que es el alto lirismo poético, piensa Zola que es el naturalismo científico aplicado á la literatura.

Su abate Pierre Froment, de «*Lourdes*», «*Roma*», «*Paris*», cuando pierde la fé en los divinos misterios, no mantiene su sotana, como quien dice «su divisa», sino que se despoja de ella despues de una lucha terrible, emocionante, como lo son esos combates encarnizados que se libran en el fondo de una conciencia, y á las que no escapó el mismo divino Jesús cuando sintió un sudor de sangre en el huerto de Getsemani al ver próximo á sus labios el caliz amargo de la Pasión!

El sofisma del bien que podia hacer siguiendo su misión de caridad, de piedad para los miserables; el mal de su apostasia,—que lo es para los demás y para él conversión—no detienen á Froment: él prefiere ser Lammalais á Tartufo que dice:

Il est avec le ciel des accommodements.

Y en Zola el ciudadano obra como el romancista.—Su actitud en el proceso Dreyfus es elocuentísima.—Para hacer brillar la verdad, toda la verdad, y salvar un inocente, no ha temido formular á la justicia militar de su país, al Estado Mayor del Ejército Francés, á la Francia militar que sueña con la integridad rota de la patria,—el ideal de todo buen francés,—la más formidable de las acusaciones: la de una injusticia *consciente, voluntaria*.

Aun considerando excesiva esa actitud, ese gesto imponente, el célebre «*J'accuse*»,—pues bien puede existir error, solo error de la justicia, desde que no hay justicia infalible,—ella es admirable y demuestra que la verdad es la ley de los espíritus superiores, ya sondeen los cielos como Hugol ya sondeen los bajos fondos sociales como Zola. Todos tienen un ideal y el ideal está arriba: el cielo está muy alto para obligarnos á alzar la cabeza,

..

Y descendiendo ahora de esas alturas, digamos para terminar nuestra pequeña campaña periodística,—pues sentimos gran necesidad de descanso, y vamos á trazar con nuestro cuerpo la horizontal del reposo,—que los tradicionalistas tienen en su farmacopea política toda clase de drogas y

chismes para los males de la patria: el bálsamo tranquilo del legitimismo oribista; el alfanje sultanesco latorrista; la llave de oro de Santos; los polvos inflacionistas de la época de Tajés; el sofisma dorado de la de Julio Herrera; la tenacidad férrea de Borda, que no transige y termina en catástrofe; la militarización olanca y roja en tiempo de paz que prepara la guerra;—y como remedio extraordinario para los graúdes actos de cirugía operatoria, los cañones extranjeros y la bandera extranjera cuando los cañones nacionales son impotentes para abatir el heroísmo que lucha y muere en los muros de Montevideo ó Paysandú!

Y sin embargo, el país está enfermo, cada día más enfermo. *Ægrota est Respublica!* como decía Cicerón!

Los principistas sin divisa, pobres diablos políticos, no tienen nada de eso: ellos predicán la higiene de la moral; la gimnasia de la independencia intelectual que aumenta la fuerza visual del cerebro; el aire oxigenado de las alturas que facilita las combustiones de patriotismo aumentando el calor generoso de la sangre y predisponen á la fraternidad, al altruismo.

En vez de esa eterna excursión regresiva tras las sombras sangrientas del pasado, que entenebrece é irrita los espíritus, y que por táctica se oculta al adversario, los mirages esplendorosos del porvenir, la estrella polar que guía la nave en ruta, la visión de Tobías conducido por el ángel del patriotismo, que no es, que no puede ser otro que la Constitución de la República!

El excepticismo político puede burlarse de estos idealismos y mirar con ironía compasiva:

Ces tribuns opposant lors qu'on les reunit
Une charte de platre aux abus de granit!

Pero la fè en las grandes causas puede tener la misma altiva confianza que el genio, y poner á su obra la dedicatoria que Eschilo puso á las suyas:
«Al tiempo!»

Byzantinus.

Montevideo, Knero 3 de 1899.

Postdata amable

PÍLDORA POLÍTICA

(GALANTEMENTE DORADA)

I

(En honneur des dames principistas).

—Doctor Byzantinus, un adversario político suyo me ha dicho más de una vez que le tiene cierta consideración, porque si bien lo juzga un principista *enragé*, cree que en su franqueza, en su sinceridad... cuando habla entre hombres.—Voy á apelar á ellas, para hacerle una preguntita tal vez indiscreta.—Pero ahí va —Deseo vivamente saber si usted tiene ahora del partido colorado la misma mala opinión que sin duda tenía cuando era blanco.—Espero una declaración franca, categórica, que me permita formar juicio sobre cualquier otra declaración que usted pudiera hacerme. Está usted dispuesto á ello?

—Y puedo saber el objetivo de esa interrogación?

—Algo le diré: lo demás lo dejo á su perspicacia.—Tengo una amiga muy querida, viuda, rica, aunque su hacienda está bastante embrollada, bella, encantadora, y que por cierto no es inconsolable... ni muy acertada en sus elecciones matrimoniales. Como la Marcela de la comedia española, tiene tres pretendientes, que no la dejan ni á sol ni á sombra.

—Puede usted, aunque no me los nombre, darme alguna seña particular de ellos?

—Sí. El primero ha adoptado en los torneos intelectuales, sociales y políticos, el color rojo, grato siempre á las muchedumbres como símbolo de libertad. El segundo el color blanco, el color de la virtud, de la alta probidad, que no se mancha al contacto del vil metal.—Y el tercero ha adoptado el rojo de la libertad y el blanco de la virtud agregándole el azul tomado del patrio pabellón como símbolo de concordia entre todos los hijos de Artigas y de los Treinta y Tres.

Quiere usted ahora, después de esas señas mortales, hacerme la declaración que le he pedido?

—Hacerle á usted una declaración sincera entusiasta? *Mais, ça serait malheureusement, trop tard.* Sin embargo....

—Deténgase, doctor: no articule, como hacen ustedes los abogados cuando no les conviene contestar derechamente á una demanda.

No se trata de galantería, sino de política,—aunque no esté prohibido hacer política bajo formas galantes;—además, á mi no me seduce la mera galantería porque he oído decir, no sé si á usted mismo, que la galantería es el papel moneda inconvertible del amor. Y yo no aceptaré en un negocio en que entre el corazón, ningún *papel* que no sea *convertible* á su presentación y á la vista en la Curia Eclesiástica y en la Oficina del Registro Civil: necesitaría la doble firma de monseñor Yéregui y de Cincinato Bollo, ó sea la bendición de Dios y el nudo indisoluble de la ley.

—Y si se equivocara en esa elección suprema é irreparable ¿Si el terno palomo soñado se le convirtiera en pájaro de garras, bravio y volatario? Si el dulce lazo, marchita las fragantes flores que lo adornan, se trocase en indisoluble nudo gordiano, apelaría usted, á falta de la espada de la ley que lo cortara, al cuerno del Minotauro que lo rompiera? Imposible, inoralmente imposible para usted!

No cree usted que el amor es esencialmente libre, y que no exista elevado y puro sino es espontáneo, sincero en todas sus manifestaciones? ¿No teme que la dulce espontaneidad convertida en el deber severo se venga cortando las alas al amor? No le parece que vaciar el amor en un molde estrecho, inquebrantable, es algo así como imitar á los chinos, á quienes se atribuye la fabricación de monstruos humanos en moldes de porcelana? Pero leo en sus dulces ojos que se tornan severos, en su amable sonrisa que se contrae y trueca en mohín, en su frente radiante, ahora pensativa, que va á pronunciar alguna de esas palabras vencedoras en estos aparentes ó reales conflictos de los sentimientos humanos, y desde ya me siento dispuesto á la sumisión, como si usted fuera mal gobierno ó hecho consumado, y yo político habilidoso, de esos que siempre arriman su sardina al fuego que arde en las alturas, conciliando eternamente los grandes intereses nacionales con sus pequeños intereses particulares.

—Doctor, doctor,—en vez de contestar directamente mi interrogación, usted, como lo temía, ha interrogado á su vez, buscando no solo el placer de una amable controversia, sino también el darse tiempo,—perdóneme la malicia de la suposición,—para reflexionar y darme respecto del partido colorado una opinión que, como las respuestas de los antiguos oráculos, sea bífrente, ó de doble sentido, favorable el uno y contrario el otro.—Podría llamarlo á la cuestión, pero voy á contestarle brevemente, porque á nosotras las mujeres no nos gusta sacarles el cuerpo, del todo al menos, á ciertas cuestiones que tientan nuestro espíritu con el irresistible atractivo de la curiosidad.

—Ley de herencia, fenómeno de atavismo, señorita, que recuerda la tentación paradisiaca, sin la tercera ya inútil por infantil de la serpiente, aunque el diablo.—llámelo usted vanidad.—suela meter la cola, completando rápidamente la obra de seducción empezada por la juventud, con el deslumbramiento de las joyas que hacen exclamar á Margarita, extasiada, ante su espejo: *comme une damigella, mi troverebbe bella.*

—No me interrumpa, doctor. Mi profesión de fé, autoritaria en la materia, no se siente de ninguna manera conmovida por sus paradojas excéntricas;—conozco, siento, que no son ni pueden ser sino paradojas,—

en favor de la libertad... del amor. Sin otra experiencia y enseñanza que la de la moral religiosa aprendida en el templo y en el hogar,—en el templo escuela del espíritu y en el hogar escuela del corazón,—la de muchos y muy buenos libros, y como espectadora á veces en nuestros teatros, no me seduce la gloria de Helena cantada por Homero, ni su fortuna en haber tenido por esposo un Menelao.

—Sí, un Menelao en cuya cabeza no hacían peso los *recuerdos* de París.

—Preferiría al cetro de la belleza soberana de Helena, fatal para Troya y para ella misma, la humilde rueca de Fenélope que no concluye jamás de tejer,—como dijo no recuerdo quién —la inacabable tela de la fidelidad conyugal.—No me seduce tampoco el rol de la reina Margarita, de sangrientos reflejos como la flor de su nombre, y que encubre sus amores con el misterio de la muerte. Ni el de la Margarita del *Fausto*, de Goethe, flor sencilla «di mora casta e pura», á quién la seducción lleva á la locura, al crimen inconsciente, y que se marchita y muere en las sombras de la cárcel, salvándose por el rescate de su propio martirio, y salvando al seductor por la divina plegaria de la víctima en favor del verdugo que Dios mismo no puede desoir. Ni aún el de Margarita Gauthier, flor bellísima, nacida entre el cieno del vicio, símbolo de la cortesana transfigurada por el amor verdadero pero que debe morir joven y bella en los dinteles del cielo de la felicidad, como inevitable, fatal sanción de sus faltas, y sin la que el mundo no trocaría su desprecio en lágrimas de compasión.

Preferiría á ese poético ramo de margaritas urbanas, que marchita el fuego del amor culpable, las margaritas silvestres, inmarcesibles, que regadas con las lágrimas de los corazones puros, inocentes, brotan en la tumba ideal de la ideal Virginia; y aún las margaritas silvestres y puras también, que orlan las sienas de la dulce Ofelia, al hundirse para siempre en las aguas profundas y amargas del desengaño. Tierna imagen que apenas se perfiló en el cerebro de Hamlet, sin llegar jamás á dibujarse en la plenitud de la belleza, porque la llenaba la sombra indecisa de la venganza que vacila y oculta su designio como mortal secreto. Corazón sereno que nunca pudo latir al unísono con el agitado, tempestuoso corazón de su dueño y señor!

Prefiero á las flores embriagadoras de la sensualidad delirante, á sus alegrías enloquecedoras que terminan en urentes rubores y amargas lágrimas; á la celebridad, á la gloria teatral de las María Stuardo y de todas las Marías Magdalenas que han deslustrado y conmovido al mundo con su hermosura, sus pasiones y sus lágrimas, la tranquilidad modesta y feliz de un hogar iluminado por la antorcha inextinguible del amor verdadero.—Prefiero aún, á las locas alegrías de la pasión culpable, las tristezas del corazón que se consume cual la lámpara solitaria del santuario, adorando el ideal de la vida, el deber severo!

—El deber! Santa palabra, irresistible vencedora de todos los sofismas que inventa la pasión ó el interés para desconocer la verdad, y detrás de la que está oculta la felicidad posible en esta vida, pues como dijo un pensador, sacrificándolo todo al deber se está seguro de obtener la humana dicha. Palabra severa siempre, pero que saliendo de labios como los suyos, se impregna de dulzura y puede uno llegar á amar con la pasión divina del bien, de la virtud, engarzada en un otro más tierno sentimiento!

Pero usted no ha tenido necesidad, como lo sabía Minerva, de cubrirse con esa impenetrable égida. Basta mirar dentro de sus ojos para comprender que usted podría, como una de las mujeres-ángeles de un gran poeta, decirle á su novio si quisiera sondar los divinos misterios de su espíritu:

«De mi alma el casto velo de otra pasión sin rastros
Levanta. Si vieras cual está llena de astros!»

Que si le exigiera un juramento, tomando al cielo por testigo, podría exclamar con verdad:

«Qué importa de ese cielo la tachonada veste?
El cielo que hay en mi alma te juro, es más celeste».

Tratándose de mujeres como usted, la galantería no es jamás sino la forma inicial de la adoración más respetuosa y pura. Quién, si fueran escala para elevarse á ese cielo los solemnes juramentos que la religión santifica, los lazos que ésta y la ley hacen indisolubles, quién no juraría según los ritos de todas las religiones de la tierra, pues todas toman á Dios por supremo, infalible testigo? Siendo el amor «la fé, la religión de la felicidad terrestre», quién rehusaría consagrar esa felicidad fugaz y transitoria con la divina promesa de una inmortal, eterna felicidad?

—Acepto, doctor «Byzantinus», estas últimas frases como una *amende honorable*, como una gentil palinodia de la horrorosa comparación del matrimonio con los pretendidos monstruos fabricados por los chinos en moldes de porcelana. Y perdido por usted el incidente dilatorio, sin especial condenación en costas, pues creo brillar verdadera contrición en su sentido *mea culpa*, conteste usted derechamente si tiene ó no del partido colorado la misma mala opinión que tenía cuando era blanco.

II

(Y de los principistas de todos los colores).

—Está usted segura de que yo fui blanco alguna vez, y de que tuve entonces mala opinión del partido colorado?

—Cómo! Promueve usted otro incidente dilatorio como en los viejos pleitos del foro, que sesucedían en serie interminable? Puede ser materia de dudas, si usted, colaborador de Agustín de Vedia en «La Democracia» y vocal del Directorio Nacionalista en esa misma época, admirador entusiasta de Leandro Gómez hoy mismo, puede ser motivo de dudas, repito, si fué ó no blanco? No lo creo capaz de quemar el altar en que ayer hizo adoración, de adorar al Dios que ayer quemó. Y siento que me pongo encendida, colorada de rubor, á la sola idea de que pudiera usted, por sucesivos cultivos político-económicos, convertirse en colorado rábano —Explíquese clara, sinceramente, se lo ruego, sin sutilezas ni distinguos leguleyos,

—Tiene usted, cualidades que la hacen más interesante, aunque no más justa ni clarovidente siempre en el juicio de los hombres, la fácil indignación de la antigua opinión pública principista, que juzgaba los sucesos y los hombres públicos con excesiva severidad, y la fácil sospecha de la opinión actual, á la que sucesivas decepciones han hecho en exceso suspicaz, temeraria, cruel en sus juicios; Dios le conserve, y nos conserve á todos, esa noble cualidad del corazón de indignarse ante los éxitos del mal, que es para el hombre,—como el pudor para la mujer,—preservativo de la virtud cívica.

Por lo demás, voy á explicarme clara, sinceramente, aunque haciendo las distinciones necesarias,—pues distinguir no es siempre utilizar leguleyamente, si no ver bien la diferencia real de las cosas. Si yo he puesto en duda si fui ó no blanco, es precisamente porque para mí, como para muchos hombres de estirpe blanca, prohombres que fueron del histórico partido blanco, no son cosas absolutamente idénticas, blanco y nacionalista.—El nacionalismo, digámoslo así, es el principismo,—como la palabra en su acepción filosófico-política,—flotante en el pensamiento, en la aspiración de los hombres superiores del viejo partido que se condensa, se cristaliza y adopta como forma, como evangelio, el elevado y patriótico programa de 1872.

Ese programa de principios fué honrosísimo esfuerzo cívico, y en él se declaró, con tanta firmeza como patriotismo previsor, y con el objeto de agrupar bajo su bandera á todos los hombres de principios, que «el Partido Nacional no condenaba ni glorificaba el pasado, dejándolo al fallo de la historia».

Pero, ya bajo la denominación de Partido Nacional había éste luchado con las revoluciones coloradas de 1857 y 1863 á 1865; ya sangrientos holocaustos habían creado profundos é insalvables antagonismos entre las divisas tradicionales, y era tan imposible congregar, bajo ninguna de ellas, á todos los ciudadanos de idénticos principios políticos, de libertad y pro-

greso institucional, de moralidad administrativa, como tocar el cielo con las manos, según la sencilla y enérgica comparación de una vieja ley española.

Fuimos fieles al programa de 1872, aspirando siempre á que bajo más amplia bandera, desligada de toda tradición histórica de guerra civil, pudiéramos cobijarnos algún día en unión con todos los ciudadanos que tienen en su espíritu ese ideal político. Y en 1880, después de haber sufrido la República, bajo sangrienta tiranía, la terrible, cruel sanción de sus discordias, siguiendo á muchos de los prohombres del país, colorados y nacionalistas, creímos que era más suprema que nunca la necesidad de un verdadero partido de principios formado por hombres de buena fé y patriotismo de las viejas parcialidades políticas.

Y esa unión surgió espontánea, naturalmente, de las vinculaciones formadas de 1872 á 1875 en las luchas en el parlamento, en la prensa, en los comicios, pues actuaban unidos principistas rojos y nacionalistas. Nació de la sangre generosa derramada en la Plaza Matriz el 10 de Enero de 1875 por la juventud principista. De destierros y deportaciones en que se confundía á ciudadanos de todos los partidos, sospechados de exaltado patriotismo, y de aquel esfuerzo abnegado, verdaderamente popular de la Revolución Tricolor. Nació de comunes sufrimientos, angustias y sacrificios cívicos, de los anhelos comunes de reacción institucional y como suprema oblación del patriotismo que depositaba en el altar de la patria las viejas divisas tradicionales.

El partido de las instituciones libres, no es, no fué una creación puramente cerebral ó sentimental, sino el fruto maduro del patriotismo reflexivo, que quería y quiere impedir que se esterilicen en esfuerzos opuestos encontrados, altas intelectualidades, sentimientos generosos, esfuerzos abnegados y viriles que tienen el mismo ideal, el mismo credo político, el de las libertades consagradas por la Constitución Nacional, salvando así al país de una sucesión indefinida de gobiernos á lo Santos, que ponían en peligro hasta la propia nacionalidad.

Los constitucionalistas somos, pues, sencillamente, hombres de principios sin divisa; y al despojarnos de éstas, no hemos cometido ninguna apostasía, quemado el altar en que antes hacíamos adoración, ni fallado en contra de uno ú otro, ó de ambos partidos tradicionales, la histórica querella que nace al día siguiente de la declaración de la Independencia de las aspiraciones encontradas de sus gloriosos adalides Haciendo uso de una frase de cuño nacionalista y de la mejor ley, porque en su aleación combina el patriotismo previsor con la tolerancia generosa, podemos decir: los constitucionalistas no glorificamos ni condenamos el pasado, lo dejamos al fallo de la historia.

Quiere esto decir, que proclamamos la mutilación de la historia, el silencio contemporáneo, el olvido ingrato y egoísta de los presentes, como galardón cívico para los que vivieron en el pasado, noble vida ciudadana, para los que cayeron generosa, virilmente, en defensa de sus ideales políticos? Que renunciamos á la fuerza fecunda, creadora, del ejemplo abnegado, de la virtud cívica enaltecida, glorificada? De ninguna manera — Admitimos gustosos todas las sanciones ó veredictos de la opinión, que enaltece méritos cívicos reales, indisputados. Glorificamos en el bronce alzado á don Joaquín Suárez la probidad integérrima, el patriotismo abnegado, y creemos que la República está, por deudas semejantes, en moratorias cívicas respecto de personalidades eminentes de los partidos tradicionales.

Alzamos sobre todos los renombres, las glorias fulgentes, luminosas, de los que nos dieron la independencia de la patria, sin tener en cuenta las sombras de sus errores ó extravíos en la guerra civil; admiramos la campaña legendaria de Lavalleja, acudillando la Cruzada Libertadora de los Treinta y Tres, la conquista de Misiones por Rivera y el ímpetu genial de Oribe al arrancarse las charreteras en Ituzaingó. — Admiramos la ciencia jurídica del doctor Acevedo y la probidad austera, impecable, de don Bernardo P. Berro, al par de los múltiples talentos del doctor don Manuel Herrera y Obes, y de la pluma viril, brillante y elocuentísima de Juan C. Gómez, cuya estatua es más fácil encontrar en el salón de estudio de algún

principista sin divisa que en el de los partidarios rojos; admiramos á Melchor Pacheco y Obes, soldado, orador, escritor, poeta, y á quien V. E. Montes aplicó la hermosa frase de Pindemonte respecto de Miguel Angel, *uomo de quattro alme*—y que les fundió todas en una sola, la de la heroica Defensa de Montevideo, al par de la gloria inmortal de Leandro Gomez, el defensor de Paysandú, la moderna Numancia!

Y viniendo á la lucha feliz y recientemente terminada,—y citando un solo rasgo de ella,—podemos enaltecer con el mismo sentimiento de justicia el talento militar de Lamas y su valor estóico frente al impetu guerrero, el valor heroico de Ricardo Flores, en quien se cumple la ley de la herencia.

Lo que rechazamos como contrario á la ley de fraternidad nacional, á la concordia cívica,—sin la cual no llegaremos á consolidar la era de los gobiernos regulares, institucionales,—es la perpetua expresión de agravios mutuos en el pleito perpétuo de los partidos tradicionales por imponer una divisa histórica, más que principios opuestos de administración y gobierno; es la eterna controversia de nuestras pasadas luchas,—agregando á los antagonismos de los intereses, ambiciones y vicios del presente, el sedimento acre de luchas del pasado,—es la evocación perpétua, envueltas en sus sudarios, de las victimas de más de medio siglo de guerras civiles estériles y ruinosas. Nosotros pensamos que todos,—blancos, rojos y principistas sin divisa, haciendo un llamamiento generoso al olvido, á la piedad, debemos exclamar y repetir:

Peuples soyons clements, soyons forts, oublions
Jamais l'odeur des morts n'attire les lions

Ya vé usted, señorita, que adoro sin divisa en la frente, los mismos ideales que antes adoraba; y que al despojarme de aquélla, libre de la sombra de viejas preocupaciones, puedo hacer justicia con mayor libertad de espíritu á todos los talentos y virtudes que son el honor de la República. —Y tambien vé usted, que si ahora soy constitucionalista antes fui nacionalista; pero si usted quisiera tomarme como *blanco* de simpatías más ó menos políticas, no rehusaría el nombre.

—Conteste, doctor, mi pregunta, y no se me escape otra vez por la tangente de la galantería.

III

(La pildorita).

—Sí, voy á contestarle en seguida.—Es verdad, no puedo negarlo que yo tenía cuando era nacionalista ó blanco,—ya ve usted que por agradarle acepto su nomenclatura política,—mala opinión del partido colorado. Eso se explica perfectamente por preconceptos propios ó herederos, por la pasión partidista, ó porque justamente debía formar ese juicio. Pero mi opinión ha sufrido grandes cambios

—Qué dice usted, doctor!—Digo que ahora que estoy desvinculado totalmente de todo partidarismo histórico; que me siento con la posible ecuanimidad de espíritu,—ya que sería gran presunción hablar de imparcialidad de juez en pleito en que todos estamos interesados,—digo y repito, aunque usted abra mucho los ojos y me deslumbre con sus rayos,—que no tenga la misma mala opinión de antes del partido colorado.

Viendo enteneberarse la patria historia con las páginas negras del *año terrible* y de la dictadura subsiguiente,—que el museo histórico político del partido colorado se enriquecía—á pesar de la resistencia obstinada, viril de una minoría patriota, abnegada—con la ganzúa de oro de nuestro Guzmán Blanco, y con el microbio de la *influenza*.... directriz de un político florentino,—microbio que espera aún el Sanarelli político que lo destruya con la antitoxina del sufragio libre,—etc., etc. etc.—ya no tuvimos mala opinión del partido colorado: la tuvimos malísima, pésima, como correspondía á una espera desesperada de tantos años!

—Bien, doctor, bien.

—Pero en el momento mismo en que la República se handía en el

abismo de la desesperación y la bancarrota, surgió un gobernante que no solo selló con una paz honrosa la concordia cívica y salvó al país de su ruina, sino que, con gloria del partido colorado y honor de todos, ha restablecido el imperio de la moral administrativa. Y nosotros, haciendo girar la estatua de don Joaquín Suárez, para que mire la casa de Gobierno,—lo hemos aplaudido estruendosamente con sus manos de bronce.

Toca ahora al partido colorado hacer que esa restauración no sea una aurora boreal, seguida de la larga, interminable noche polar del mal, sino la aurora auspiciosa de la nueva vida cívica y moral del país.

Al partido colorado corresponde en esta situación solemne y angustiosa, que tiene en suspenso la vida nacional, pronunciar su propio juicio, su sentencia definitiva, al resolver el supremo problema de Marzo: declararse partido de gobierno que salva la República ó funesta oligarquía que la pierde!

Gracias, doctor, gracias. Sus palabras finales me parecen un eco-fiel de la conciencia nacional!

—Bien; y ahora que he hecho á usted una declaración política franca, sincera, desinteresada, seré creído si hago á usted cualquiera otra declaración?

—Doctor Byzantinus, las mujeres somos como la opinión pública: no creemos casi siempre sino lo que nos agrada. Dore usted la píldora que quiere hacerme pasar, tan galantemente como ha dorado esta píldora política, esta amable humorada, y le juro que si no la trago del todo, usted se lo va á creer al menos.

—Acepto. Una perfecta ilusión es la mayor de las felicidades humanas posibles!

Byzantinus.

Del doctor Enrique Azarola

Este distinguido letrado, el popular y estimadísimo Secretario de la Universidad, doctor E. Azarola, ha honrado á Byzantinus con la vibrante y literaria carta que publicamos á continuación. Este se ha deleitado en su lectura, no por el perfume de las hermosas flores que su fina amistad le prodiga, sino por que su fé sincera y ardiente que armoniza con la de Byzantinus y se exterioriza en elocuentísimas imágenes, lo conforta en sus esperanzas de ciudadano. El acepta como feliz augurio sus citas bíblicas y agrega aquella que ha endulzado tantas amarguras con la miel de la esperanza:—«aquellos que habrán sembrado en las lágrimas cosecharán en la alegría.»

BYZANTINUS.

Montevideo, Enero 2 de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Mi respetable amigo y colega:

Tareas que son notorias y consiguientes al cargo público que desempeño, me han impedido, hasta este momento en que las he dado por terminadas, disponer del tiempo y de la tranquilidad de espíritu necesaria

para agradecer á usted la fina atención que me ha dispensado enviándome su folleto político, repleto de sana doctrina, desbordante de esperanzas en medio de nuestros grandes infortunios, lleno de patriotismo condensado en páginas nutridas de virtud cívica y de propaganda evangélica fraternal y salvadora.

Usted sabe bien,—porque me conoce lo suficiente para juzgarme,—que me han seducido siempre siquiera sea platónicamente, los hermosos ideales que tienen en usted tan digno representante, que no por serlos, dejarán mañana de tener aplicación práctica é inmediata á la solución de nuestros pavorosos problemas políticos y económicos que ningún hombre sensato puede contemplar impasible,—tan profundos y graves se presentan,—en todo lo que tiene relación con los desenvolvimientos institucionales; la política, como la expresión más alta de la ciencia social; las finanzas, como la manifestación más complexa del organismo sociológico de un pueblo en formación todavía, y hasta en lo que atañe á la conservación de la misma independencia nacional; sus fueros soberanos y permanentes, que no han temido discutir ultimamente la prensa de la otra banda, poniendo en tela de juicio nuestros derechos innegables y evidentes á la jurisdicción en condominio, pero señorial del gran estuario.

Sus conceptos luminosos y brillantes, son un llamado prefético á los hombres de buena voluntad; son ayes del alma lanzados á los cuatro cabos del horizonte de la patria con el elevado y nobilísimo propósito de congregar á sus hijos pródigos al rededor del fuego santo del hogar común; pero también de impagable filosofía, que enseñan el camino de la vida á los que, víctimas de una deplorable ofuscación, se han apartado de sus sendas para ir preparando paulatina, pero fatalmente, el aniquilamiento del país, sacrificando perpétuamente á las exigencias y á las tradiciones de dos divisas que nada dicen ni nada importan, porque los individuos no valen por el cintillo que ostentan en el sombrero sino que valen por sus antecedentes, por su opiniones morales, por su conducta irreprochable, por su lealtad, por su ilustración, por su justicia; lo que demuestra y prueba perentoriamente, que la divisa es poca cosa al lado del verdadero valimiento intrínseco; y son sus conceptos, por fin, la palabra ardorosa del apóstol que lucha sin preocuparle el triunfo ó la derrota que le aguardan, porque está seguro de la victoria definitiva, en un plazo más ó menos lejano, por la bondad indiscutible de la propaganda que lo anima y la altura moral del objetivo humanitario y progresista que persigue.

Está usted en lo cierto cuando afirma con la autoridad que dan á su palabra su austeridad y su talento, que los constitucionalistas encarnamos la aspiración de un postulado nacional. Ahí está la historia patria para comprobar el aserto desde 1852 hasta nuestros días. En medio de los desencantos, de los infortunios y de las apostasías, la conciencia pública ha ido formando su sedimento de experiencia, y si aún somos los ménos, numéricamente hablando, nuestra gran comunidad de principios constituye la clase conservadora, el capital, el orden en la autoridad institucional, el respeto reverencial á la Constitución, á la ley, sin trabas, sin moles, *sin divisas*; ella es la condensación de los anhelos patrióticos; es la paz fecunda, es la libertad para todos, como coronamiento del edificio. Si una asociación que presenta este programa de principios, no entraña una fuerza poderosa, preciso será confesar con dolor que nuestro pueblo dista aún mucho de gozar de los beneficios de una civilización adelantada.

Nosotros representamos un principio, una leyenda, un descalabro. El principio: la soberana de la Nación en el ejercicio práctico y tranquilo de sus bellas instituciones; la leyenda: los esfuerzos generosos de los próceres y de los patricios para reemplazar la tradición sangrienta y bárbara por el culto del Código Fundamental y el cumplimiento de la ley; el descalabro: la desastrosa retirada del Quebracho, en la que hombres de todos los partidos, vertieron su sangre, jugaron sus vidas y muchos la rindieron, confundidos en el amor por la libertad, por la salud preciosísima de la Patria.

Algunos ciudadanos nos han abandonado.

No importa. Un partido que atesora los ideales del nuestro no puede perecer, no existe fuerza humana que pueda destruirlo, porque escrito está.

Pocos persistirán, pero el que perseverase hasta el fin, ese habrá triunfado. Escrito está también: Allí donde estén los cuerpos muertos, allí aparecerán las águilas. Así mismo está escrito: Nadie pone en oculto la antorcha encendida ni debajo del almud; sino en el candelero, para que los que entran vean la luz. Lo que los edificadores despreciaron, se tornó en la base del ángulo.

No son nuevas en mí estas palpitaciones del corazón. En 1874 yo colaboraba en «La Idea», que redactaban Eduardo Flores y Anselmo Dupont. En uno de mis artículos decía: « Los nombres de conservadores, « colorados y blancos que los partidos del pasado escribían en sus pendones de guerra para conocerse y distinguirse en los días de combate, « ya no existen; solo viven como un recuerdo en la mente de los que los « evocan en las reminiscencias de la historia.

« Los círculos personales están muertos, los partidos de otras épocas « están gastados, porque ya no caben en la nuestra, ni tienen campo de « acción para satisfacer las aspiraciones de los tiempos que avanzan y « cuando llega para un pueblo, una institución, un partido, la hora fatal « de la decadencia no hay poder en la tierra que le devuelva su perdido « vigor y lozanía. La Historia, esa eterna maestra del espíritu, así lo « enseña en sus páginas inmortales. Cayeron los imperios asiáticos bajo la « espada de Alejandro; cayeron las repúblicas griegas bajo el acero de « los romanos; cayeron los romanos bajo la maza de los bárbaros; cayeron las edades medias al anunciarse el Renacimiento; cayeron los privilegios de las viejas monarquías al soplo vivificante de los dogmas de « la democracia, porque la contingencia es ley inviolable de la naturaleza, « y cuando una idea ha hecho su tiempo, deja su puesto, y cede su lugar a « otra idea. Aplicando estas reflexiones á nuestros partidos primitivos, « analizando con serena despreocupación sus tendencias, sus condiciones « de vitalidad, sus orígenes, bien puede asegurarse que algunos de ellos « están irremisiblemente destinados á desaparecer; solo falta que los « representantes del nuevo ideal, los propagandistas del nuevo dogma, « aúnen sus esfuerzos para que el verbo se haga carne, para que las masas « reciban con entusiasmo el bautismo de la palabra nueva »

Han transcurrido los años; empero al caminar, resuelto el paso, por mis rutas de espinas y de escarcha, no lejos de los confines del ocaso, el mismo soy que al empezar la marcha.

Usted, como el doctor Melian Lafinur, como otros ciudadanos distinguidos, han conquistado los más envidiables títulos ante el país por la firmeza de sus convicciones, por lo levantado de sus concepciones en la visión del porvenir, por la propaganda de fraternidad que caracteriza su apostolado.

Tanta nobleza tiene algun día que imponerse al pueblo, porque las ideas gobiernan al mundo. En ese día, la justicia nacional, desapasionada y recta, se encargará de hacércela completa, y los ciudadanos de entonces lo aclamarán u honrarán su memoria, porque reconocerán que trabajó usted con celo infatigable, en la dignísima labor de transformar las viejas banderías en partidos capaces de encuadrarse en el espíritu de nuestras magníficas instituciones sin regimentación ni reatos.

Qué esa dulce persuasión lo aliente en sus empresas patrióticas y lo indemnice de los sinsabores de la vida, recordando que el pensador que ha luchado por la gloria de la idea, lleva á la ruda pelea espejismos de oro y miel.

De usted atento S. S.

ENRIQUE AZAROLA.

S/e. Diciembre 31 de 1898.

De Manuel Coronel

PROPAGANDA COSTITUCIONALISTA

Este distinguido correligionario ha dirigido á «Byzantinus» la entusiasta y convencida carta, que vá en seguida, y en la que su fé en el porvenir del Partido de la Fraternidad Uruguay se exhala en párrafos elocuentes y patrióticos.

Su fé es la nuestra, y es debido á briosas y viriles exhortaciones como las suyas, que hemos recibido de todas partes, y nos han alentado y estimulado en nuestra propaganda, que estamos corrigiendo ya las pruebas de la segunda edición de «La Fraternidad Uruguay», folleto de cien páginas, mas ó menos, que bajo carátula tricolor vamos á distribuir en el pueblo, seguros de hacer obra de altruismo político, de patriotismo sano y previsor.

Si como decía Monseñor Soler, con la alta autoridad que le dan además de su talento é ilustración su posición elevada de jefe de la iglesia nacional y de su notoria imparcialidad en los problemas de la política militante, la solución del porvenir está en la Fraternidad Uruguay; si como afirmaban el ilustre decano de nuestros juriconsultos doctor Joaquín Requena, esas ideas son las mismas ideas de los hombres más patriotas y eminentes de los viejos partidos, y así lo ha confirmado nuestro historiador nacional, el benemérito anciano don Isidoro De-Maria, las ideas de los Joaquín Suarez, Bernardo P. Berro, Eduardo Acevedo, Tomás Villalba, Andrés Lamas, Gabriel A. Pereira, Alejandro Magariños Cervantes, etc., etc.; si esa es la obra inevitable del porvenir, y estos esfuerzos la aproximan, como dijo el talento luminoso de José E. Rodó, es necesario insistir, persistir y llamar á ella á todos los nobles espíritus, á todos los corazones generosos.

Qué labor más elevada y fecunda puede tener un gran talento literario, una elevada cultura intelectual, una inspiración poética, que la de hacer al mismo tiempo que literatura amena ó poesía, política humanitaria, fraternal, institucional?

Nosotros no estamos con la ciencia cortesana de las preocupaciones reinantes, políticas ó religiosas, que oponen á Galileo y Colón, que demuestran la rotación de la tierra, su esfericidad, textos bíblicos mal interpretados y á los que responden el uno con su célebre *é pour si muove* y el otro con el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Ni con la literatura que ama más el poder y la riqueza que la libertad y la independencia personal.—Preferimos á toda la poesía de los poetas cortesanos de Augusto, antes el cruel triunviro Octavio,—la elocuencia sobria y fulminante de Tácito,— y á toda la bella literatura de los poetas del siglo de Luis XIV, á quienes deslumbra *le roi soleil*, el libre y elevado vuelo de Rousseau.

Nosotros admiramos y amamos los literatos y poetas—ciudadanos. A los Estevan Arago, los Ampere, los A. Jacques, los Lamartine, los Victor Hugo, etc., etc. en el viejo mundo. A los Magariños Cervantes, condensando en uno solo muchos nombres, entre nosotros.

Pero cortando el vuelo á la fantasía, volvamos á nuestro folleto en prensa, y digamos: que si lo vestimos con los tres colores que comprenden el blanco de los nacionalistas, el rojo de los colorados, y el azul de la patria, es precisamente, porque lejos de condenar en globo el pasado queremos tomar de él lo bueno de los unos y de los otros; el blanco que simboliza la alta probidad de las administraciones nacionalistas y el rojo del amor á la libertad de los verdaderos prohombres rojos. Y queremos enlazar, unir la libertad con la virtud, con ese lazo azul tomado al cielo de la patria, es precisamente porque lejos de condenar en globo el pasado que-

remos tomar de él lo bueno de los unos y de los otros; el blanco que simboliza la alta probidad de las administraciones nacionalistas y el rojo del amor á la libertad de los verdaderos prohombres rojos. Y queremos enlazar, unir la libertad con la virtud, con ese lazo azul tomado al cielo de la patria y que significa la Fraternidad Uruguaya.

La tricolor no es la enseña de un partido sino la enseña de una aspiración verdaderamente nacional. Es la enseña de Artigas y de los Treinta y Tres, la del precursor de la nacionalidad, la de los fundadores de la Independencia Nacional. Y ha de ser también, tengamos fé, la de la verdad institucional, que no será jamás realidad tangible, sino cuando se lea en los corazones orientales: «Libertad, Igualdad y *Fraternidad*»

BYZANTINUS.

Montevideo, Enero 18 de 1899.

Melo, Enero 10 de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Montevideo.

Respetable correligionario y amigo:

Su esfuerzo cívico es aplaudido hasta por tradicionalistas de chapa.

He oído, á mas de diez de esos compatriotas, confesiones que revelan merma de entusiasmo fanático por la denominación tradicionalista; y tanto el folleto como los artículos subsiguientes, publicados por la prensa de esa Capital y reproducidos en las de nuestro «El Deber Cívico», son leídos con señalado interés hasta por los blancos y los colorados situacionistas, vale decir acuerdistas.

Yo no he querido comentar sus artículos, porque temo minorar el buen efecto que indudablemente producen en la opinion; y porque he estado ocupado en tareas profesionales y en escribir algo que más tarde puede ser que vea la luz pública. Mis comentarios tendrían que limitarse á la ampliación de los conceptos por usted vertidos con notable brillantez y autoridad indiscutible. En la actualidad por la cual atravesamos, es necesario y conveniente no mezclar á los acentos imponentes del apóstol, la voz deficiente del creyente, para que aquellos sean escuchados con el respeto tributable al desarrollo del talento aplicado á la dilucidación de cuestiones áridas que afectan en el presente las aspiraciones de ver en un cercano porvenir realizadas las reparaciones de los males originarios de un deplorable pasado.

Debe llegar el momento en que los creyentes diseminados por la llanura, formemos coro unísono para propagar las doctrinas del apostolado, haciéndolas llegar á los apartados hogares en que yacen más de las tres cuartas partes de nuestros conciudadanos sin noción de sus derechos, y que asisten á las luchas denominadas democráticas sin tener conciencia del fin á que concurren con relación al credo republicano.

Para entonces, el soldado fiel que ótrora osara reclamar consecuencia y perseverancia en el desempeño de las funciones que forman el cometido de la autoridad dirigente de la legión cívica, que lleva en alto la bandera del constitucionalismo, ese soldado envejecido pero no descreído en la lucha afrontada, con profunda convicción tomará su puesto de combate, sin que arredrarle puedan los ainsabores, fatigas, ni peligros peculiares del desequilibrio de los elementos en que debemos actuar, sin tener en cuenta la aridez del camino por el cual es fuerza que avancemos con fé y esperanza de llegar al término de la jornada, laureados con el aplauso de los redimidos ó sea regenerados en su condición de ciudadanos de una república constituida con instituciones liberales y adelantada, si se tiene en cuenta la época en que nuestros beneméritos constituyentes las confeccionaron, discutieron y sancionaron, desplegando la enseña de los libres amantes de la independencia para llegar á ser grandes entre los repúblicos de todo el universo.

¡Qué triste es meditar respecto del vilipendio que se ha hecho del glorioso legado de 1830!

Pero dejemos de lado las jeremiadas y pongámonos de pié y con la mirada alta y el espíritu sereno, avancemos cuanto nos lo permitan las escabrosidades del terreno á transitar.

Aun cuando vejete en mi prolongado arrinconamiento, no debe confundirseme con el soldado rezagado; pues, conservo la disciplina y el amor que me infunde la bandera que hace dieciocho años me cobija y alienta con su benéfica sombra, sin que me haya arrepentido un solo instante haberme cobijado á ella.

¡Es tan seductor como imponente el despliegue ondulante de ese símbolo de la regeneración de un pueblo que desciende hacia el abismo, y que por ello se impone la lucha empeñosa y sin desalientos para ver de echar un puente salvador que evite el exterminio de los descendientes de la generación que apareció en la Agraciada jurando vencer ó morir en holocausto á la libertad é independencia del suelo natal, y que, de victoria en victoria, llegó hasta las altas colinas de Ituzaingó, para allí consagrar con preciosa sangre la redención de la Patria!

Así es que mi esclarecido correligionario Aramburú, lo mismo que todos los que se conservan fieles al constitucionalismo, deben estar convencidos, de que soy el mismo soldado abnegado y leal que hace más de cuatro años se dirigió al elemento dirigente de nuestra agrupación política, pidiendo «UNIFICACIÓN DE ESFUERZOS para agitar nuestra immaculada «bandera, invitando á todos los verdaderos ciudadanos, á fin de que des-
«nudos de la pueril preocupación tradicionalista que se invoca cuando
«en realidad esa tradición está desvirtuada por una serie de sucesos que
«la confinan al dominio de la historia, se unan y robustezcan el orga-
«nismo del nuevo partido que en las etapas del porvenir consumará la
«aspiración que cincelaron con sus hechos gloriosos los héroes de la
«independencia nacional:—aspiraciones que en el presente carecen de
«culto y hasta son escarnecidas por el elemento encaramado en las gradas
«del poder público, hace largos y desastrosos años.»

Desde aquella fecha la situación de nuestro país viene sufriendo sacudimientos transformadores, y al presente nos encontramos en el período culminante de la lucha empeñada á nombre del mejoramiento rehabilitante de la República. La reconstrucción de los poderes públicos, efectuada bajo los auspicios del acuerdo de los partidos militantes, carece,—en mi pobre opinión,—de la garantía que solo puede encontrarse en la extinción de los viejos partidos, y en la consiguiente formación de la nueva agrupación que tenga por base la fraternidad sincera y positiva, de los buenos elementos que contrapuestos y con enemigas divisas, no solo esterilizan los esfuerzos regeneradores, sino que concurren á perpetuar esa lucha degenerada en reyerta de ambiciones inconfesables.

Esta es una hiriente verdad, pero desgraciadamente comprobada por hechos innegables. La generalidad de las personas que flotan sobre la superficie del mar encrespado por el hálito de las pasiones insanas, procuran disfrazar sus ambiciones sórdidas, adornándolas con el ropaje talar que bien cuadrará á las personalidades destacadas en nuestro convulsivo y feaciente pasado, pero que á los ambiciosos olvidadizos de las revelantes cualidades de aquello les asienta como al zorro la piel del cordero, ó bien como la cruz símbolo de redención, en manos de Satanás.....

Acababa de escribir el párrafo precedente halagado por la circunstancia de haberme mandado pedir, un adversario de significación relativa en este Departamento, el folleto «La Fraternidad Uruguaya», cuando me traen «La Razón» para hacerme conocer la separación de don Alfredo Castellanos de las filas constitucionalistas. Leí con el interés natural que nos imponen siempre las manifestaciones hechas por personas que nos merecen concepto favorable respecto de resoluciones que atañen á la existencia del culto que profesamos.—Como usted se lo imaginará, la lectura de la exposición de ese distinguido ciudadano no ha dejado de causarme sentimiento, por más que ya estoy prevenido contra el desbande que ha raleado nuestras filas

Cuando se ha pasado por el sacudimiento tristísimo de ver alejarse de nuestras filas á campeones de la talla del ilustre y benemérito José Pedro

Ramirez, se ha apurado ya la hiel destilada por el filtro de los desengaños pesarosos. A raíz de la separación de un apóstol, la de un simple sacerdote no puede dejar á obscuras los altares que todavía reverberan luces inapagables, para iluminar y fortalecer el espíritu de los que oramos con fervor, conservando la fé en el dogma sacrosanto que aunar debe á los que alzan su mirada y encaminan sus pasos hácia el luminar de la verdadera redención humana.

Es de sentirse la separación de ese sacerdote, pero es reparable, mediante el esfuerzo unido de los que pertenecemos fieles á la bandera por él abandonada, pretendiendo escudarse en un radicalismo de principios, que, en puridad de verdad, para ser reconocido precisa de una consagración comprobada en la lucha, durante mucho tiempo de constante labor cívica. En fin, es un constitucionalista menos de abultada talla, pero no dispuesto á la disciplina que debe caracterizar al democrata abnegado y perseverante en el sostenimiento de los ideales que dignifican su personalidad ciudadana.

Tanto el radicalismo como el posibilismo es preciso tomarlos en la medida que no dañe á las aspiraciones patrióticas puestas en actividad. Son dos escuelas contrapuestas, ofreciendo aquella, pureza en la rigidez de los principios que la sirven de base; y ésta acomodamientos que si bien no debemos aceptarlos como doctrina, en circunstancias dadas hay que transigir con ellas venciendo resistencias justificadas por la integridad de las ideas que nos proponemos convertir en realidad.

No tengo mas tiempo. Salgo para Treinta y Tres, y allí espero sus órdenes, reiterándole las seguridades de mi respetuosa amistad.

Su servidor.

MANUEL CORONEL.

La Fraternidad Uruguaya

EL PRESTICIO DE LA IDEA

Aun cuando Byzantinus ha resuelto reservar para el archivo de sus satisfacciones personales,—según la frase consagrada,—muchas de las felicitaciones que le ha merecido la segunda edición de «La Fraternidad Uruguaya», no se cree con derecho á archivarlas todas, privando á la idea del prestigio que le dan las adhesiones de tantos ciudadanos distinguidos por su inteligencia, carácter ó posición.

Es respondiendo á ese objetivo, y no á las satisfacciones pequeñas del amor propio satisfecho, que responde la publicación de esas adhesiones que por su misma redacción literaria, por el espíritu inspirado y patriótico que las anima, son dignas de la publicidad y del aplauso popular.

Damos pues, á luz, con gran satisfacción y penetrados de sincera gratitud, y entre otras de ciudadanos muy distinguidos, la tarjeta de Monseñor Soler, Arzobispo de Montevideo, prelado eminente de la Iglesia nacional, á quien enviamos nuestro folleto recordando con justicia que su último «Edicto Sacro» haciendo votos por la paz y la concordia entre los orientales, y estableciendo que «el patriotismo debía primar sobre el partidismo», era al mismo tiempo un verdadero «Edicto cívico», pues unía la piedad religiosa á la religión del patriotismo! Y la carta elocuente, reflexiva y patriótica de mi distinguido y buen amigo el doctor Ovidio Grané, jurisconsulto distinguido, ex-magistrado de probidad antigua y una de las inteligencias mejor equilibradas de la República.

Publicamos también algunas líneas interesantes del sabio entrerriano doctor Jorge Damianovich, á quien un cajista llamó sabio, no por error de caja contra el cual protesta, sino, por sin duda lo creyó así. Y nosotros

apoyamos al cajista porque no hay implicancia en ser sabio... y sabía al mismo tiempo, en saber la vida, y en cantar sus tristezas y esperanzas con acentos de *quena* india ó de guitarra criolla.

Y no cabe duda que es sabio, quien tiene como él la altruista y elevada filosofía que transpira en sus cartas, la comprensión del mundo político y social, y hasta la filosofía práctica de haberse jubilado como alto magistrado antes de ser doblado por los años.

Si será sabio quien ha seguido el proverbio toscano:

«Se vuoi viver sano e lesto
Fatti vecchio un pò piú presto!

Publicamos tambien algunas palabras nobles y generosas de nuestro distinguido colega y amigo el jóven escritor doctor Luis Santiago Botana, que nos recuerdan,—recuerdo grato,—la amistad y estimación recíproca que nos unió con su noble padre.

Damos igualmente á luz una carta interesante del jóven escritor señor Delfino Urquía, quien echa de menos la acción eficiente, muscular, digámoslo así, del partido Constitucional, pareciéndole frio, inerte, nuestro programa de propaganda fraternal, de concordia cívica. El nos dice, no sabemos si con suprema ironía, ó siguiendo la sugestión del medio ambiente: «Parece demasiado hermoso, para los orientales, un triunfo sin el derramamiento de sangre consiguiente!»

Para nosotros eso no es, no puede ser, sino una sangrienta ironía, más terrible aún si es involuntaria y surge espontánea como consecuencia del antagonismo de partidos que no pueden coexistir sin los cruentos y bárbaros sacrificios de la guerra civil.

Esa frase es más dura y acerada que todo lo que de los errores del pasado ha dicho Byzantinus.—Nosotros creemos con un historiador eminente que «idealizar el pasado es calumniar el presente y falsear el porvenir. Que debemos juzgar el pasado con la vista fija en el porvenir; debemos apreciarlo con imparcialidad y hasta con amor, pero lejos de idealizarlo, no debemos ver en él más que un momento en el desenvolvimiento infinito del género humano». El historiador,—y lo mismo para todos,—dice Laurent, *no debe odiar sino amar!!*

Pero nosotros creemos también en las reacciones generosas del patriotismo; en que muchas veces los mismos hombres, los que en momentos fuertes de pasión fueron obstáculos á la libertad, á los principios de buen gobierno, pueden ser mañana los entusiastas defensores de la justicia.

No hay un partido de réprobos en cuyas puertas se haya escrito la leyenda dantesca: *Lasciate ogni speranza...* Si otra idea tuviéramos de la naturaleza humana, si no confiásemos en la fuerza de la verdad y la justicia, habríamos roto cien veces nuestra pluma de propagandistas desinteresados de la Fraternidad Uruguaya. Pero como tuvimos esa fé divina, proseguimos nuestra tarea cívica diciendo á todos los que arrastrados por las corrientes de las pasiones de su tiempo han luchado por el error contra la verdad: que es muy noble y muy hermoso hacer guerra á la guerra civil y fundar la paz en la fraternidad y la concordia cívica, pensando con un pensador que:

«On sert le droit avec autant de vertu
Qu'on a le repentir de l'avoir combattu

Lo que necesitamos por el momento, no es pues la acción, sino la reflexión; poner en movimiento, no los músculos, sino las células cerebrales,—pelear no, sino pensar.

Lo que el país necesita no son los excitantes de las pasiones,—exhibición de las divisas antagonicas que significan tres cuartos de siglo de guerras sangrientas y ruinosas,—sino los calmantes del patriotismo, de la fraternidad: No es mostrar los puños, sino abrir los brazos á adversarios que son hermanos.

Lo que sobra, lo que ha sobrado siempre es la acción, «los hombres de acción», que á título de serlo se han hecho superiores á los hombres de

pensamiento: ha gobernado el puño y no la cabeza. Así ha marchado todo, á trompazos.

Se ha tomado demasiado á la letra el proverbio italiano de que *i fatti son maschi e le parole femine*, y todos han querido ser admirados por su musculatura, por su fuerte virilidad. No, la palabra, el verbo es también virilmente fecundo, creador, cuando lo inspira una gran idea.—En la revolución francesa la palabra de Mirabeau fué superior, como fuerza misma, á la de todos los revolucionarios—y cuando él dijo al enviado de Luis XVI, que ordenaba la disolución de la Asamblea Nacional, «ve á decir á tu amo que estamos reunidos aquí por la voluntad del pueblo y que no cederemos sino á la fuerza de las bayonetas», esa palabra era la revolución francesa que triunfaba.

Melchor Pacheco y Obes, que era la palabra inspirada de la gloriosa defensa de Montevideo, ponía aquella aun más alto que el valor heróico de Francisco Tajés, el Bayardo de esa Defensa; y Leandro Gómez, que fué el espíritu, el verbo de la homérica Defensa de Paysandú, está también más arriba que aquel león—que fué su segundo—y se llama con el nombre legendario de Lúcas Piriz.

Y eso que tomamos esos ejemplos del momento excepcional, álgido, en que las ideas ya no luchan en el cerebro, en la conciencia de los hombres, que es la normal de la vida, sino por prevalecer en el terreno de la contienda armada.

Pero si observamos la marcha ascendente, progresiva, de la humanidad y apelamos á la historia, ésta nos dice con sus sublimes enseñanzas, que no son sus conductores, sus guías, los que llevan la antorcha del progreso, los hombres de acción, los conquistadores como Alejandro, César ó Napoleón, sino los pensadores, los genios como Homero, Job, Esquilo, Isaías, Ezequiel, Lucrecio, Juvenal, Tácito, Platón, Sócrates, Pablo el Apóstol, Dante, Rabelais, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Víctor Hugo, etc.

Y pasando de lo universal á lo nacional, y citando solo dos nombres contemporáneos,—por cuya pérdida aún están de duelo los espíritus generosos de la República,—diremos que por muy alta que la historia coloque un día la figura serena y heróica de Diego Lamas, mas alta aún ha de poner la de Carlos M. Ramírez que en su libro sobre Artigas disipa las sombras del pasado, y con su folleto «La Guerra Civil y los Partidos» marca la ruta inevitable del porvenir.—Sigámosla con espíritu sereno y corazón generoso, que ella conduce á la salvación de la República!

Byzantinus.

La Fraternidad Uruguaya

LOS PRESTIGIOS DE LA IDEA

De Monseñor Soler

Monseñor Soler, Arzobispo de Montevideo, saluda con toda consideración y estima al distinguido compatriota doctor Domingo Aramburú, generoso y elocuente heraldo de la fraternidad uruguaya, rogándole prosiga con igual inspiración y elocuencia el apostolado de esa idea redentora. Le agradece la deferente dedicatoria con que se sirvió remitirle la segunda edición del precioso folleto «La Fraternidad Uruguaya»

S/c., Febrero 4 de 1899.

Del doctor Ovidio Grané

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Distinguido y excelente amigo:

En este momento 51½, cuando el sol, algo pálido de una espléndida mañana de primavera 19 centígrados—no obstante hallarnos en Febrero, colorea las extremidades superiores de los edificios; cuando el afán y el bullicio de esta gran colmena no ha empezado aun, con el cuerpo restaurado por el sueño reparador y el espíritu fresco y templado á la nota grata apercibo sobre mi mesa de trabajo el folleto que acaba de dar á luz y que ha tenido Vd. la galanteria de remitirme con dedicatoria tan cariñosa como benevolente

Y por cierto que, si en estos tiempos de cultura y refinamiento, el traje influye eficazmente en la presentación de una persona ó cosa, puede Vd. estar plenamente satisfecho del que ha elegido para presentar su trabajo.

Esa carátula llamativa y simpática, la bandera de Artigas y de los Treinta y Tres,—con que cubre Vd. perfectamente su patriótica y atrayente obra, impresa en blanco y satinado papel, y con la expresiva leyenda: Fraternidad Uruguaya, en grandes y limpios caracteres—además ser el traje que correspondia á un esfuerzo de esa índole, prepara favorablemente al lector

De mí sé decir que lo he recibido como se recibe un objeto artístico y bello,—una hermosa pintura, por ejemplo,—enviado delicadamente por persona á quien mucho se estima.

Ha hecho usted bien en envolver, en el noble pabellon de nuestros grandes paladines su generoso trabajo, porque el emblema del patriotismo sienta bien á su esfuerzo patriótico.

En cuanto al fondo de él, á la médula de su obra, ¿qué podría agregar al aplauso caluroso que me ha arrancado constantemente ese noble y vigoroso esfuerzo suyo?

Usted sabe que soy un espíritu conciliador por carácter y por educación. Que miro con dolor del alma nuestras cruentas luchas civiles, en las que medio país ha pugnado y pugna por sojuzgar é imponerse al resto; y que si los hombres del pasado me merecen profundo respeto, doblemente porque, además de deberles el sér, han sido ellos las primeras y más grandes víctimas espiatorias de sus propias pasiones y errores, no pienso, sin embargo, que su conducta y sus procederes deban y puedan ser la norma de los nuestros presentemente, por más que debamos sacar de esas lecciones del pasado, cuanta enseñanza útil puedan contener.

Y créame,—mi excelente amigo, que este modo de pensar y sentir no es una novedad ni una improvisación en mí, los he aprendido en el hogar, donde siempre oí á mi buen padre lamentar profundamente esas luchas impías que tantos males han costado al país, no obstante haber sido actor en ellas, y por lo mismo que lo habia sido—como fuélo también en nuestras homéricas luchas por la Independencia!

Cuántas veces en la sobremesa, despues de comer, siendo yo niño aún, no le he oído contar los horrores de la Guerra Grande sobre todo, durante la cual los derechos primordiales del hombre,—la vida, la familia, la propiedad,—casi habían desaparecido en el caos producido por el continuo batallar de nuestros rencorosos bandos políticos!

Y cómo, pues, no quiere usted que odie con odio patriótico, que es quizá el único disculpable,—semejantes insensatas luchas por el poder y nada más que por el poder cuando, desde que tengo uso de razón, he visto los frutos malditos de nuestras ambiciones y rencores en plena fermentación, confirmando las enseñanzas del hogar?

Cómo mi espíritu, saturado en esas ideas y sentimientos no se ha de abrir con ansia á la concordia y á la benevolencia cívica, cuando pienso y siento de tal modo!

Lo que me asombra y me apena á la vez, es la persistencia de nuestro pueblo en esas luchas fratricidas, apesar de todas las desgracias y males que nos cuestan.

Qué ceguera! apenas comparable con la obsesión suicida con que la mariposa busca la llama que la ha de abrasar!

Mientras tanto es obra del más alto patriotismo, inculcar sobre la confraternización de todos los hombres de buena voluntad; no importa que las fatídicas claridades de guerra civil iluminen de nuevo las cuchillas de esta hermosa cuanto maltratada tierra.

Esas luchas encarnizadas y terribles se explican en los viejos pueblos, donde las injusticias, la conquista y las tradiciones seculares han formado clases absolutamente distintas, con principios y hábitos completamente antagónicos y excluyentes; pero en nuestro país, donde todos pensamos y sentimos al unísono sobre todos los problemas fundamentales de nuestra sociabilidad, con excepción únicamente de las cuestiones que llevan *divisa de guerra*;—cuyas familias se enlazan y vinculan entre sí por toda clase de sentimientos y afectos; que veneramos las mismas glorias y tradiciones nacionales; nos envolvemos en los anchos pliegues del mismo pabellón, é invocamos y creemos en el mismo *decalogo político*; francamente que no se conciben nuestras cruentas y eternas luchas y nuestros bandos de guerra, sino por una fatalidad insensible, ó una aberración suicida que tienen en la historia más de un antecedente, así como su inevitable y merecida expiación!

Hay, pues, que predicar la unión, la concordia, la tolerancia cívicas constantemente; no importa que los combatientes, encogidos por la lucha, nos rechacen como *tránsfugas!*, como *intrigantes!*, como *ilusos!*

Es preciso, ya que el dolorosísimo ejemplo propio no basta, recordarles los ejemplos de las brillantes Repúblicas Griegas, Romanas é Italianas, víctimas de sus odios implacables y de sus ambiciones desenfrenadas, invocando con tal motivo las palabras y el juicio de un notable humanista, ya que los nuestras no tienen más prestigio que el de la sinceridad.

Pídole disculpa por la larga transcripción, siquiera porque ella demostrará á usted que si mis convicciones á tal respecto tienen sus raíces en el hogar, su confirmación y madurez las debo, no solamente á la propia y experimental observación, sino á el estudio meditado de la historia.

« Los partidos,—dice Laurent,—que dividían á las ciudades griegas « combatían por el poder; el vencedor lo ejercía para sí, condenando á « muerte á los vencidos ó despojándolos. ¿Cuál fué el resultado de aque- « llas luchas sangrientas? *La tiranía.*

« La palabra que expresa los más groseros abusos del despotismo es « de origen griego. Y ¿cuál fué la causa de la tiranía? ¿cómo consintió una « nación idólatra de la libertad en doblegarse al yugo de los tiranos? Es « que los combates de la democracia y de la aristocracia dieron por resul- « tado la disolución completa de las ciudades. Todas las repúblicas eran « víctimas de la violencia!

« Cuando los aristócratas triunfaban, los demócratas eran oprimidos, « desterrados, diezmados; cuando el pueblo quedaba vencedor, su victoria « se señalaba con sangrientas reacciones.

« Donde reina la violencia, solamente la fuerza puede dar á los hom- « bres una tranquilidad, comprada ciertamente á costa de sus más caros « intereses; pero el reposo, aún á costa de la servidumbre, parece un bien « cuando no hay seguridad para la vida y para la propiedad.

« Esto mismo sucede en Roma. Los Césares fueron los *tiranos* del « pueblo rey. ¿Cómo es posible que un pueblo que se llamaba el pueblo « rey, haya abdicado su poder y su libertad en manos de un hombre? Es « que la sociedad se hallaba en disolución en Roma lo mismo que en las « ciudades de la Grecia. Aquello no era ya una República, eran fracciones « que se disputaban el poder, la riqueza.

« En la edad media, la Italia vió nacer Repúblicas brillantes que riva- « lizaron con las que los escritores griegos y latinos han ilustrado. ¿Cuál « fué su resultado? Una nueva tiranía, y como consecuencia, el envileci- « miento de una nación generosa.

« ¿Cómo puede la libertad dar por resultado la tiranía y la degrada- « ción? Porque en Italia, como en Grecia, nunca hubo *pensamiento de conci- « liación*, el partido vencedor desterraba á sus adversarios y se apoderaba « de sus bienes; cuando los vencidos triunfaban hacían otro tanto. En

« semejante estado social la tiranía es inevitable; el poder absoluto es « deseado como un bien; al menos da la tranquilidad á los hombres. Don « funesto, puesto que va acompañado de la servidumbre! Pero las naciones « que sufren este yugo humillante no tienen razón de quejarse de sus « tiranos; deben quejarse de sí mismas».

Este profundo juicio de uno de los pensadores que más ha meditado sobre las causas de las vicisitudes de los pueblos antiguos y modernos, afirma la opinión que he abrigado siempre: de que la solución de nuestras sencillísimas cuestiones políticas, debemos buscarlas en las inspiraciones de la concordia y de la tolerancia cívicas, por medio del acuerdo y coparticipación de todos los partidos lealmente pactados y cumplidos fielmente: en vez de seguir batiendo en el yunque maldito de la guerra civil, que solo nos ha dado, en setenta años, sangre, ruinas y vergüenza, y donde se forja la anarquía y el despotismo,—ese monstruo *bifronte*, engendro de los implacables odios con la insaciable ambición,—que después de relajar los vínculos sociales por el abatimiento de los caracteres y el empobrecimiento de los pueblos, prepara insensible pero inevitablemente, el reparto de Polonia; la servidumbre y la pérdida de la independencia!

Envíole pues, mi más entusiasta aplauso por su elevada y patriótica campaña adhiriéndome á ella con el corazón y la mente.

OVIDIO GRANÉ.

S/c. Febrero 2 de 1899.

“ La Fraternidad Uruguay ”

QUAND MÉME

El distinguido escritor doctor Luis Melian Lafinur ha hecho á «Byzantinus», su viejo amigo, el honor de dirigirle la carta adjunta, en la que como en todas las producciones políticas, del reputado publicista, brilla la erudición tomada del original y la severidad,—que á veces nos parece implacable,—de sus juicios generalmente justicieros.—El doctor Melian Lafinur,—bien lo han dicho sus elocuentes y eruditos folletos,—es principista sin divisa.—Su criterio histórico es generalmente el nuestro, pero tenemos distinto temperamento ó filosofía: él es un pesimista ó poco menos y nosotros somos optimistas.—La diferencia no es talvez, Dios nos preserve de ello,—sino cuestión de tiempo, esto es de desengaños.

Pero por hoy, y creemos que en el porvenir también, hemos de mantener encendida en nuestro corazón la luz de la esperanza.

Seguimos pues en la lucha, sin escuchar los presagios ó augurios de derrota. Y si ésta echa polvo en nuestra frente sudorosa, han de venir á nuestra memoria y hemos de repetir estas palabras:

La défaite me fait songer à la victoire
J'ai l'obstination de l'altière mémoire

No siempre se combate por la victoria, pero debe combatirse siempre por el deber, pues este es la ley de la vida. Y el deber cívico, en la hora actual, en que se rompen, mutilan, fraccionan, las «unidades de guerra civil» llamadas partidos tradicionales, no es encerrarse en el silencio como Sieyes.... ó algunos de nuestros prohombres; no es predecir la derrota y menos durar la lucha;—no es proclamar la impotencia radical de la política patriótica ante la política partidista, sino luchar, insistir, persistir, haciendo honor á la clásica leyenda: *justum ac tenacem propositum virum*.

Por lo mismo que ya no existen,—íntegras y compactas, aunque quieran crearse artificialmente por lazos que se rompen á la primer disidencia seria,—aquellas «unidades pasionales» que caracterizaron los antiguos

bandos; por lo mismo que hay gran convencionalismo en el entusiasmo por las divisas,—lo que no excluye la sinceridad de muchos personajes dirigidos y de la masa de los partidos,—es más necesario y útil que nunca, iluminar con la antorcha de la verdad la conciencia de todos los ciudadanos. Y no hay otro medio humano de comunicación con el pueblo que las asambleas públicas, el libro, el folleto, el diario.

Los que son por sus talentos y virtudes faros luminosos, deben alumbrar la ruta que sigue la nave aspirando entrar al puerto de la paz institucional. Los que son guías, conductores del pueblo, no pueden separarse de la columna en marcha, sin exponerse á responsabilidades en caso de extravío. La autoridad moral, la popularidad moral es un privilegio, pero es una carga también,

El aislamiento absoluto cuando persevera, puede confundirse con el egoísmo ó con el orgullo.—«Los hombres no se pueden sumar, uno es uno y otro es otro, pero uno y otro nunca hacen dos», ha dicho un espiritual escritor francés, Remy de Gourmont. Y la generalidad de nuestros políticos, sin profesar ese ultra individualismo teórico, lo hacen práctico en la vida cívica. O el colectivismo que abdica en uno solo, ó el anarquismo de los círculos que no sacrifican la más pequeña disidencia, ha sido casi siempre la ley de nuestra política.

Se creyó que el acuerdo de los partidos, haciendo excepción á la regla, permitiría sumar fracciones políticas aparentemente heterogéneas, pues tendrían en ese acto un común denominador —al patriotismo, y que que ofrecerían este hermoso total: la paz en las instituciones, la concordia cívica.—Pero en la movilidad algo epiléptica de nuestra política, y antes de saber lo que los acuerdos pueden dar como medio transaccional, ya se urata de inutilizarlos para siempre porque la obra, como toda obra humana, ha tenido sus lunares ó imperfecciones!

Siempre oscilando en los extremos, y olvidados de que el progreso es lento, gradual y fruto de esfuerzos sucesivos, reiterados, incansables. Que, como dijo no recordamos quien, el tiempo no respeta lo que se hace sin él. Que en lo físico y en lo moral é intelectual se sigue el mismo proceso evolutivo.

Es del trabajo lento, oscuro, misterioso, de los infusorios en el fondo de los mares, de sus detritus acumulados en la sucesión del tiempo que surgen las islas, los continentes, que ha surgido la tierra. Y es de los jugos, de las savias misteriosas de la tierra que fecundan la semilla, que brota la encina, augusta soberana del bosque, y la flor silvestre, poesía de la tierra.

Se olvida también que el progreso tiene sus avances rápidos, sus conquistas inesperadas y gloriosas, sus conversiones providenciales que hacen tropezar á Pablo en el camino de Damasco y truecan el más ardiente perseguidor del cristianismo naciente en el apóstol de los gentiles, en la gloria y el triunfo de la nueva doctrina sobre el tradicionalismo judío.

El tradicionalismo político persiste más por rutina que por verdadera pasión, y todos están convencidos de que sería el último día de nuestro paganismo ó tradicionalismo político, aquel en que un gobernante, como Constantino, enarbolase como programa de gobierno verdaderamente popular, la cruz de la fraternidad uruguaya y dijera al pueblo: *in hoc signo vinces*.

Entre tanto, quebrados ya los antagonismos furiosos por el acuerdo de los partidos, tenemos conquistada la co-participación de todos estos en el parlamento.

El acuerdo con todas sus sombras y sus manchas,—de los que en su día se ha de hablar,—representa un progreso visible. En vez de aquellas Asambleas de un solo pelo,—como las caballerías entrerrianas marca flor de Urquiza,—según dijimos un día,—y en las que figuraban,—salvo escasísimas excepciones, políticos de la oposición, blancos de boca, ó *de boca dulce*, elegidos á dedo por el Sumo Imperator, tienen los partidos de oposición, fuera del poder, genuina é importante representación.

En una polémica para nosotros memorable, pues luchamos con el primer polemista del país, con Carlos M. Ramírez, declamos ha ya cerca de tres años:

«Queremos, — ya lo hemos dejado comprender claramente,—que el gobierno haga con el país, algo así como la paz de Abril de 1872, sin revolución previa

La reforma inmediata de la ley electoral, dando garantías eficaces al voto popular; un ministerio de opinión con el programa concreto y el compromiso solemne, real, de garantizar el sufragio, y el nombramiento de algunos jefes políticos elegidos *leal*, sinceramente, entre los hombres caracterizados y definidos del partido nacionalista y de la oposición y la paz sería un hecho.»

«En que peligraría la preponderancia, la dominación colorada, teniendo en la Asamblea dos terceras partes de representantes, y dejando á la oposición nacionalista y á los constitucionales la otra tercera parte? En nada, absolutamente en nada, porque en toda cuestión que pudiera afectar esa preponderancia política votarían los rojos como un solo hombre. Así la cuestión presidencial sería cuestión resuelta: sería un colorado sin ningún género de duda. La presidencia del Senado,—que es eventualmente la presidencia de la República,—la de la Cámara de Representantes, correspondería igualmente á hombres de ese mismo partido, etc. etc.»

Esas modestas exigencias de un patriotismo conciliador fueron rechazadas como pretensiones inauditas. Reinaba la obcecación en las alturas y el incondicionalismo en la masa parlamentaria. Y vino la exaltación violenta de las pasiones, y estalló la guerra civil costando sangre noble, generosa, la vida misma al obstinado mandatario y muchos millones despilfarrados, para terminar por aquello mismo que nosotros propusimos. La paz de Setiembre de 1898 no es sino la paz de Abril de 1872. Nosotros la queríamos ... sin revolución previa!

La lección ha sido dura, cruel y sangrienta. La aprovecharemos? Persistiremos al menos en la política de los acuerdos cívicos, yendo á otro más amplio, más impersonal que el actual, y en el que se reconcilie de verdad *toda la familia oriental*? Esa es nuestra aspiración de ciudadanos, profundamente convencidos de que esa política «á la argentina», habituándonos á la coparticipación en el gobierno, tranquila y pacífica, destenirá las antiguas divisiones, llegando en pocos años á una era de verdadera fraternidad, en que podamos repetir:

Nous verrons se confondre en douces unions
Ce que nous acceptons et ce que nous nions.

Byzantinus!

Del doctor Luis Mellan Lafleur

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Estimado amigo:

He releído su folleto «La Fraternidad Uruguaya», de cuya segunda edición ha tenido usted la fineza de obsequiarme con un ejemplar.

Excuso decirle cuán grata es para mí la propaganda sobre la extinción de los partidos tradicionales, máxime cuando aparece prestigiada con la autoridad de su nombre respetable y vivificada por la envoltura primorosa que le presta el estilo elegante y viváz de «Byzantinus». Pero usted escollará: el triunfo de las ideas sanas tendrá su día, mas no es laurel destinado á nuestra generación desgraciada. El error puede disiparse; al interés y á la pasión no hay quién los convenza

Hace cincuenta y tres años (desde 1846), que nuestros buenos ciudadanos vienen procurando que desaparezcan los bandos tradicionales: hace cuarenta y cinco años que don Eduardo Acevedo escribía al más fecundo de nuestros poetas: «Adelante mi querido Alejandro, es obra santa tra-
«bajar por la extinción de los viejos partidos y la reorganización nacional»

« («Violetas y Ortigas» página 174). » Tiene ya cuarenta y cuatro años de publicado el ruidoso folleto de don Andrés Lamas «A sus compatriotas».

Llevar las mismas fechas las cartas de don Bernardo P. Berro, recopiladas en interesante opúsculo el año 1860 y hoy los bandos tradicionales aunque divididos y desechos, y componiendo apenas círculos y camarillas, sin alcanzar ninguna de las condiciones que dan aliento á los partidos populares, siguen teniendo un carácter esencialmente nocivo que los hace incompatibles con el bien de la República, «según la frase de don Bernardo P. Berro («Ideas de fusión», página 34); por lo cual, con razón agregaba el mismo ciudadano (página 35: «nunca he acertado á comprender de que pueden servir esos partidos ahora, ni que es lo que podrán hacer para el bien público».

Lo estamos viendo; de la bandera partidista se apoderan unos cuantos intrépidos políticos, que á favor de ella hacen lo que se les dá la gana, no obstante la protesta de otros que se titulan también *blancos* y *colorados* y á quienes les han tocado anteriores *boladas* y *amasijos*, igualmente con la oportuna reprobación de los que no habían conseguido cubierto en el banquete!...

¿Y á esto puede designarse con el título de partidos?...

Al cambio de decoración en el teatro en que actúan los diversos pequeños círculos, que alternativamente se arrojan *pro domo sua* la representación de las antiguas banderías, en realidad disueltas, ¿se le ha de dar el prestigio, el programa, los principios y la proyección de lo que en lenguaje político merece el nombre de partidos?... Con estas impúdicas fantasías estamos siendo la irrisión del mundo!

Conozco el sofisma deleznable para la perpetuación del lema de nuestras agrupaciones anacrónicas.

Debe haber partidos se dice, y entonces ¿para qué buscar nuevas designaciones y proscribir las antiguas?

Pues por razones muy sencillas; porque son designaciones tradicionales de guerra y no de paz, porque hoy nada significan ni definen, porque fueron en su origen vergonzosa prepotencia de caudillos, y después complicación de intervenciones extranjeras, europeas y americanas, y ambiciones personales y matanzas y contiendas en que, con la amargura de Tácito, podría preguntarse la causa de la brega, el resultado de la calamidad, y si se peleaba por la patria «*quibus armorum causis? quo tanta cladis pretio? pro patria bellavimus?*»

Los partidos son necesarios, claro está; pero es absurda la perpetuación de los bandos de guerra, que si en otras épocas determinaron las ignominias que he apuntado, someramente ahora repercuten en la desconfianza de la repartición precaria de senaturias y diputaciones, por razón de que el que manda manda y hacen una cuestión de estado trascendentalísima del oficial que ha de ponerse al frente de una compañía. Fracciones en acecho para irse á las manos; descontento por la desigualdad de que sean unos hijos y otros entenados! Y el programa igual en el fondo!

Partidos de principios que no se armen y organicen para la guerra, que no obliguen á la autoridad á cambiar cada semana los jefes de cuerpo, que no compelan á enfeudar arbitrariamente los departamentos, son los partidos que se necesitan para turnarse en el gobierno por las vías legales, según el resultado del proceso electoral; pero esto no se logra con divisas de guerra, sino con lemas de paz.

Tan absurdos son nuestros partidos tradicionales en la actualidad, como lo serían en la gran república europea si evocándose la revolución del pasado siglo, los franceses se dividiesen en *gi onlinos* y *jacobinos*; como si los argentinos, después de Rosas, hubieran continuado la sonata de federales y salvajes unitarios, que concluyó para ellos con las dianas triunfales de Caseros.

Pero los personajes consulares de la otra orilla del Plata siempre fueron sensatos, y comprendieron que el porvenir de la patria, eternamente no se juega á la carta de los odios de partido. Ya el año 1839, el escritor que redactó á Lavalle la proclama para la iniciación de su campaña contra el tirano, le hizo suscribir en ella estas declaraciones: «No traigo recuer-

dos: he arrojado mis tradiciones: yo no quiero opiniones que no pertenezcan á la nación entera. Federal ó unitario: seré lo que me mande el pueblo. No traigo á la República Argentina otros colores que los que ella me encargó defender en Maipú, Pichincha é Ituzaingó. Los traigo del destierro y con ellos también los grandes principios de la revolución de Mayo. Solo traigo un partido: La nación. Solo traigo una causa: la libertad». Y más tarde el austero ciudadano y notable escritor y orador don Félix Frias podía, en señalada ocasión, interpretar los deseos de una generación batalladora, diciendo, con aplauso de su país, estas palabras que deberían tomar en cuenta nuestros obcecados compatriotas: «Cuando un pueblo ha vivido medio siglo en el desórden (los uruguayos llevamos algo más), se puede confesar sin mucha modestia que todos han pecado. Es muy difícil liquidar la cuenta de los cargos mútuos de los partidos y hallo preferible quemar el libro que la contiene.»

Quemaron efectivamente ese libro, los argentinos, se dividieron después, según las circunstancias lo exigian, en partidos accidentales, y hoy viven en paz, son cuatro millones, se enorgullecen con la más populosa capital de Sud-América, han hecho un puerto en Buenos Aires que ha arruinado al nuestro; mal que bien para una nación nueva viven al amparo de las instituciones libres; tienen una escuadra poderosa y un ejército verdaderamente nacional, en que el mando de las compañías no dá lugar á conflictos y van por el camino del engrandecimiento y de la gloria.

Nosotros.... vamos al abismo!

Los jóvenes que nacen á la vida política son *blancos* ó *colorados*, adoran al caudillaje... en él cifran esperanzas; y tienen poco menos que en el concepto de cretinos á don Bernardo Berro, á don Andrés Lamas, á don Eduardo Acevedo, á don Juan F. Giró, al general Garzón, á don Joaquín Suarez....

A usted con todos sus méritos, á Sienra Carranza con los suyos, á José Pedro á pesar de su popularidad...., imagínese en qué concepto los tendrán!.... ó finjirán tenerlos!....

Muchos años de vida les deseo, pero su ancianidad no será alegre; el fantasma del tradicionalismo turbará el reposo de su horas.

Los uruguayos no tenemos enmienda; somos siempre los mismos: una petrificación histórica; la imbecilidad política.

Retirado por mi parte de la vida activa y obligado á estas líneas por su fina atención, crea que es uno de los consuelos de mi existencia encontrar caracteres como el de usted, perseverantes en la propaganda de las buenas ideas, aunque caiga la semilla en tierra estéril, ó intencionalmente esterilizada.

De usted como siempre su viejo amigo.

LUIS MELIAN LAFINUR.

Casa de usted, Febrero 8 de 1899.

“ La Fraternidad Uruguaya ”

OPINION DE LOS URQUIZA, ORIBE, TAJES, &

El doctor Diógenes J. de Urquiza, primogénito del vencedor de Caseros, y á quién nos une antigua amistad y estimación, ha honrado á «Byzantinus» con la elocuente y generosa carta adjunta.

El doctor Urquiza, que formó aquí su noble hogar, vinculándose á una de las primeras familias de la República, la de Illa y Viamont,—y cuyos hijos son orientales, á pesar de que han podido optar por la ciudadanía argentina y aspirar así á las posiciones políticas que son fáciles de alcanzar á los apellidos ilustres,—mantiene su afecto por la tierra de su esposa y de sus hijos, siguiendo con vivo interés su suerte incierta y azarosa.

Espíritu culto y elevado, carácter recto y reflexivo al par de progresista, nos recuerda con la autoridad de su nombre y de su actuación en la política argentina inmediatamente después de Caseros,—fué en la República el primer Ministro Residente de la Confederación, que la noble frase de su ilustre padre en el Pacto del «antano», con Oribe,—«no hay vencedores ni vencidos», quería y quiere decir, «que el país es de todos y para todos, gobernado por los hombres honrados y patriotas, sin distinción de partidos».

«Blancos y colorados, continúa el doctor Urquiza, han debido desaparecer de esa tierra querida para mí. Son partidos primitivos, de historia enlutada por las pasiones humanas que nadie contiene en momentos de efervescencia.

Y explicándonos porqué dejó esta tierra tan hermosa como desgraciada, nos dice: «Parece que presagiaba el destino de su país en aquellos años, cuando formé la resolución de abandonarlo, consultando el interés de mi familia. Yo no quería que ella se educase respirando la atmósfera de horrores que produce la guerra civil, y apestar del ostracismo voluntario, aquellos que son mis hijos han conservado su nacionalidad de orientales, exentos de toda idea antipatriótica y siempre dispuestos á servirla, si alguna vez se hiciera práctica la hermosa bandera de la Fraternidad Uruguaya.»

El antagonismo mortal y perpétuo de blancos y colorados, esta guerra civil activa ó latente impide formar y consolidar los elementos de una nacionalidad. Los fronterizos ocultan el nacimiento de sus hijos, los llevan á bautizar al Brasil, ó llevan las madres á dar el fruto en tierra extranjera: la ciudadanía oriental es una desgracia! Es esta una verdad amarga, pero es una verdad verdadera, y ella explica que solo en la República Argentina tengamos emigrados más de setenta mil orientales!

Al mismo tiempo que recibíamos la carta del doctor Urquiza, recibíamos también la adhesión á nuestros ideales del distinguido ciudadano señor don Ignacio M. Oribe, de la familia del fundador del partido blanco! Será ilusión, pero nos ha parecido que las sombras ilustres de esos grandes nombres, despojadas de las pasiones egoístas que los agitaron en vida, y movidos solos por el patriotismo que hizo del uno el 2.º de los Treinta y Tres y del otro el vencedor de Caseros, aprobaban la propaganda de la fraternidad uruguaya, y repetían la célebre fórmula de Octubre de 1852: «No hay vencidos ni vencedores».

La verdad es, digan lo que quieran los tradicionalistas, que la idea avanza y que el pasado retrocede y dentro de pocos años vivirá la vida de la historia.

Cuando vemos á los Urquiza y los Oribe, los Tajes,—nos referimos á Ricardo, que tiene por padre un héroe y mártir en el calendario de la República,—los De-Maria, Lucas Moreno, Lasala, Brito del Pino, Ramirez, Suarez, Grané, Corta, Acevedo, Argentó, Artagaveitia (J. A.), Butler, Villegas Zúñiga, Ferreira, García Lagos, García Acevedo, Arteaga (R. de), Pena, del Castillo, Saráchaga, Regules, E. Vedia, E. Muñoz, Coronel, Larriera, Goyeneche Laviña, Palma, Requena, Caravia, Alvarez Susviela, Pereira, Martinez, Sienra, Sienra y Carranza, Gradin, Lerena Lenguas, Saenz de Zumarán, Risso, Perez Martinez, Escudero, Piñeiro, Piñeiro del Campo, Morales, Varela (J. P.), Pagola, S. Olmos, Ramela, Megget, y tantos otros ciudadanos distinguidos, cuyos apellidos figuran en las luchas del pasado, desvinculados de éste y movidos solo de la aspiración patriótica del porvenir, nos sentimos alentados á proseguir la tarea y á increpar su falta de impulsión generosa á los que no ven la patria sino al través de un cintillo, á los que más odian á sus adversarios que aman á sus hermanos, olvidados de que, como dijo un santo padre, «hemos nacido para bendecir y no para maldecir».

Byzantinus.

Montevideo, Febrero 15 de 1899.

Del doctor don Blógenes J. de Urquiza

Buenos Aires, Febrero 13 de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Mi distinguido amigo:

Con creciente interés he tenido el gusto de leer su brillante folleto. Usted mismo se ha retratado como distinguido publicista por la forma de sus escritos y por esa sinceridad que revela al manifestar ideas, una austeridad digna del mayor encomio.

Yo también he pensado como usted en mi insignificante período de vida pública.

Decidido partidario de aquella frase lanzada en el pacto del Pantanoso el 8 de Octubre, *no hay vencedores ni vencidos*, ó lo que quiere decir, que el país es de todos y para todos, gobernado por los hombres honrados y patriotas sin distinción de partidos, constituye el indicado concepto, una vez ejecutada en la vida política la felicidad de los pueblos.

Desgraciadamente, somos utopistas.

Pocos son los ciudadanos que tienen á su edad esa fuerza de convicción que los aleja del poder, como hoy se organiza, para defender sus verdaderas bases.

En la vida práctica de las sociedades modernas, en que el oro solo suena, es preferible agitar pasiones que se encontraban acalladas y levantar una bandera al tope para ensangrentar el país, constituir gobiernos ilegales, arruinar su crédito y vivir gozando de los beneficios que el poder ofrece.

Blancos y colorados han debido desaparecer de esa tierra querida para mí. Son partidos primitivos, de historia enlutada por las pasiones humanas que nadie contiene en momentos de efervescencia.

Todo ha progresado en esa República, desde que tuve ocasión de conocerla: pero á pesar de la transformación general, hay algo, sin embargo, que no ha podido civilizar, ni el transcurso del tiempo ni el contacto europeo, ni causa alguna. Es el odio inalterable que se profesan entre sí los hijos de la misma tierra, por quererse enriquecer los que dirigen, explotando la ignorancia de la mayoría partidista.

Parece que presagiaba el destino de su país en aquellos años cuando formé la resolución de abandonarlo, consultando el interés de mi familia. — Yo no quería que ella se educara, respirando la atmósfera de horrores que produce la guerra civil y apesar del ostracismo voluntario, aquellos que son mis hijos han conservado su nacionalidad de orientales, exentos de toda idea antipatriótica y siempre dispuestos á servirla, si alguna vez se hiciera práctica la hermosa bandera de la «Fraternidad Uruguaya.»

Qué influencia posee el hogar y la escuela que no enseña política en la educación de la juventud!

Nosotros somos más felices que ustedes al menos en esa parte.—Ni federales, ni unitarios —Eso son partidos que pertenecen al pasado.

Y derrocada la tiranía de Rosas, el doctor Del Carril que había sido confiscado y perseguido, era el primero en pronunciar en pleno Consejo de Estado un notable discurso, oponiéndose á la confiscación de los bienes que pertenecían á los vencidos: y ese triunfo se alcanzó siguiendo una política amplia y generosa, como cuadraba á los hijos de una misma madre y á los nuevos horizontes que se abrían.

Vimos después en el Congreso Constituyente y en el Gobierno de la Confederación, á todos los hombres de valer que el país tenía, formando una gran mayoría, precisamente aquellos que habían pertenecido al partido contrario al del vencedor de Caseros: allí tomaban asiento los Del Carril, Alberdi, Gorostiaga, Gutierrez, Elías Bedoya, Zubiria, Alvarado, Guido, y tantos otros que excuso mencionar, porque usted los conoce y bajo cuya influencia se dictó la Constitución que hoy nos rige.

Día vendrá en que la historia ha de juzgar imparcialmente para hacer justicia al autor de esa gran política.

Sus amigos no vamos á tener el gusto de ver á usted en los altos

puestos de Gobierno, posiblemente; pero en cambio experimentamos el gran placer de verlo predicando para el futuro. Siga usted defendiendo los principios de Gobierno, la libertad y el derecho, y no se olvide que los apóstoles de elevadas causas han sido sacrificados, primero, y ensalzados después por la humanidad.

Le reitero mis agradecimientos por su brillante folleto, y afectuosamente lo saluda.

D. J. DE URQUIZA.

Del señor Ignacio M. Oribe

Rosario, Febrero 11 de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Montevideo.

Estimado señor:

He tenido el placer de leer su obsequio «Fraternidad Uruguaya». Soy de los humildes que admiran su obra y que desean se haga carne su bello pensamiento. En el camino estamos; todo depende de que el nuevo Gobierno se revista de la energía suficiente para inaugurar una política nacional.

De otro modo doctor, usted será el profeta anunciando la ruina de Babilonia.

Me repito de usted atento y S. S.

IGNACIO M. ORIBE.

Antítesis elocuente

I

Byzantinus no publica, ha ya muchos días, las numerosas adhesiones que han seguido afluyendo como corrientes de simpatías, en honor de su folleto «La Fraternidad Uruguaya». Las ha reservado, repitamos la frase de rúbrica, para el archivo de sus satisfacciones personales, ó para una tercera edición... si se anima á acometerla, por estar agotada la segunda y no los pedidos.

Pero no puede negarse á publicar dos felicitaciones recibidas anteayer y que forman elocuentísima antítesis.

Es la una, la de distinguida dama, cuyo nombre reserva inviolablemente, respetando su deseo, su delicada modestia, que huye toda apariencia de exhibición. Ella se cree intérprete de los sentimientos que el folleto ha inspirado «á todas las madres de alma noble y mente pensadora», y su felicitación llena de delicadezas exquisitas de femenina sensibilidad, ha conmovido dulcemente el corazón de Byzantinus.—Gracias, señora, por esa bellísima corona de ideales flores con que, á nombre de las madres orientales, favorece usted al humilde apóstol de la fraternidad uruguaya.

II

Es la otra felicitación del doctor Eduardo Wilde, nuestro viejo condiscípulo del Uruguay, la crítica más amarga, más sarcástica que,—en frases espiritualísimas,—puede salir de la pluma de un censor implacable de nuestras luchas fratricidas.

Como en ella nos dice, continuando su acerba ironía: «no muestres á nadie esta tarjeta, no hay necesidad de propagar la verdad», no quisimos darla á luz sin antes ratificarnos en la idea de que él deseaba su publicación, de que no había afilado tan artísticamente su flecha para que cayese en el vacío, sino para que, atravesando el Plata, diese en el blanco de nuestras discordias civiles.

Le dirigimos, pues, un telegrama preguntándole «si su felicitación espiritual y sarcástica era realmente reservada ó publicable á su costa y á la nuestra».

El doctor Wilde nos contestó,—confirmando nuestra idea de que desea su publicación: «Haz como quieras; nadie tomará á mal, creo».

Es una broma, es una broma cruel, en exceso cruel, una píldora amarga, dorada con el mayor *sprit*, pero que no se puede tragar sin hacer algun gesto avinagrado.

La publicamos en ese sentido, y porque exagerada es la opinion de una buena parte de la prensa argentina, de los argentinos, que tienen para los orientales, considerados individualmente, las más fraternales simpatías, la más generosa amistad y protección, pero por la patria chica una compasión involuntariamente desdenosa que lastima.

Nosotros, que somos argentinófilos de buena ley, nos sentimos inclinados á excusar el exceso de chispeante ironía del doctor Wilde.

Pero nos tememos que á otros produzca escozor, ardor, el urente cáustico.

Es muy posible que, si todos los compatriotas de Byzantinus perdonan á este algunas verdades amargas, sembradas ex-pro-eso para producir mayor efecto, en gracia á su patriótica intención, no han de faltar algunos que admirando el *sprit* del crítico,—entiendan que no es un argentino el más autorizado para burlas tan despiadadas, desde que en las eternas guerras de «South América» tiene La Argentina, sino la primogenitura ó mayorazgo, algo muy parecido.

No será extraño que algún sportman recuerde brommando, que en el pasado nadie ha excedido el *record* revolucionario, teniendo, como Buenos Aires, tres gobernadores en un día.—Que á algún militar severo y ocurente se le ocurra decir, que la primer lección de motín militar en el Plata, la dió el ilustre general Lavalle derrocando al ilustre Dorrego.... y fusilándolo,—impulsado por algunos prohombres de su partido—dos horas después de tomado prisionero,—lo que no hicieron con Ellauri nuestros anatematizados motineros de 1875.»

Que algún erudito travieso recuerde que «El Tiempo», diario de un poeta ilustre, Juan C. Varela, excusando el hecho decía, que á la resolución tomada por Lavalle podría aplicarse aquello de Bruto:

Pense—t'on que un moment ma vertu dementie
Eut mis dans la balaune un homme et la patrie?

Lo que prueba, entre paréntesis, que Byzantinus imita un maestro en las letras al citar con frecuencia, en artículos políticos, versos de grandes poetas.

Pero el ilustre adalid de las luchas legendarias contra Rosas,—observará Byzantinus,—rescató un momento de extravío, que lloró noblemente después, con una vida de heroísmo y una muerte trágica y su nombre es ahora solo símbolo de gloria!

No sería extraño tampoco, que en materia de tiranías, algún principista empedernido y jugador observe festivamente que, con Rosas,—que fué un magnífico tirano y nos echó á perder un soldado ilustre como Oribe,—le han matado el punto á toda América en el pasado y tal vez en el futuro.

Que algún leguleyo diga, sonriéndose, que no hay jurisprudencia uniforme en eso de que los gobernadores argentinos mueran en su cama.—Y se acuerde de Beron de Astrada, Avellaneda (Márkos), Benavides, Virasoro, Urquiza, etc., etc.

Y que pasando por alto muchas cosas, y acercándonos á la época contemporánea, á otro gracioso se le ocurra decir que Sarmiento, el gran Sarmiento escapó al trabucazo de los Güerri.... por el exceso de carga del arma y Roca, al adoquín de Monge, porque felizmente tiene la bóveda craneana tan sólida como su talento político.

Finalmente, y para terminar estas festivas reminiscencias,—que alguien asegure que ayer no más, en Catamarca y Santiago, Senadores y Diputados de la oposición se *resistian* á la cortés y nocturna visita de la

policía argentina, como algunos caudillos criollos se resistieron á la uruguayu en tiempo de nuestro último tiranuelo!

Pero, como dice espiritualmente el doctor Wilde, «no hay necesidad de propagar la verdad....» y mucho menos de cambiar estas flores de irritante perfume entre ciudadanos de países tan fraternalmente unidos, como que tienen el mismo sol y los mismos colores en su bandera, y formaron, en un pasado no muy lejano, una sola y misma patria, que todos nos complacemos en llamar la «La Patria Grande».

Byzantinus.

De la señora N. N.

Señor Domingo Aramburú.

Distinguido doctor:

Al expresar á usted los sentimientos de admiración que inspira la lectura de su hermoso folleto «Fraternidad Uruguayu», que dirigió á mi esposo,—creo ser intérprete de los que agitan á todas las madres de alma noble y mente pensadora.

Sí, son bellísimas las ideas emitidas. Esas ideas de unión y fraternidad, de cívica concordia, han agitado más de una vez mi alma al seguir el movimiento político de nuestro país, y he lamentado no tener autoridad ni títulos para exponerlas, por mi calidad de mujer y falta de ilustración requerida. Pero hablando mas alto que esas consideraciones, el entusiasmo, el júbilo verdadero con que lei sus artículos, me atrevo á manifestárselos en esta forma, seducida por la brillantéz del estilo, pureza de miras, nobleza de carácter é ideales adorables, no puedo resistir al deseo de felicitarlo, después de vacilar bastante.

Ah! si por fortuna hubiera una mayoría de ciudadanos tan bien inspirados como usted, eso habria salvado la Patria, esta patria que llamándola querida, sus hijos sumen cada día más en el infortunio.

No son simples aparatos colocados para evitar el choque de los barcos, las purisimas doctrinas que usted predica; son mas bien como esos grandes focos de luz que muestran donde está el escollo. Muestra usted á sus compatriotas extraviados, que van á hundirse, que están sobre un precipicio y van á perder hasta la nacionalidad! Qué se detengan y miren! Y esto lo dice con la fé del apóstol, grande y desinteresada! Lleva las luces de su selecto espíritu, la experiencia de una vida sin mancha, y todo lo pone al servicio de la causa más justa, buscando solo la felicidad de sus hermanos! Bien! Bravo! Doctor Aramburú, merece usted el mas sincero aplauso.

Rogándole acepte esta personal y reservada manifestación de elogio á su gran talento, á su ilustración y bondad de alma, lo saluda complacida:

N. N.

Del doctor Eduardo Wilde

Presidente del Departamento Nacional de Higiene.

Buenos Aires, Marzs 20 de 1899

Mi querido Aramburú:

Te acuso recibo del folleto «La Fraternidad Uruguayu» y te felicito por dos cosas; por haber llegado á dar una segunda edición de tu obra y por haber descubierto la posibilidad de una fraternidad uruguayu, acontecimiento que pasmará al mundo entero. Si hubieras escrito «La revolución continua» te habrias conformado más á la enseñanza de la historia. Mira, yo fui un día á Montevideo, llegué por la mañana y á media tarde ya estaba complicado en una revolución que hacian los liberales intransigentes

colorados conservadores. contra los conservadores colorados intransigentes liberales! No muestres á nadie esta tarjeta—no hay necesidad de propagar la verdad!

A Domingo Aramburú, su amigo y condiscípulo que no lo olvida.

E. WILDE.

Del doctor Juan A. Golfarini

SUS SIMPATIAS POR LA «FRATERNIDAD URUGUAYA»

Este distinguido y popular ciudadano, ex-presidente del comité revolucionario nacionalista en Buenos Aires, y que de tantas y tan merecidas simpatías goza en la Patria Grande y en la Chica, ha dirigido á Byzantinus la siguiente carta, en que externa sus sentimientos siempre generosos en pró de la propaganda que éste hace.

Byzantinus se consuela un poco de no tener en esa propaganda fraternal el apoyo entusiasta de la ciencia positiva, absorta en «los problemas biogénicos de nuestra organización social»,—como dice el egregio doctor Costa, que en estos momentos tal vez confecciona otra menipea que va á chorrear ciencia por todos sus poros ó letras,—con adhesiones como la del doctor Golfarini, representante hasta ha poco del sentimiento ultra-revolucionario.

El mismo patriotismo que inspiraba ayer la acción violenta, armada, contra una oligarquía funesta, inspira,—ahora que se inicia, bajo formas legales, el gobierno de co-participación política de todos los partidos,—sentimientos de concordia, de paz que,—como dice el doctor Golfarini,—debemos aprovechar para educar las masas populares.

Ese y no otro es el desideratum que perseguimos, complaciéndonos en reconocer que la revolución de 1897, aunque con divisa tradicionalista, exclusivista,—tenía alientos y aspiraciones populares. Que la paz de Septiembre,—aceptada por todos los partidos, fué acto aún más popular y patriótico;—y que el Acuerdo de 19 de Abril, volviendo á la gran política de 1851,—á aquella que declaraba que en la lucha «no habia habido vencedores ni vencidos»,—debe ser la base angular,—por nuevos y más ámplios acuerdos cívicos,—de la política uruguaya, hasta que más educadas las masas, más vivo el sentimiento de la fraternidad, sea posible la lucha cívica sin compromisos electorales de ningún género.

BYZANTINUS.

Buenos Aires, Marzo 25 de 1899.

Distinguido compatriota y amigo:

Lo sigo en su interesante como patriótica propaganda, á favor de la «Confraternidad Uruguaya», que también persigo, como simple minero, deseando que ella se realice en el más breve plazo, á cuyo efecto trabajo en la medida de mis fuerzas, explotando la veta que ha de conducirnos al corazón de la mina, donde encontraremos los materiales preciosos que todos anhelamos.

Mientras llega ese momento, bueno será no echar en olvido, que el punto de partida de los cambios que se operan en nuestro país, es debido, en gran parte, á la revolución de 1897, la cual puso de manifiesto, ante propios y extraños, nuestros progresos, y á la vez, los principios de nuestros respetos por las libertades y derechos consagrados por la Constitución.

Continuemos, pues, la propaganda pacífica; aprovechemos las lecciones del pasado y eduquemos a las masas. Solo entonces veremos surgir á nuestro hermoso país, venturoso, con la frente erguida y coronado con guirnalda de union

Lo saluda con su consideración distinguida y se repite su effmo. amigo y S. S.

JUAN ANGEL GOLFARINI.

S/c, Defensa 666.

“ LA FRATERNIDAD URUGUAYA ”

Del señor Francisco R. Gómez

Saluda á su amigo el doctor Aramburú y agradece el obsequio de su interesante y patriótico folleto «La Fraternidad Uruguaya».

S/c. Febrero 15 de 1899.

Del señor José F. Fontana

Nueva Palmira, Febrero 16 de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Montevideo.

Distinguido señor:

He tenido el honor de recibir el ejemplar de su patriótico folleto «La Fraternidad Uruguaya» que usted se dignó enviarme.

Al agradecerle tan importante obsequio, éste su humilde correligionario hace sinceros votos porque nuestros gobernantes y todos nuestros hermanos los uruguayos se inspiren en las sanas doctrinas y bellos ideales políticos que encierra su brillante y aplaudido folleto.

Aprovecho la oportunidad que me brinda el ilustre «Byzantinus» para pedirle prosiga con fé y perseverancia su obra de regeneración de los deberes cívicos y políticos de los orientales, seguro de que no en lejano tiempo el mejor éxito coronará sus esfuerzos y merecerá bien de la patria.

Saludo á usted con mi más distinguida consideración.

JOSÉ F. FONTANA.

Del doctor Manuel Crovetto

Saluda al eminente publicista doctor Aramburú y le agradece el envío de «La Fraternidad Uruguaya» en su segunda edición, felicitándole por el notable trabajo que ara hondo en nuestra cultura política; y como todas las producciones salidas de su pluma está destinada á ser el espíritu nuevo en nuestros adelantos del futuro.

Solo las grandes verdades tienen la resonancia de «La Fraternidad Uruguaya».

S/c. Paysandú, Febrero 17 de 1899.

Del señor Enrique Sosa Díaz

Agradece á su distinguido correligionario y amigo doctor Aramburú, su recuerdo en el envío de su folleto «Fraternidad Uruguaya» segunda edición, el que ha leído con el mayor interés; demanda.... tiempo sus nobles y sanas ideas para bien de todos.

S/c. Febrero de 1899.

Del señor Eugenio G. Lasnier

Saluda y agradece á su distinguido correligionario «Byzantinus» el envío de su patriótico folleto «La Fraternidad Uruguaya» segunda edición, adhiriéndose en un todo á tan brillante programa de unión en beneficio de todos y principalmente de nuestra muy querida patria.

S/c. Febrero 21 de 1899.

Del señor José C. de Oliveira

José C. de Oliveira, director de «La Luz», saluda atentamente á Byzantinus; y habiendo creído reconocer su letra en las palabras á «A la Redacción de «La Luz», San Fructuoso», puestas en un ejemplar de «El Siglo» que contiene su interesante contestación á una carta reciente del doctor Melian Lafinur,—interesante como todo lo que escribe Byzantinus,—le agradece mucho el envío de dicho diario, por la satisfacción que le ha producido la lectura de aquella contestación; pues, de otra manera, se habría visto privada de esa agradable lectura.

San Fructuoso, 17 de 1899.

Del señor Juan Basso

Juan Basso saluda á su distinguido amigo el doctor Domingo Aramburú y le agradece el obsequio de su importante folleto «La Fraternidad Uruguaya», obra que inspirada por los sentimientos del más puro patriotismo, debería servir de enseñanza en las Escuelas del Estado, de observación á los partidarios tradicionales, y de estímulo á los nacidos en tierra extranjera pero padres de ciudadanos orientales, para influir á que nuestros hijos la lean, la mediten, y aprendan como se ama la Patria.

S/c. Febrero 21 de 1899.

Del señor Juan Pedro Fabini

Agradece al distinguido doctor don Domingo Aramburú el envío del patriota folleto de «Byzantinus» «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», y al felicitarle, le expresa sus deseos porque llegue pronto el día en que las ideas de «simpatía, altruismo, fraternidad, se graven con dureza de granito en la mente popular», día venturoso en que se habrá asegurado la felicidad de la Patria.

S/c. Febrero de 1899.

Del doctor Carlos Larriera

Carlos Larriera saluda respetuosamente al distinguido correligionario doctor Aramburú, le agradece el envío del interesante folleto «La

Fraternidad Uruguaya, se interesa porque siga adelante en su propaganda tan patriótica como oportuna y hace votos porque encuentre imitadores dignos del eminente Maestro «Byzantinus».

C/Vd. Febrero 16 de 1899

Del señor Roque García y Santos

Afectuosamente saluda al distinguido publicista doctor don Domingo Aramburú y agradece efusivamente el envío de su importante obra sobre «La Fraternidad Uruguaya».

Febrero 1899.

Del señor Andrés de Grossi

Florida, Febrero 16 de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

May distinguido correligionario:

Ha llegado á mi poder un ejemplar de la segunda edición de su hermoso folleto titulado «La Fraternidad Uruguaya», que usted ha tenido la amabilidad de dirigirme con honrosa dedicatoria.

Ya anteriormente el doctor Pernin hablame enviado quince ejemplares de la primera edición que me apresuré á distribuir entre los correligionarios y amigos de ésta, siendo insuficiente el número de aquéllos con relación á la demanda.

Y no podia suceder por ménos tratándose, como se trata, de una joya de inestimable precio, debido al altruismo de uno de nuestros más beneméritos compatriotas en la doble faz de sus relevantes condiciones intelectuales y su virtud individual y política, por demás acrisolada. Ciudadanos como Vd., señor doctor Aramburú, honran en demasía á la sociedad en que viven, á la que pertenecen sin restricciones y á cuyo perfeccionamiento dedican, sin descanso, sus más vitales energías, obligándonos á *todos* por inmensa gratitud.

Yo no conozco á usted más que de vista, y por la lectura de sus trabajos políticos y literarios, y esta circunstancia debe tenerse muy en cuenta, porque demuestra que mi simpatía encuéntrase descarnada de todo móvil, desde que tal sentimiento tiene por única base la más franca sinceridad.

He leído con detención su opúsculo, enriquecido ahora con la polémica impersonal y correspondencia que motivaron sus elevadísimas ideas, y no puedo sustraerme al vehemente deseo de tributarle mi humilde satisfacción por obra tan inspirada, meritoria, y que está, indudablemente, llamada á dar óptimos frutos, aunque pese á los políticos recalitrantes.

Estoy tan identificado con su elevado modo de pensar al respecto, que juzgo no puede ser feliz una desgraciada patria mientras no sea una verdadera y tangible realidad la doctrina que usted desarrolla con tanto brillo y elocuencia. Solo el día que desaparezcan los malhadados partidos tradicionales para dar cabida á los de principios que reclama, á grito herido, nuestra civilización, podremos ver coronados los propósitos que persigue nuestra agrupación constitucional. y en primer término los elementos dirigentes y de primera fila, en cuyo número ocupa usted un puesto expectable y á muy justo título.

Para terminar esta carta, escrita al correr de la pluma, y como el mayor elogio y distinción que hago de su importante trabajo, solo me resta significarle que ocupa, en mi humilde biblioteca, un lugar preferente y que verá colmados mi mayores anhelos si algún día, la doctrina por usted sustentada y tan brillantemente desarrollada, puede servir de norma de conducta á mis hijos, en la que los educo y cuyos preceptos trato siempre de inculcarles.

La propaganda á tal fin nunca debe omitirse por los que estamos bien intencionados y confiamos en el porvenir, pues soy de los que no ven otra felicidad posible para los orientales, que la que nazca de la fraternidad que debe unirnos sin otra distinción que la del bien y el mal.

¿Veremos realizada tan hermosa perspectiva?

Debemos suponerlo, fundando nuestras esperanzas, sino en la actual generación, en las que nos sucedan y ocupen nuestro puesto de combate.

El legado que usted les deja es harto precioso para que no lo observen, y les sirva de segura guía en las luchas á que necesariamente se verán expuestos, para combatir con éxito las perniciosas conveniencias de círculo.

Soy de usted humilde, pero entusiasta, admirador y aprovecho esta oportunidad para saludarlo con mi consideración más distinguida.

ANDRÉS DE-GROSSI.

Del señor Arturo W. Mata

San Eugenio, Febrero 15 de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Distinguido señor y amigo:

Profundamente agradezco su recuerdo de enviarme con amable dedicatoria su libro «La Fraternidad Uruguaya», que contiene además las interesantes publicaciones que le han seguido

Sin ese envío con que usted ha querido honrarme, ya había pensado escribirle para expresarle mis parabienes, pues he seguido con entusiasmo todos sus escritos de propaganda constitucionalista publicados en «La Razón», en los que ha demostrado una vez más sus sentimientos altruistas y patrióticos, su vasta ilustración y sus envidiables dotes de escritor.

En la incapacidad de saber traducir cuanto pudiera decirle, dé aquí por reproducidos los elogios que hombres notables de todos los partidos y hasta del extranjero han tributado merecidamente á su obra que tendrá la virtud de arraigar las convicciones de los correligionarios, atraer á la juventud y hacer pensar á todos los hombres de corazón en la necesidad de la desaparición de los partidos tradicionales.

Perdido como grano de arena, casi solo en este Departamento en que todo lleva tinte colorado ó blanco, conservo mi fé constitucionalista, y tal vez por esta misma calidad en que vivo, ignorante de los propios correligionarios, pareceme que su libro me ha impresionado más gratamente que á nadie.

Repitiendo mi admiración y mi entusiasmo por el noble y patriota ciudadano, reitero también mi gratitud y consecuencia al correligionario y amigo, á quien saludo atentamente.

ARTURO W. MATA.

Del señor Juan B. Madoz

Montevideo, Febrero de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Estimado correligionario y amigo:

He recibido su importante opúsculo «La Fraternidad Uruguaya»; lo he leído con detención y á pesar de mi limitada inteligencia reconozco que las ideas que en él imprime, son de gran porvenir; pero, llegaremos á la cima á pesar del camino que con mano maestra usted nos traza? Ojalá se realicen sus deseos que son los míos.

Agradezco; querido doctor, por haberse acordado de mi humilde persona al obsequiarme con dicho opúsculo y me congratulo al darme la oportunidad de saludarlo con el aprecio de que es usted acreedor.

Su atento y S. S.

JUAN B. MADOZ.

Del señor Sebastián R. Zabalúa

Agradece efusivamente á su distinguido correligionario y amigo el doctor don Domingo Aramburú, la segunda edición del patriótico folleto «La Fraternidad Uruguaya», que hoy ha tenido la deferencia de enviarle.

Febrero 14 de 1899.

Del señor Nicolás N. Piaggio

Señor doctor Domingo Aramburú.

Estimado doctor:

Las ideas fundamentales que vierte usted en su interesante folleto «La Fraternidad Uruguaya» folleto que he recibido en estos días,—vibran en el cerebro de todos aquellos que seguimos con firmeza el credo del constitucionalismo; pero la forma típicamente hermosa con que ellas vienen expresadas y los argumentos contundentes que la cimentan, eso es esencialmente obra de usted: no es posible desarrollarlas con mayor altura; y esta circunstancia obliga natural y desapasionadamente á elogiar, á la vez que la nobleza de su misión, el brillo con que Byzantinus adorna tantas frases de aliento, que así debieran germinar en el seno de todos los orientales.

Podremos recoger, algun día, los frutos de tan simpática propaganda?... La variedad en los giros de la suerte, suele arrancar aplausos inesperados.

Su correligionario y admirador.

NICOLÁS N. PIAGGIO

S/c., Febrero 15 de 1899.

Del señor Cipriano G. Semerla

Tacuarembó, Febrero 14 de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Mi estimado doctor y correligionario:

.....

Con verdadera fruición he saboreado la lectura de sus patrióticos conceptos, y aunque desde el año 1880, soy un convencido soldado de la idea que usted tan valientemente sostiene en su ilustrado folleto, apesar de haber pagado mi tributo de sangre al Partido Nacional; hoy más que nunca, inspirándome en la doctrina de su apostolado político, sostendré en la medida de mis humildes fuerzas, la bandera de concordia nacional que Vd. levanta, convencido de que el triunfo que ella conquistará, más ó ménos tarde, coronará el esfuerzo patriótico de apóstoles que, como usted, saben inspirarse en la felicidad de nuestra querida Patria, por medio de la fraternal concordia de sus hijos uruguayos.

Agradeciéndole su obsequio y la distinción con que se ha dignado honrarme, aprovecho la oportunidad de ponerme á sus órdenes, suscribiéndome su atento compatriota y S. S.

CIPRIANO G. SEMERIA.

Del doctor Martín Berinduague

Martín Berinduague, saluda cordialmente á su siempre bien estimado amigo é ilustrado colega, doctor don Domingo Aramburú; y al agradecerle con particular aprecio el envío de la nueva edición de su folleto aumentado con las numerosas y valiosísimas adhesiones conquistadas á su empeñosa, noble y patriótica obra de la «Fraternidad Uruguaya», no puede dejar de felicitarle con toda sinceridad; deseando que tan simpática propaganda fructifique extensa y profundamente, primero que nada en el corazón de todos los compatriotas, el cual se encargará luego de dirigir las cabezas, para que así sea efectivo y el triunfo del ideal que persigue el tal convencido como inestimable apóstol.

Su affmo.

S/c. Febrero 15 de 1899

Del señor Martín Lasala

Martín Lasala acusa recibo y le agradece su interesante folleto «La Fraternidad Uruguaya».

Creo, que á usted debemos llamarle «Apóstol del Constitucionalismo».

S/c. Febrero de 1899.

Del señor Manuel S. Milans

Manuel S. Milans saluda á su distinguido correligionario el ilustrado ciudadano doctor Aramburú y le agradece el envío de la segunda edición de su interesante folleto, «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», en cuyas hermosas páginas, cubiertas por los colores de la bandera que enarbolaron un día los que nos dieron patria y libertad, se encuentra la verdadera encarnación de las ideas que animaron á aquellos próceres nunca tan bien comprendidos ni imitados.

S/c. Febrero 16 de 1899.

Del señor José María Muñoz

Agradece efusivamente al recto é ilustrado ciudadano doctor don Domingo Aramburú, el envío de «La Fraternidad Uruguaya», que he leído con todo el vivísimo interés que pueden inspirar ideas tan sanas y patrióticas á los que profesan el credo político que aquellas prestigian.

Febrero 15 de 1899.

Del doctor Salvador T. Milans

Agradece la delicada atención del doctor don Domingo Aramburú, remitiéndole la 2.ª edición del celebrado folleto sobre el «Partido de la Fraternidad Uruguaya»

Del doctor Pablo De-Maria

Saluda á su distinguido amigo y fecundo publicista Domingo Aramburú, agradeciéndole el ejemplar que se ha servido remitirme de su brillante

y patriótico folleto, y sobre todo, los benévolos conceptos con que ha tenido la amabilidad de dedicármelo.

S/c., Febrero 6 de 1899.

Del doctor Luis Santiago Botana

Le agradece de corazón la primera y segunda edición de *Byzantinus*, que leerá, (estando aún en periodo de convalecencia de grave enfermedad), con la unción y respeto que inspiran todas sus producciones, hijas de una honestidad irrefragable y de fuerza intelectual, que hacen honor al país. Al través de mis ideas tradicionales siempre observo, en sus trabajos, el fondo bello y la forma amena que contribuyen á enriquecer, con el civismo, la propia literatura nacional. Mi padre me enseñó desde niño á querarlo á usted, como repúblico, y ya sabe usted que aquel carácter solo rendía homenaje á la virtud y al talento, ofrécele su consideración y estima. S. S. y amigo afectísimo.

Febrero 3 de 1899.

Del doctor L. Demicheri

L. Demicheri agradece muchísimo al doctor Aramburú su notable folleto «La Fraternidad Uruguaya», y aprovecha la oportunidad para saludarlo afectuosamente.

S/c., Febrero de 1899.

Del señor Tomás Comensoro

Agradece á *Byzantinus* el obsequio de la interesante y nueva edición de su libro «La Fraternidad Uruguaya», de cuyos méritos cívicos y literarios hablan bien alto los juicios diversos de los distinguidos compatriotas y extranjeros.

Y hace fervientes votos para que las ideas de la *juventud*, á las cuales se refiere *Byzantinus* en una honrosa página, se desborden de los labios de los buenos ciudadanos, como promesa de paz y sin detrimento de sus partidos políticos.

Del doctor Julian F. Sarachaga

Julian F. Sarachaga saluda respetuosamente al distinguido correligionario y amigo doctor don Domingo Aramburú,—á quien ha seguido, paso á paso, en su brillante y patriótica última campaña por la Fraternidad Uruguaya,—ó mejor, por la Patria.

Ya entonces asumió su parte en la deuda comun, que liga á todos con el ciudadano que pone su inteligencia é ilustración al servicio del bien público.

Hoy tiene que agradecerle, y le agradece íntimamente, el ejemplar en que ha condensado aquella misma propaganda,

S/c , Montevideo, Febrero 6 de 1899.

Del señor Carlos Anselmi

Carlos Anselmi saluda atentamente á su distinguido amigo y correligionario doctor don Domingo Aramburú, y tiene el honor de agradecerle su folleto «La Fraternidad Uruguaya».

Del doctor Alfredo Vidal y Fuentes

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Distinguido señor:

Agradezco íntimamente la deferente atención con que me ha distinguido, enviándome la 2.ª edición de su interesante folleto de «La Fraternidad Uruguaya».

Muchas y hermosas flores hay en las páginas con gusto leídas, de su obra: flores que conservarán su lozanía por muchos años, cuajándose en frutos que todos ansiamos para la patria, el día que los actuales partidos políticos de nuestra tierra, declaren agotados todos los temas que los preocupan, como los poetas árabes, cuando colgaron sus lirás porque no tenían más qué cantar.

Deseando como usted, que sea breve el plazo que nos separa de esos días venturosos, me repito de usted atento y S. S.

ALFREDO VIDAL Y FUENTES.

Montevideo, Febrero 9 de 1899.

Del señor Isidoro De María (padre)

Isidoro De María saluda afectuosamente al doctor Aramburú y le agradece mucho su obsequio de la 2.ª edición de su simpático é interesante folleto «La Fraternidad Uruguaya», de que es ferviente Apóstol «Byzantinus», y cuya lectura ha saboreado con pasión, antes de significarle su agradecimiento, por eso retardado.

Febrero 11 de 1899.

Del señor Leopoldo G. Nieto

Leopoldo G. Nieto, el más humilde sin duda, el más jóven quizá, pero quizá también el más sincero y entusiasta de los correligionarios que admiran el talento y las virtudes ciudadanas del doctor Aramburú, le saluda respetuosamente y le queda eternamente reconocido por el envío de su brillante y patriótico folleto «La Fraternidad Uruguaya», la lectura de cuyas páginas ha inundado mi alma de mayor devoción, si cabe, que nunca, por la religión política en que comulgo, y de risueñas esperanzas de un no lejano porvenir de felicidad y de grandeza para la Patria.

S/c., Febrero 4 de 1899.

Del doctor Albérico Isola

Albérico Isola se complace en saludar á su distinguido amigo y correligionario político el doctor Domingo Aramburú, —le agradece el envío de su hermoso libro «Fraternidad Uruguaya», rebozante de sentimientos verdaderamente nobles y patrióticos, y que son el reflejo de la santidad del propósito que ha tenido en escribirlo.—Lo he leído con el mayor placer, y le auguro que la buena semilla no caerá en terreno estéril, preparando para nuestra querida patria un porvenir halagüeño.

S/c. Febrero 9 de 1899.

Del señor Jaime Castells

Jaime Castells saluda muy atentamente á su distinguido amigo el doctor Aramburú, agradeciéndole el envío de su interesante folleto, «La

Fraternidad Uruguaya», y felicita al notable escritor y al ciudadano de rectas intenciones, deseando que con el tiempo puedan verse realizados sus patrióticos anhelos.

S/c. Febrero 8 de 1899.

Del señor A. Barreiro y Ramos

A. Barreiro y Ramos saluda a su distinguido amigo doctor Aramburú, y le agradece el envío de su interesante trabajo sobre «La Fraternidad Uruguaya» y hace votos por que sus ideas hagan rápidos progresos entre sus compatriotas

Febrero 6 de 1899.

Del señor Leopoldo Dibarboure

Leopoldo Dibarboure, saluda respetuosamente al distinguido correligionario doctor don Domingo Aramburú, y le agradece el recuerdo al enviarle su folleto «La Fraternidad Uruguaya» que he leído con verdadero interés. Inmensa satisfacción tendría el que suscribe si viese realizadas las aspiraciones patrióticas del ilustrado ciudadano Byzantinus.

Florida, Febrero 6 de 1899.

Del señor Augusto Morales (hijo)

Augusto Morales (hijo), se hace un honor al saludar respetuosamente al distinguido ciudadano el doctor don Domingo Aramburú, y le agradece el envío de su elocuente folleto «La Fraternidad Uruguaya», tan lleno de nobles enseñanzas cívicas, como desbordante de autoridad moral por las altas virtudes de su ilustre autor.

S/c., Febrero de 1899.

Del señor Amaro Cabrera

Montevideo, Febrero 10 de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Presente.

Ilustrado correligionario:

Acabo de leer su interesantísimo opúsculo «La Fraternidad Uruguaya» del cual me remitió usted un ejemplar por intermedio de nuestro club.

Ha vaciado usted su alma generosa y *verdaderamente* patriótica, en esas frases tranquilas y persuasivas, forjadas por las convicciones profundas del patriota immaculado, modeladas por el carácter inalterable de los espíritus superiores.

¡Perdoné tanta y tan ingenua franqueza! que no puede sentir ó pensar, ni proceder de un modo diferente al mío quien, angustioso de días felices para la patria amada, lea y medite la preciosa y sanísima propaganda que ese folleto inicia con grandes fuerzas de proyección, é inspirado en los puros ideales del más acendrado patriotismo.

Su compatriota y correligionario.

AMARO H. CABRERA.

Del señor Corallo Perelra

Montevideo, Febrero 8 de 1898.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Mi estimado correligionario y amigo:

Crea firmemente que estimo en cuanto vale el envío de su brillante y notable folleto «La Fraternidad Uruguaya».

Alma grande, espíritu fuerte y corazón bien puesto, se necesita para llegar hasta donde Vd. siempre llega, para hacer lo que siempre usted hace.

Y es la pura verdad: la grandeza de alma, la naturaleza de espíritu, la más acrisolada honradez y probidad y la nobleza y generosidad de corazón, unidas á un talento admirablemente equilibrado y á una ilustración poderosa, son las preciosas y relevantes prendas que adornan y levantan alto, bien alto, su personalidad. Ten alto la levantan que, todo lo que el país tiene de más respetable y de más digno, ha apreciado y considerado siempre la persona del doctor Aramburú como una de las primeras y más importantes personalidades de la República. Al reconocerlo y consignarlo yo en esta carta, no hago otra cosa que dar al doctor Aramburú lo que es del doctor Aramburú.

También los ciudadanos humildes como yo tenemos el derecho y hasta el deber de decir la verdad, aunque valga menos que lo que ella puede valer, siendo dicha por otros.

En cuanto á la importancia, al mérito y al valor de su folleto, ya lo han dicho otros que saben mucho más de lo que yo sé, y que valen mucho más que lo que yo valgo; es un trabajo *en todo sentido magistral*.

Agregaré yo, solamente, que las verdades que su folleto condensa, son verdades que hasta se pueden *tocar y agarrar con la mano*: y que, por lo tanto, ellas no podrán ser vistas sino únicamente por aquellos que intencionalmente cierran los ojos para no verlas. Pero aún así mismo, aun cuando cierran los ojos para no verlas, no tendrían más remedio que percibir las con otros ojos que están siempre abiertos, que miran más lejos y que ven más claro: con los ojos de la conciencia.

Su brillante y notable trabajo y el acendrado y puro patriotismo que lo han inspirado, encontrarán hoy por hoy, tan serias como tenaces resistencias. ¡Cosas propias de la época!

«Con todo no hay que desesperar.—La semilla está arrojada en el suelo, y ella, tarde ó temprano ha de germinar. En todas las cosas de la humana naturaleza el tiempo influye siempre como un factor indispensable.—Hay pues que esperar; hay que esperar con los ojos fijos en el porvenir y el corazón puesto en la esperanza, teniendo siempre presentes aquellas sublimes palabras del ilustre poeta por quien usted ha manifestado siempre sentir tantas simpatías como admiración: «Detrás de la nube que nos manda su sombra, está la estrella que nos envía su luz».

Si se me pregunta ¿cuál es la nube que nos oscurece con su sombra? —Responderé: los partidos tradicionales.

Y si se me pregunta ¿cuál es la estrella que mañana, *que inevitablemente mañana*, nos alumbrará con su esplendorosa luz? —Responderé: El Partido de la Fraternidad Uruguaya».

Así hay que creerlo: así hay que esperarlo.

Quiera usted aceptar la sinceridad de estas líneas y la respetuosa consideración con que se suscribe como siempre su afectísimo amigo y seguro servidor.

CORALIO PEREIRA.

Del señor Alejandro Saenz de Sumarán

Saluda atentamente á Byzantinus, y agradece al distinguido escritor la deferencia que ha tenido de remitirle la segunda edición de sus bellos y patrióticos artículos sobre «La Fraternidad Uruguaya», reunidos en interesante folleto.

Del doctor Gerardo Arrizabalaga

Saluda atentamente á su eminente correligionario Byzantinus y le agradece el envío de su interesante folleto, que tiene, como todas las obras sinceras, el poder de hacer pensar y hacer sentir.

Montevideo, Febrero 11 de 1899.

Del doctor Luis M. Perez

Saluda atentamente á su distinguido correligionario y eminente escritor, doctor Aramburú, y le agradece el valioso obsequio que le hace del folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», de que es autor.

La lectura de los meditados cuanto bien inspirados párrafos del folleto que ha hecho este su correligionario con fruición de verdadero creyente, ha retemplado su espíritu y dádole ánimos para perseverar esperando que tan nobles y levantados ideales se harán conocer en la masa del pueblo, en tiempo no distante para bien de la patria.

San José, Febrero 11 de 1899.

Del señor Luis I. Rojí

Saluda al eminente ciudadano y escritor y muy distinguido correligionario doctor Domingo Aramburú, y le agradece la remisión de su folleto «La Fraternidad Uruguaya», que tan generosas y sábias ideas propaga.

Febrero 6 de 1899.

Del doctor Jaime H. Oliver

Saluda respetuosamente al doctor don Domingo Aramburú, y le agradece el obsequio que se ha servido hacerle de su notable folleto «La Fraternidad Uruguaya», haciendo sinceros votos para que se hagan carne sus doctrinas, únicas que pueden salvar y levantar á nuestra querida patria.

S/c., Febrero 11 de 1899.

Del señor Alejandro B. Larriera

Señor doctor Domingo Aramburú.

Montevideo.

Respetable correligionario:

Yo tambien he sido favorecido con un ejemplar de su interesantísimo folleto «La Fraternidad Uruguaya», que lo guardaré para que sirva de cartilla política á mis hijos.

Ya habia saboreado en los diarios el interesante material de esa publicación, pero al leerla por segunda vez de una tirada, la he encontrado tan sabrosa y razonada que, al terminar, no he podido ménos que exclamar: es un dolor que tan meritorio é ilustrado compatriota no encuentre más imitadores que admiradores!

Por mi parte creo que nací desbanderado, afiliándome al Partido Constitucional cuando éste surgió á la vida política de la República, precisamente en el momento mismo que estaba para recibir el bautismo ciudadano. Si eso no hubiese sucedido, me parece que despues de encontrar un apóstol de verdad, como usted, que predica con el ejemplo, no me hubiera afiliado á esos partidos de antaño, en que hombres que profesan las mismas ideas y que comulgan con los mismos principios, se dividen porque sí en dos bandos completamente antagónicos.

Distribuya usted, por la República, unos centenares de su patriótico folleto la mejor semilla á una tierra inculta y cual labriego que, al final de la cosecha, recoje su fruto, afiliará usted otros centenares de compatriotas que, al rasgar sus antiguas vestiduras, vendrán engalanadas con ideas y símbolos modernos á levantar una barrera á esas mediocridades aprovechadoras que se llaman hoy blancos y colorados.

Soy de usted atento y S. S.

A. B. LARRIERA.

Sayago, Febrero 11 de 1899.

Cuchilla del Salto (Tala), Marzo 21 de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Montevideo.

Mi distinguido correligionario.

Tengo el honor de acusar recibo á su atenta carta de fecha 5 de Febrero ppdo., que recibí bastante retardada.

Con fecha anterior había recibido cinco números de «La Fraternidad Uruguaya», que me honró usted enviándome los y por lo cual quedo sinceramente agradecido.

Los referidos folletos los he distribuido entre la juventud de acá.

He hecho todo lo que me ha sido posible porque sean bien conocidas las ideas de «Byzantinus».

El Club Constitucional de esa Capital me había enviado algunos números de la 1.^a edición.

Ultimamente lei en «El Paysandú» la carta dirigida á usted por el doctor don Diógenes Urquiza.

Mucho le agradeceré siga usted enviándome publicaciones que expongan ideas tan sanas como esas.

Sin más, tengo el honor de saludarlo y repitiéndome su affmo. y S. S.

CÁLLOS A. MARTINEZ.

Del doctor Luis A. Reggio

Luis A. Reggio agradece nuevamente la deferencia que le ha dispensado su distinguido compañero y amigo doctor Aramburú al enviarle la 2.^a edición de su interesante folleto «La Fraternidad Uruguaya», cuyas ideas tienen necesariamente que hacer camino, por más que la tierra no se halle aún bastante preparada para su fecunda germinación, lo que á no dudar se hubiera obtenido ya, si en vez de gobiernos personales y de cintillo, los hubiéramos tenido de principios y de opinión.

Lo saluda con el mayor respeto y consideración, su affmo. y S. S.

S/c. Febrero de 1899.

Paysandú, 15 de Febrero de 1899

Señor doctor Domingo Aramburú.

Montevideo.

Ilustrado correligionario y distinguido amigo:

Si mucho agradecí á usted el envío de su hermoso folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», con cuya benévola dedicatoria me honró usted, más y más grato quédole por la remesa del nuevo, titulado «La Fraternidad Uruguaya» con el cual nueva honra me dispensa.

Su contenido no es nuevo para mí pues he venido leyendo esos artículos, á medida que iban brotando de su brillante pluma.

Y con tanto mayor gusto he venido siguiendo su patriótica propaganda, cuando veo en ella la continuación del apostolado iniciado por el inolvidable patricio Carlos María Ramírez.

Sus artículos primero, sus folletos después, han venido á alentar y robustecer la idea Constitucional, tan vacilante ya á causa de la abstención á que se nos habla condenado.

Pero así como en 1880, yo creí y así lo firmé que el Partido Constitucional era el partido del porvenir,—aún cuando por una de esas explosiones del patriotismo, en aquel entonces el país entero casi, se adhirió á él,—creo hoy que el partido, sinó tan numeroso como entonces, se halla definitivamente constituido.

Habiendo sido radical en 1871, principista en 1875 constitucional en 1880, aquí me tiene usted, llevando siempre como la antigua Vestal romana el fuego sagrado de nuestros principios, sin desmayos ni debilidades, en esta tremenda noche de veinticuatro años, y con fé inquebrantable en la virtud de ellos.

Con todo sienta retemplarse mi espíritu al calor de su fraternal y patriótica propaganda, y como ciudadano y correligionario, envíele mis más sinceros plácemes por la obra nacional que viene realizando.

¿Qué sus resultados no son de inmediato? ¡No importa, es sana y buena semilla arrojada en ancho y profundo surco y dará hermosos frutos!

Y ellos serán tanto más benéficos, en cuanto que germinarán á la sombra protectora de la inmortal bandera del grande Artigas, con cuyos colores cubre usted su hermoso libro.

Acepte ilustrado correligionario con los sentimientos de mi gratitud, las felicitaciones de este su affmo. amigo y S. S.

MANUEL ROMBYS.

Del señor Francisco Puyol

Saluda atentamente al distinguido correligionario doctor Aramburú y le agradece el envío de un ejemplar de su folleto «La Fraternidad Uruguaya», y hace fervientes votos porque sus sanas doctrinas se difundan rápidamente en el ánimo de nuestros compatriotas para el bien y felicidad de la amada Patria.

Febrero 22 de 1899.

Del señor Carlos A. Arocena

Carlos A. Arocena agradece á su afectísimo amigo el envío de su importante publicación sobre Fraternidad, deseando tenga éxito su propaganda y que sea fecunda en resultados y no estéril como las Byzantinas de marras. Por eso también daré mi voto porque no se llame más «Byzantinius», y figure en su propaganda su propio nombre y apellido.

Lo que diga el doctor Aramburú puede ser respetado, y su nombre puede ser el solo una bandera para nosotros; pero Byzantinus es desconocido en el pueblo y solo la historia nos la hace conocer como soñador iluso y discutidor. No es esa, ni debería ser la personalidad respetable de mi distinguido amigo el doctor Aramburú.

S. c. Febrero 29 de 1899.

Del señor Arturo J. De María

Arturo J. Demaria saluda respetuosamente al doctor Domingo Aramburú, agraciéndole el folleto «La Fraternidad Uruguaya» (2.^a edición),

con que lo ha honrado; y une sus felicitaciones á las muchas y muy merecidas que ha recibido el eminente publicista por sus hermosos y patrióticos trabajos

Febrero 1899.

Del señor Pedro G. Cazalás

Pedro E. Cazalá dá las gracias á su amigo Chans por el obsequio del libro del doctor Domingo Aramburú y le agradece ese obsequio que leera con sumo placer.

S/c. Febrero 8 de 1899.

Del señor Bernardo Cazalás

Bernardo Cazalás retribuye el saludo á su amigo Bernardino Chans y le agradece el obsequio que se ha servido enviarle del libro de «Byzantinus».

Febrero 8 de 1899

Señor don Bernardino Chans. •

Mercedes, Febrero 16 de 1899.

Muy señor mío y amigo:

Con su atenta esquelita recibí y le agradezco el folleto producto y atención del doctor Aramburú. Uno mi débil voz al himno de encomios que ha levantado su palabra benevolente hablando de Fraternidad Uruguaya; pero al Pueblo Oriental le debía bastar para mantener su fraternidad observar su Constitución; yo no veo otro medio, no hay otro, sino hay honradez en la política. El prestigiar esa tendencia explica solo que pueda haber un partido? Oh! yo no puedo llamar á la agrupación de hombres de buena voluntad que se encarga de prestigiar la Constitución, partido constitucionalista: Estamos pasando por una gran vergüenza con que haya tal partido constitucional en un país que tiene Constitución; y sin embargo los hechos, la historia reciente de pocos años de existencia, nos dicen que ha sido utilísimo un partido constitucional en un país constituido! Causa pesar profundo que nuestro atraso moral, nos haga surgir como entidad política, como *Partido* á los constitucionalistas! Serian explicables en un país dónde no hubiera Constitución. Si hay constitucionalistas habiendo Constitución, es desdorado en sumo grado, y por decoro no digo todo.

¿Por qué no somos reformistas de una vez? Estaríamos por encima de esta mala atmósfera, que tiene que hacernos rozar con todo lo viejo, desde Artigas, Rivera, Oribe, blanco, colorado, etc., etc.

Motivo de reformas son nuestra vieja constitución centralizadora, y las descentralizaciones, las bases de las verdaderas libertades; nuestra Constitución, patrocinando un credo político-religioso, y el libre pensamiento protestando de esa intromisión y favoritismo indebido del Estado hácia un credo religioso; el extranjero como un pária, y sin embargo, dueño de la tierra; el dueño de vastas tierras, hijo del país ó extranjero, colonizador de cuadrúpedos con la Estancia, despoblador de seres humanos; la educación raquítica hasta por el ambiente que se respira, que va hasta emponzoñar la existencia intelectual del pobre niño; un país rico y despoblado, dando emigración á los países convecinos, con innumerables cuestiones económicas y sociales, como corolarios de esta última! Al Norte de nuestro continente, al lado nuestro, en el Brasil y la Argentina, Estados

Unidos, el bello y magnífico nombre que une á todos los hombres de un idioma, y de una historia, y de una tendencia para beneficiarse; aquí entre nosotros, Estado desunido profundamente.

¡Uruguay símil del Paraguay!

Sírvase Vd. manifestar mis agradecimientos al doctor Aramburú por haberme dejado conocer sus nobles corazonadas; á ellas repondo con mi auto de fé, en el que, no dudo, encontrará alguna vinculaci6n para la obra nueva cansados, como estamos, de lo viejo.

Salúdolo con mi mayor aprecio, su affmo. S. S.

RÓMULO CHOPITEA.

Juan A. Chopitea saluda afectuosamente á su distinguido amigo señor Chans, y le agradece el envío del precioso folleto de nuestro distinguido correligionario el doctor Aramburú, y hace votos fervientes porque ideas tan altruistas, como nuevos rayos X, permitan la visi6n á los que tienen *cataratas blancas ó rojas*.

S/c., Febrero 16 de 1899.

Eduardo Cumplido saluda á su amigo Chans, y le dá las gracias por el recuerdo que hace de él, al mandarle el brillante folleto del ilustrado Byzantinus. Tenga la seguridad que lo valoré al leer, con el mismo gusto, que he leído siempre todo lo que ha salido de esa pluma, la primera de la Patria. Me servirá de norma.

S/c., Febrero 9 de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Distinguido correligionario:

Agradézcole sinceramente la distinción con que me ha honrado, enviándome la segunda edición de su interesante folleto «La Fraternidad Uruguaya», el cual he leído con toda la atención que él merece, como todo lo que produce la brillante pluma de «Byzantinus».

Que para el bien de la Patria todos los orientales cumplan sus patrióticas aspiraciones, son los deseos de su affmo. y S. S.

FRANCISCO G. ARROYO.

S/c., Febrero 19 de 1899.

Del señor V. Silva Barrios

Rocha, Marzo 2 de 1898.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Distinguido correligionario:

Generosas aspiraciones, patrióticos propósitos, conjunto de pensamientos altruistas, se condensan en su gran obra sobre la «Fraternidad Uruguaya».

En sus páginas admirables está la visi6n clara de la única ruta salvadora en el porvenir de la República.

Ningun oriental ha escrito como Vd. hasta nuestros días.

La lectura de su folleto impone meditaciones profundas--y entonces es que se vé el cuadro del desastre de la patria á la acci6n de nuestro obsesado charruismo político!

La filosofía moral de su política es incontrovertible, y ha de abrirse paso en el futuro, de grado de nuestros políticos de valer ó al amparo de acontecimientos que, tal vez, nos reserva el porvenir!

Agradeciéndole el envío de su valioso folleto, tengo el honor de saludarle con las distinciones de mi más alta consideración.

V. SILVA BARRIOS.

Del doctor Justo Reyes

Justo Reyes saluda atentamente á su distinguido amigo el doctor don Domingo Aramburú y le agradece el envío de su brillante folleto «El Partido de la Fraternidad Uruguaya», el que ha leído con el interés que siempre tiene por las producciones de escritores revestidos de autoridad moral.

Independencia, Febrero 7 de 1899.

Del doctor Angel Solla

Angel Solla saluda atentamente á su respetable compañero y amigo doctor don Domingo Aramburú, y agradece el apreciable obsequio que le hace con el envío de su notable folleto «La Fraternidad Uruguaya», que contiene los artículos que sobre la materia había publicado en la prensa y que ya había leído con el agrado que inspiran todas sus producciones, las cuales ponen siempre de relieve sus elevados sentimientos patrióticos dignos de todo encomio.

S/c., Febrero 8 de 1899.

Del señor Alberto García Lagos

Saluda á su distinguido amigo y compañero y le agradece muy mucho el envío de su precioso folleto «La Fraternidad Uruguaya», en su segunda edición.

S/c., Febrero 7 del 99.

Del señor Alejo Rosell y Rius

Tiene el placer de saludar á su distinguido amigo el doctor Aramburú, agradeciéndole el envío de su patriótico folleto «Fraternidad Uruguaya», segunda edición, que ha leído con el vivo interés de siempre, para todo lo que produce su gran talento.

Reciba, amigo doctor, mis más sinceras congratulaciones por sus sucesivos triunfos literarios.

S/c. Febrero 12 de 1899.

Del señor Benigno T. Martínez

Concepción del Uruguay, Febrero 6 de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú (Byzantinus).

Mi estimado doctor y amigo:

Gracias por el envío de su libro «La Fraternidad Uruguaya», cubierto por la histórica bandera de Artigas, cual si sirviera de mortaja á las brillantes ideas altruistas que usted desarrolla y que para mí no son otra

cosa que la expresión culta y civilizada de las embrionarias ideas de nuestros viejos caudillos, de aquende y de allende el Uruguay, que lucharon de buena fé por la Patria y por el *pago*.

Dos épocas características se destacan en las Repúblicas del Plata: la Colonial, hija de la teocracia y de la monarquía y de la independencia, fruto legítimo de la igualdad y del derecho.

Pero no basta tener Independencia y República: estas obstrucciones no son reales y tangibles cuando los gobiernos solo tratan de perpetuar un partido político alejando de sí las ideas altruistas por usted brillantemente sostenidas, pretendiendo aquellos fundir en el molde estrecho de su egoismo el gigante espíritu del siglo que se ha encamado en el cerebro de todos los ciudadanos libres que saben pensar y sentir con el criterio y la instrucción del filósofo y del político humanista.

Es usted uno de los paladines de la demoracia culta, un republicano perfecto.

Si la República del Plata es un ideal irrealizable, no lo es la «Fraternidad Uruguaya» y solo puede oponerse á ella, *por ahora*, la democracia semi-culta de nuestras campañas alentadas por el egoismo de los *partidos urbanos*.

De usted affmo. y S. S.

BENIGNO T. MARTINEZ.

Del doctor Laudelino Vazquez

Laudelino Vazquez, saluda á su colega y amigo el doctor Aramburú agradeciéndole el envío del importante folleto de «Byzantinus» «La Fraternidad Uruguaya».

Febrero 23 de 1899.

Del doctor Manuel de Castro

Saluda atentamente al doctor Aramburú y le agradece el envío de su folleto «La Fraternidad Uruguaya», cuyas producciones había tenido ya el placer de gustar al ser publicados en la prensa.

De Daniel Muñoz

PROPAGANDA PRO PACE

Byzantinus ha tenido el placer de recibir de su distinguido amigo Daniel Muñoz, Ministro de la República en Italia, la hermosa y patriótica carta que, —con permiso del doctor Costa, —publicamos en seguida.

El distinguido y festivo escritor, cuya pluma galana, risueña, humorística, tiene en la República tantos admiradores como lectores, —exceptuamos expresamente al doctor Costa, —y en Byzantinus á uno de los más fervientes, nos honra en extremo en sus juicios benevolentes respecto al escritor y al ciudadano, atribuyéndoles un prestigio, una influencia en la opinión, que desgraciadamente es solo un mirage halagüeño, que se explica por su distancia del teatro de los sucesos.

No quiere esto decir que, despues de tantos ecos simpáticos como ha tenido nuestra propaganda altruista, estemos desalentados — porque ha

tropezado.... con el vientre armipotente de un adversario invulnerable á otros dolores que los de barriga,—sino que nos damos cuenta de la magnitud y dificultades de la tarea,—que es obra lenta, larga, como para absorber el resto de vida que nos queda, antes de ver realizados nuestros ideales.

Nosotros sabemos que contamos, según dijo el doctor Costa, con el *auto de pareatis* de monseñor Soler, que es como quien dice la bendición de la iglesia; con la adhesión de todos los espíritus más elevadamente soñadores de la República, con los eternos líricos de esta tierra más aficionada á las tragedias que á los idilios;—con la simpatía, como dice el doctor Costa, de las señoras mayores lloronas y sensibles que tienen hijos y no quieren que se los maten por un Catastro tunecino, ó cosa que lo valga; pero nos falta, como vuelve á decir el doctor Costa, la sanción de la ciencia sociológica que reserva sus mejores coronas de papel pintado, sus estatuas de terracota ó *bronce d'art*, para los autores de Bancos Fundicionarios como el de marras.

Por esos motivos y encontrando muy bella sentida y vibrante, la romanza «*Pro Pace*» que entona Daniel Muñoz,—sin permiso del doctor Costa,—que mira en el presidente Cuestas algo así como el Ante-Cristo, la Bestia del Apocalipsis,—no nos atrevemos á hacernos, reinando él, el campeón de la paz perpétua, y á decir: cierrase para siempre el templo de Janol!

El Presidente Cuestas habrá hecho la Paz de Setiembre, como los ilustres ciudadanos don Joaquín Suárez y don Tomás Gomensoro, hicieron la de 1851 y 1872; realizado la hazaña de limpiar los establos de Augias del colectivismo, restableciendo la higiénica moralidad administrativa; dejado vencer por la simpática y legítimamente popular candidatura del doctor Blanco una candidatura oficial; pero el señor Cuestas no llevó al Consejo de Estado la ciencia sociológica en la persona de su más ilustre y genuino representante; ni tampoco creó la Alta de Corte de Justicia con sus altos magistrados, incluso el Fiscal, con elástico negro, cimera blanca, placa de oro al pecho, coche á la puerta y una modesta cóngrua de ochocientos á mil pesos mensuales.

Si siquiera se le ocurriera que, además del Cuerpo Legislativo, donde no caben todas nuestras notoriedades debe crearse el Consejo de Estado,—proyecto del señor Costa—salvador, pacificador, regenerador y alimentador y en el que entra por derecho propio, toda la falange de ex-Presidentes, inclusive el angelical Latorre,—que tanta y tanta falta hace al país—con el ítem de las celebridades sociológicas, literarias, etc., etc., y un sueldito de \$ 8.400 anuales, sin descuento alguno, que podría ser aumentado pero no disminuido, salvo un caso de guerra nacional,—sublimes provisiones—sería el caso—de pensar en ese nuevo apostolado.

Pero entre tanto, y á la espera de que el doctor Costa,—¡qué obsesión! no hay un párrafo en que no se nos meta como una mosca roja que mamó leche colorada de la Defensa,—inicia sus *flirtations* con el Presidente Cuestas, por intermedio del doctor Pena, y con motivo del Puerto de Montevideo, «Byzantinus» suspende el emprender ese apostolado.

Por lo demás, y hablando en serio,—con permiso del doctor Costa—predicar la concordia cívica, la co-participación de todos en la cosa pública con prescindencia absoluta de históricos cintillos, es condenar toda anarquía, es condenar la guerra civil, el motin militar: la fraternidad es la paz institucional.—Pero la paz en las instituciones no es la paz en la servidumbre, la sumisión vil del esclavo, sino el acatamiento á la ley.

El sentimiento de la paz, el amor á ella, se fortifica, se extiende, se hace universal, irresistible, aplastador contra toda veleidad anárquica, cuando es la opinión pública la que reina en las alturas, cuando la moralidad y pureza en la administración evidencian quo se tiene,—como dijo el ilustre anciano don Tomás Gomensoro—«el gobierno de las manos limpias y de las uñas cortas»; cuando el sufragio popular es siquiera una verdad relativa dentro de las imperfecciones inevitables de una educación política rudimentaria; cuando, en una palabra, se vive vida institucional: *sub lege libertas*.

Radiquemos, consolidemos en el Gobierno esa elevada tendencia que felizmente se inicia, y en los ciudadanos, el sentimiento de la fraternidad oriental, y sin condenaciones sistemáticas, absolutas, del derecho de revolución, sin pretender formar artificialmente un nuevo partido con un programa exclusivo de la paz *à outrance*, todo el mundo será partidario de la paz, y habremos cerrado el ciclo sangriento de la guerra civil.

Pero no condenemos en absoluto toda revolución, porque esas condenaciones son injustas y vanas.—Injustas, porque la revolución es el recurso extremo, el derecho supremo de salvación contra las tiranías que ensangrientan, arruinan y vilipendian á los pueblos.—Porque, como se ha dicho bien, solo son dignos de vivir libres, los que no pudiendo vivir sin libertad saben morir por ella.

Vanas, porque los pueblos no renuncian al derecho de revolución, como la naturaleza no renuncia al rayo. Cuando se han acumulado vapores pesados, caliginosos, y se ha formado una atmósfera abrumadora, asfixiante, estalla la tempestad, retumba el trueno y cae el rayo, derribando algunas encinas, incendiando algunas cabañas. Pero la atmósfera se ha purificado, el cielo barrido de nubes muestra su divina celeste sonrisa, y el sol vivificante brilla en el horizonte.

Así, después de una tempestad revolucionaria, de haber tronado los cañones de la libertad y lanzado sus rayos sobre la Bastilla de la tiranía, abatida ésta, se oyen himnos de victoria, bendiciones que bajan del cielo, Te-Deums y plegarias que suben á él, y se vé brillar sobre todas las cabezas inclinadas, el blanco y celeste y el sol de gloria y libertad de nuestro pabellón.

Y á los que han caído por la libertad y el derecho, á los que ha cubierto su laurel de gloria negro crespón, á los que han pagado su deuda á la patria con su propia vida, esa moneda de las supremas cancelaciones, la leyenda, la poesía, la historia,—á veces algo tardías, á veces olvidadizas,—premian con su culto y admiración, porque, como ha dicho un gran poeta, ciudadano: «la gloria en sus tesoros augustos no tiene nada más bello que el laurel del heroísmo fulminado por el rayo».

Pero, para no incurrir una vez más en el pecado de lirismo crónico, que *spaventa al dottore Costa*, y terminar esta amable *causerie*, á la distancia con nuestro distinguido amigo Daniel Muñoz,—con quien, en una viva polémica, hubimos de pelearnos, porque algo insinuamos acerca de sus afecciones al verde mar en literatura,—le diremos: Que según refiere el célebre historiador romano, Dion Casio, hubo en tiempos de Neron, si no recordamos mal, un gladiador, un atleta famoso, vencedor en cien luchas en el circo y en Olimpia, á quien una enfermedad puso en el duro trance de escoger entre morir ó que le cortasen los... cabellos.—Todos le aconsejaban el someterse á la cruel operación, que le salvaba la vida, pero él, observando que un atleta sin... cabellos, abdicaba, dejaba de ser lo que era, prefirió morir.

Así, los pueblos valientes, viriles, no renuncian en absoluto al supremo derecho de revolución, porque entienden con razón, como el atleta romano, que eso es dejarse cortar... los cabellos. Y los pueblos Abelardos son como aquellos reyes Melenudos á quienes se cortaba la lengua cabellera y encerraba en un claustro después de su abdicación ó deposición.

Byzantinus.

Montevideo, Abril 12 de 1899.

De Daniel Muñoz

Roma, 15 de Marzo de 1899.

Señor doctor don Domingo Aramburú.

Montevideo.

Mi estimado amigo y distinguido compatriota:

Oportunamente tuve el gusto de recibir su folleto sobre la Fraternidad Uruguaya y de releerlo con interés, pues ya lo conocía yo por las publicaciones de «La Razón».—Simpatísimo el asunto y atrayente la forma.

Un apóstol de la fraternidad en país tan desgraciadamente trabajado

por la discordia, es un verdadero Mesias que necesariamente ha de reunir en su torno crecida grey de adeptos, y así lo demuestran los numerosos testimonios de adhesión y de aplauso á su obra que entonan en armonioso coro, pero en el cual, como en todos los coros, no falta alguna voz que desafíe, sin que por eso sufra la unidad del concierto, pues el gran clamor de la mayoría sofoca las pocas voces destempladas que no han sabido ajustar el tono al diapason de sus patrióticos y fraternales anhelos.

¡Qué lástima, qué grande lástima, que en un país tan rico de elementos intelectuales vayan las ideas tan dispersadas hasta el punto de que no pueda, ninguna de ellas, congregarse siquiera un millar de ciudadanos que, por igual, piensen y que mancomunados sus esfuerzos en una sola acción con idéntico propósito!

Individualmente interrogados los hombres de pensamiento en nuestro país, no hay uno solo tal vez que no convida las ideas que usted ha expresado tan razonadamente, con tanta moderación, con tan sereno espíritu que le ha permitido, en medio del fermento aun de las pasiones, revestirla de tan brillante forma de estilo, remontando la pomposidad de la frase á la altura de las exhuberancias retóricas de quien puede escribir libre de toda pasión, con toda la amplitud y el desahogo que dan una conciencia recta y una situación personal independiente.

Pero si individualmente todos nuestros hombres intelectuales son adeptos de su causa, apenas se juntan en montones, ya se miran de mal ojo, se infiltra entre ellos la discordia y sacrifican inconscientemente el bien común á rencillas frívolas que producen y fomentan el malestar general, dificultando toda obra de buen gobierno, porque es imposible gobernar cuando hay que prestar atención á las agitaciones que perturban la tranquilidad de la vida pública, amenazándola á mano armada al primer motivo de descontento.

Yo diré á usted, sinceramente, que la organización de un partido de la Fraternidad Uruguaya la considero, por el momento, de difícil realización, porque hay muchas causas complejas que la estorban. Pero hay un vínculo de unión mucho más elemental que puede inmediatamente congregarse la buena voluntad de los hombres sinceros y el interés de los elementos conservadores; el vínculo del amor á la paz, constituyendo un partido poderoso, el más poderoso que haya habido jamás en el país, ese partido que latentemente existe en nuestra colectividad nacional y que ha demostrado su gran popularidad en Abril de 1872 y en Setiembre de 1897: el *Partido de la Paz*. Ahí tiene usted el cimiento de la futura fraternidad que tan fervientemente anhela.

Hágase usted el caudillo, con el legítimo prestigio que ha conquistado, de esa empresa, y pronto tendrá legiones que lo sigan, acudiendo á ese llamado los colorados, los blancos, los constitucionalistas, todos los que tengan por ideal el bien y el engrandecimiento de la patria, todos los que tengan el interés de la conservación de sus bienes, todas las madres, todas las esposas, todos los que aspiran al sosiego de la vida civilizadamente constituida. Un gran partido que, tanto para realizar sus aspiraciones como en sus resistencias, tenga una barrera insalvable: la paz pública, plantada como una columna inmovible con el lema legendario. *Non plus ultra!*

No faltará quien diga que un partido organizado con ese programa nacería virtualmente impotente para toda reivindicación contra la arbitrariedad, y en efecto, así sería, pero ¿qué mayor arbitrariedad que la guerra? ¿qué mayor atropello que el del caudillo en armas que antes que contra el poder arbitrario que pretende deponer se alza contra los más elementales derechos y libertades del individuo? ¿por qué el pacífico vecino que no piensa como él ha de contribuir con su hacienda á alimentar á sus mesnadas? ¿por qué el laborioso poblador de la campaña ha de entrar en zozobra por bienes, por su vida, por la de sus hijos, por el honor de la esposa desde el momento en que á un montonero se le ocurre ceñirse una divisa para lanzarse en son de guerra proclamando la libertad, que él es primero en desconocer y pretendiendo la reconquista de derechos que él es el primero en atropellar?

Porque bien está que la libertad de pensar y el derecho de votar sean sagrados para el ciudadano, pero ¿son acaso menos sagrados para el individuo el derecho de vivir y la libertad de poseer? ¿Es posible la existencia de una sociedad en la que por indeterminado tiempo queda en suspenso la acción de las leyes tutelares de las vidas y haciendas? Eso es lo que hay que inculcar en el ánimo de nuestras poblaciones, haciéndoles entender que no están sometidas á ningún tributo de guerra y convenciéndolas de que igual derecho que contra el cuatrero común tienen contra el cuatrero en armas que saquea su hacienda quedando libre de toda responsabilidad.

El único que legítimamente puede utilizar los elementos de movilidad y de alimentación del vecino es el gobierno, porque su deber primordial ante la sociedad que rige es mantener el orden y la paz, y para conseguirlo puede echar mano de todo lo que le sea necesario, quedando obligado á resarcir al damnificado, por el tributo que le ha impuesto, obligación de la que se considera desligado el montero solo porque hasta á la fecha á nadie se le ha ocurrido llamar á juicio al detentador de sus bienes en tiempo de guerra, tan responsable ante la ley como el desgraciado que se ve muchas veces forzado por el hambre á comer una res ajena.

Yo, entre mis muchos pecados, cuento el de haber sido revolucionario, por muy corto tiempo felizmente, porque me retiré horrorizado, no tanto de la sangre esterilmente derramada en algunas escaramuzas inútiles, cuanto del destrozo que se hacía más inutilmente aún, en las haciendas de los vecinos.

Recuerdo que en una estancia del Departamento de Minas se paró un rodeo de algunos miles de reses pertenecientes á un rico hacendado que tenía el delito de ser partidario del gobierno contra que combatíamos. Era á fines del invierno, y en aquel campo de cerranía y pedregales no se encontraba una vaca medianamente gorda para comer, lo que no impidió que más de uno de mis accidentales correligionarios libertadores entrase en el rodeo lanza en ristre, y esta quiero, esta no, dejasen despanzurradas algunas reses para no utilizar de ellas más que las lenguas, dándose así el lujo de un plato regalado mientras el resto de la división se contentaba con asados de capones y de ovejas secuestradas á otros vecinos. Pocos días después los dos caballos propios que llevaba se me cansaron y me ví forzado á tomar otro. Me hice acompañar de una partida de lanceros y llegué á casa de un vecino resuelto á sacarle un caballo que estaba atado bajo la enramada.

El pobre paisano me objetó muy humildemente que era el único que le quedaba, diciéndome al mismo tiempo que ni siquiera era de su propiedad, pues era un *ajeno* que le habían dejado. Pero, obligado por la necesidad, cometí la tropelía y tomé el caballo, dando en seguida dos libras esterlinas de las pocas que llevaba, al pobre paisano, que me miró todo asombrado, sin atreverse á tomarlas, maravillado de que un hombre de armas, rodeado de una numerosa partida de lanceros, se creyese en el deber de resarcirlo del daño que le causaba quitándole un caballo ajeno, á él, á quién tantos propios le habían quitado sin siquiera haberle dado las gracias ó una disculpa.

Así montado de fresco, volví al campamento, conté mi aventura que me valió, en vez de aplausos, burlas y pullas, y aquella misma noche puse fin y remate á mi empresa revolucionaria despidiéndome de mi jefe; y con el campo abierto por delante, antes de que aclarase me había tragado veinte leguas á galope tendido, dejando el trayecto sembrado de ilusiones y remordimientos, convencido de haber hecho mala obra á pesar de creer muy justa mi causa, porque la arbitrariedad de que en mis fueros de ciudadano me consideraba víctima no era motivo suficientemente legítimo que me autorizase á comer y á cabalgar á costa de mis pobres paisanos, víctimas perpétuas de nuestras guerras bárbaras, contribuyentes forzados del primer foragido que se alza en armas por su sola cuenta, sin una convicción, sin un propósito, independizado por la divisa que ciñe de toda sujeción á las leyes penales, árbitro de matar y saquear á su antojo, res-tituido por la guerra á la barbarie de los tiempos primitivos.

Hay que poner un termino definitivo á esa monstruosidad de la guerra

civil, que ni siquiera pueda atenuarse por el propósito alcanzado por su medio, pues en los últimos 30 años ningún movimiento armado ha logrado el triunfo llegando, á lo sumo, á obtener la paz como suprema solución, no para los gobiernos, que siempre tendrían elementos para guerrear, sino para el país, que extenuado y deshecho, clama al fin por un advenimiento cualquiera que lo salve de un aniquilamiento total.

Lo que conviene, pues, es regimenter esa fuerza latente que se manifiesta en el momento de la desesperación general, para que ella misma sea un obstáculo insuperable contra toda tentativa de alzamiento en armas, organizando una liga de todos los elementos adversos á la guerra, que son la gran mayoría del país, constituyendo centros de propaganda y de acción en toda la campaña.—Ahí tiene usted una tarea digna de su acendrado amor por la Fraternidad Uruguaya.—Prepare con su envidiable pluma la opinión, funde el centro directivo de la liga, por la paz, en Montevideo, y váyase después en misión patriótica por las ciudades y pueblos del interior predicando la noble y santa doctrina; llame á todos los hombres de buena voluntad para que lo ayuden en la tarea; propenda á que en las escuelas públicas y privadas diserten, siquiera una vez por semana los maestros, contra la guerra civil, inculcando á los niños el horror por ese resabio de barbarie que todavía nos queda; procure que la Asamblea Nacional declare día de fiesta cívica el del aniversario de la terminación de la Guerra Grande, para que todos los años se solemnice esa fecha en toda la República, con ceremonias y festejos, tendentes á radicar en el corazón del pueblo el amor por la paz, instituyendo la jornada *Pro Pace*, que vinculará á todos los hombres bien intencionados en un nobilísimo sentimiento de fraternidad; y así predicando, sin cesar, la paz, solemnizando la paz, festejando la paz, proclamando la paz como el supremo bien de la patria, hemos de llegar al propósito de eliminar la guerra civil como medio político, repudiándola como una infamia indigna de hombres civilizados. Y cuando así esté inoculada en la conciencia popular la repulsión por la guerra, todo prestigio montonero habrá terminado y los caudillos guerreadores agitarán en vano los cintillos de colores sin conseguir congregarse en torno de su tienda un solo mesnadero que los acompañe en su correrías de saqueo y de exterminio.

Póngase á la obra, mi distinguido compatriota, haciendo sentir la eficacia de su palabra que tanto eco ha encontrado en la opinión, y forme la gran legión de los amantes á la paz, única bandera bajo la cual pueden cobijarse nacionales y extranjeros, hombres y mujeres, colorados y blancos, todos los que trabajan, todos los que poseen y principalmente todos los que tienen el anhelo de ver ese pedazo de tierra sud-americana constituida en una patria rica, feliz y próspera en la paz.

Soy siempre su muy afectuoso amigo.

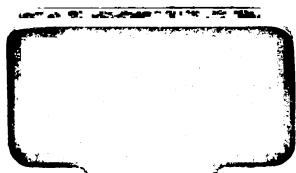
DANIEL MUÑOZ.



2048

2048

2199



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3018737710

0 5917 3018737710